

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE HISTORIA  
EVALUACIÓN DE TRABAJO DE GRADO  
ESTUDIANTE: *DIANA CARMONA NOBLES*

TÍTULO: *“Los Trabajos del Conde Joseph de Brettes como Fuentes para la Historia de la Geografía y la Población Indígena del Caribe Colombiano, 1890-1900”.*

**CALIFICACIÓN**

**APROBADO**

  
JOSÉ POLO ACUÑA

*Asesor*

GLORIA BONILLA VÉLEZ

*Jurado*

Cartagena, Diciembre 14 de 2007

Los Trabajos del Conde Joseph de Brettes  
Fuentes para la Historia de la Geografía y la  
Población Indígena del Caribe Colombiano  
1890-1900.

Diana Carmona Nobles  
//

Universidad de Cartagena  
Facultad de Ciencias Humanas  
Programa de Historia  
Cartagena de Indias D.T y C.  
2007

T  
98611  
C287

3

Los Trabajos del Conde Joseph de Brettes  
Fuentes para la Historia de la Geografía y la  
Población Indígena del Caribe Colombiano  
1890-1900.

Diana Carmona Nobles  
//

Presentación de trabajo final para optar  
al título de Historiador.

Asesor de Trabajo de Grado  
Profesor José Polo Acuña

Universidad de Cartagena  
Facultad de Ciencias Humanas  
Programa de Historia  
Cartagena de Indias D.T y C.  
2007.

# Caribe (Region), Colombia - Historia

4

Nota de Aceptación

---

---

---

---

---

\_\_\_\_\_  
Presidente del Jurado

\_\_\_\_\_  
Jurado

\_\_\_\_\_  
Jurado

*A las mujeres de mi vida María Eugenia y Melba Nobles,  
Mi mayor admiración y respeto.*

*Al Márquez de Huancavelica  
Por abirme las puertas de tu corazón  
Y de tu alma.*

7

**LOS TRABAJOS DEL CONDE JOSEPH DE  
BRETTE COMO FUENTES PARA LA HISTORIA  
DE LA GEOGRAFÍA Y LA POBLACIÓN  
INDÍGENA DEL CARIBE COLOMBIANO,  
1890-1900**



Fuente: Mallat de Bassilan. *L'Amérique Inconnue D'Apris le journal de Voyage de Joseph de Brettes*. Fimin-Didot editore, Paris, 1892, 280 p. (Biblioteca Luis Angel Arango 982.3/M15 a).

# Contenido

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA 8  
CENTRO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN  
FORMA DE ADQUISICIÓN  
Compra \_\_\_\_\_ Donación  Carga \_\_\_\_\_ U. de C. \_\_\_\_\_  
Precio \$ 10.000 Proveedor U. DE C  
No. de Acceso 112119 No. de ej. \_\_\_\_\_  
Fecha de ingreso: DD 01 MM 02 AA 08

Introducción	i
1.1. Algunos datos biográficos del Conde Joseph de Brettes	iii
1.2. Joseph de Brettes en el Caribe colombiano	v
1.3. Los documentos y el proceso de transcripción	xiv
1. Séance du 19 Janvier 1894	1
2. Conferencia 2	17
3. Conferencia 3	26
4. Conferencia 4	39
5. Conferencia 5	43
6. Exploraciones en el Departamento del Magdalena	53
7. Chez les Indiens du Nord de la Colombie. Six ans D'Explorations	72
8. Chez les Indiens du Nord de la Colombie. Six ans D'Explorations(2)	98
9. Chez les Indiens du Nord de la Colombie. Six ans D'Explorations(3)	123
10. Séance de Juin de Juillet 1898	147
11. El Sendero de la Tribu	149
12. Las Antiguas Tribus Costaneras de los Caribes entre Riohacha y Santa Marta	152
13. Donde los indígenas del Norte de Colombia	166
14. Anexos fotográficos de Joseph de Brettes	218
15. Mapas	220
16. Bibliografía	222

## INTRODUCCION

La importancia de los escritos del Conde Joseph de Brettes para la historia del Caribe colombiano en las últimas décadas del siglo XIX no guarda relación con la utilización que se ha hecho de sus obras por parte de antropólogos e historiadores. En efecto, son escasos los artículos y libros en los que se hace referencia a las obras de De Brettes y en algunos casos es marginal. Gerardo Reichel-Dolmatoff incluye cuatro referencias suyas en una bibliografía que hizo sobre la Guajira en 1963<sup>1</sup> y Gerardo Ardila, en un acercamiento a la historia prehispánica de la misma zona, sostiene que "Las primeras menciones conocidas de la arqueología regional son del Conde J. de Brettes, quien realizó varias colecciones de superficie y excavaciones en los alrededores de Riohacha, sobre el río Calanaca"<sup>2</sup>. Pero cosa sorprendente: no incluye la referencia en la bibliografía final. Manuel Matos Romero trae una breve alusión a De Brettes, más que a él, a su hijo Juan Bautista, donde resalta las bondades de la raza guajira al dar un excelente piloto para la aviación francesa durante la segunda guerra mundial<sup>3</sup>. Quien trata de manera más sistemática a De Brettes es un contemporáneo suyo, Wilhem Sievers, en un artículo publicado originalmente en alemán en 1898, donde

---

<sup>1</sup> Gerardo Reichel-Dolmatoff, "Bibliografía de la Guajira", *Revista de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, Bogotá, 12, 1963, pp. 47-56; p. 49.

<sup>2</sup> Gerardo Ardila, "Acercamiento a la historia prehispánica de la Guajira", *La Guajira, de la memoria al porvenir (Una visión antropológica)*. Bogotá, Universidad Nacional, 1990, pp. 59-80; p. 61.

<sup>3</sup> Manuel Matos Romero, *Anotaciones historiográficas acerca de los segundos colonos de la Guajira*. Maracaibo, Universidad del Zulia, 1978, pp. 49.

hace una relación de los viajes del conde por Suramérica y establece un diálogo crítico con él<sup>4</sup>.

Buena parte de los informes de los viajes exploratorios e investigaciones de De Brettes sobre la región han sido publicados en francés y algunos pocos en castellano, estos últimos con muy escasa circulación nacional y regional. Por ello, nos hemos propuesto la tarea de hacer un trabajo de compilación documental donde se incluyen los informes y artículos más importantes que el autor hizo sobre el Caribe colombiano, producto de sus exploraciones entre 1890 y 1896. Esta compilación tiene la virtud de ofrecer un conjunto de artículos de De Brettes publicados en castellano y en francés que han tenido muy poca circulación en Colombia y mucho menos en nuestra región, además de reunirlos en un solo corpus documental procedente de distintas bibliotecas y archivos del país.

### **1. Algunos datos biográficos del Conde Joseph de Brettes**

El Conde Joseph de Brettes nació en Limoges (Francia) en 1861 y su familia descende de un tronco de la nobleza francesa. La casa de Brettes es originaria del condado de Narbonne, la cual poseía desde hacia tiempo las tierras de

---

<sup>4</sup> Wilhem Sievers, "Des Grafen Josef de Brettes. Reisen im nördlichen Colombia", *Globos: Illustrierte Zetschrift Für Länder-Und Völkerkunde*. Braunschweig, Bd. LXXIII, 24, junio 25 de 1898, pp. 381-389. Este trabajo lo tradujo al castellano Sonia Göggel con el título de "Los viajes del Conde Josef de Brettes en el Norte de Colombia", *Revista de Antropología*, vol. 3, N° 1, Bogotá, Universidad de los Andes, 1987, pp. 91-120. Es increíble que este trabajo fuese traducido al castellano sólo 112 años después!

Liquière y la coseñoría de Lauraguel, en el territorio de Villespassan, que se extendía a la diócesis de Castres de Beziers<sup>5</sup>.

En los años que van de 1880 en adelante el Conde es encargado por el gobierno francés de adelantar "misiones científicas y económicas" en Suramérica, destacándose las que hizo en Argentina, Bolivia, Paraguay, Venezuela y Colombia, sobresaliendo la del Chaco en el periodo 1884-1889<sup>6</sup>. Según él mismo, descubrió posteriormente una ruta terrestre de carácter comercial que unía Bolivia y Paraguay<sup>7</sup>. El mismo De Brettes sostiene que fue "encargado por el Ministro de Comercio de una misión económica y comercial en las Repúblicas de Colombia, Venezuela y Centro-América (Decreto de 9 de enero de 1892), para estudiar los recursos de estos diferentes países, e investigar los medios prácticos de estrechar sus relaciones comerciales con Francia"<sup>8</sup>.

Se sabe que por sus viajes a la Guajira mantuvo relaciones con la nativa Wayuu, Josefina Bonivento, llamada popularmente "La Brujés"<sup>9</sup>, con quien tuvo un hijo, Juan Bautista de Brettes, quien fue más tarde piloto de la aviación francesa durante la primera guerra mundial y condecorado por el gobierno francés<sup>10</sup>. Pero incluso antes de llegar a Suramérica había tenido experiencia en la costa norte y

<sup>5</sup> Encontrado en: [www.google.com.co](http://www.google.com.co) 5 junio de 2006.

<sup>6</sup> Bacilan Mallat, *L'Amérique Inconnue D'Après le journal de Voyage de Joseph de Brettes*, Firmin-Didot editore, Paris, 1892, 280 p. (Biblioteca Luis Angel Arango. 982.3/M15 a).

<sup>7</sup> Wilhem Sievers, "Los viajes del Conde Josef de Brettes en el Norte de Colombia", pp. 111.

<sup>8</sup> Joseph de Brettes "Conferencia 2", *Revista Gris*, vol. 2, N° 7, agosto de 1894, Bogotá, pp. 225-226. (Copia de microfilm. Rollo: VFDU1-40774) Sección de Hemeroteca. Biblioteca Nacional.

<sup>9</sup> Conversación personal con Weilder Guerra Curvelo.

<sup>10</sup> Manuel Matos Romero, *Anotaciones*, pp. 49.

oeste de África, en la que hizo un recorrido desde 1877 a 1883, en especial por el sur de Argelia<sup>11</sup>.

## 2. Joseph de Brettes en el Caribe colombiano

Joseph de Brettes estuvo en el Caribe colombiano entre 1890 y 1896, contratado por el gobierno del Estado Soberano del Magdalena, cuyo gobernador, Ramón Goenaga, lo nombró Jefe de la Comisión de Exploración Geográfica del Magdalena. La misión encomendada por Goenaga al Conde se hizo con miras a explorar la posibilidad de construir una vía férrea que conectara a Riohacha con Tamalameque bordeando el río Magdalena<sup>12</sup>. De Brettes llega a la Sierra Nevada de Santa Marta, la que recorre entre 1890 y 1891; posteriormente arriba a Riohacha el 14 de enero de este último año<sup>13</sup>. En consecuencia, sus viajes por la región pueden dividirse en dos partes: por un lado, el que hizo a la Sierra Nevada de Santa Marta en mayo y junio de 1891 y en agosto de 1892, y por otro, su permanencia en las partes bajas del Magdalena Grande y el circuito de Riohacha-Tamalameque-Ocaña-Cúcuta-Maracaibo<sup>14</sup>.

---

<sup>11</sup> *Enciclopedia Universal Europeo-Americana*. Espasa-Calpe, S.A, Tomo IX, Madrid, (sin año de publicación), p. 798. (Biblioteca Nacional. Sala Daniel Samper).

<sup>12</sup> Joseph de Brettes, "Donde los indígenas del norte de Colombia", pp. 93.

<sup>13</sup> *Enciclopedia Universal*, pp. 798.

<sup>14</sup> Sievers Wilhem, "Los viajes del Conde Josef de Brettes", pp. 115.

Desde el punto de vista geográfico los trabajos del Conde de Brettes son de suma importancia, puesto que muestran minuciosas descripciones de paisajes que han cambiado con el tiempo y que difícilmente historiadores y antropólogos pueden encontrar evidencia en un archivo oficial. Esta minuciosidad está relacionada con la descripción local, es decir, centraba su atención en puntos particulares para posteriormente describir una zona más amplia. Una muestra de estas vivas representaciones la encontramos cuando describe a los poblados de Chiriguaná, Aguachica y Tamalamaque, con todos sus alrededores: “[...]los alrededores de Chiriguaná son pintorescos: a dos leguas de distancia, hacia el este, los Andes, de un azul de cobalto claro, cierran el horizonte; por todas partes se divisa la sabana, de yerba corta, y de trecho en trecho bosquecitos de árboles en lo general pequeños, y de altas palmeras; a lo lejos hacia el norte como ligero encaje desprendido del cielo, aparecen las puntas de la Sierra Nevada y el terrible pico que escalé en 1891”<sup>15</sup>.

En ese orden de ideas, su travesía por la Sierra Nevada en 1890 nos da una descripción de la majestuosidad de sus bosques que la hacían impenetrable. Desde finales de este mismo año, ya la travesía del conde se hizo más asequible, donde los primeros en subir fueron algunos viajeros y exploradores, que recorrieron el lugar en todo su esplendor<sup>16</sup>. De Brettes describe a la Sierra Nevada como “[...]admirable por su extrema fertilidad, para la agricultura y la cría de

<sup>15</sup> Joseph de Brettes, “Conferencia 2”, pp. 230-231.

<sup>16</sup> Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. *Geografía Humana de Colombia. Nordeste Indígena (Tomo II). El Periodo Republicano*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 2000. Publicación digital en la página Web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República.

ganado, por sus riquezas minerales y la variedad de sus climas, en aquella región se puede realizar todas las aspiraciones de la colonización<sup>17</sup>. Posteriormente en 1891 hace una descripción de los alrededores de Riohacha, donde dejó notas sobre el paisaje semidesértico:

*[...] antes de mi ascensión a la Sierra Nevada, empezaba a internarme en territorios de vegetación raquílica, de suelo ferruginoso, entre las ultimas ondulaciones de los Andes a mi izquierda y las vertientes de la Nevada a mi derecha. La extensión del valle aumentaba a cada instante, dejándome ver ricas praderas en donde la vegetación tropical se manifiesta en todo su esplendor<sup>18</sup>.*

Entre el 14 de enero y el 9 de mayo de 1891 permaneció en Riohacha, tiempo que le sirvió para hacer una breve descripción de la ciudad<sup>19</sup>. En efecto, de Brettes sostenía que Riohacha no parecía haber sido un sitio de un antiguo centro de población indígena, pero sí sus alrededores<sup>20</sup>. Como ya habíamos anotado el 11 de abril sale de Riohacha comisionado por el gobierno del Departamento del Magdalena para explorar la posibilidad de construir una línea férrea que conectara a Riohacha y Tamalameque. Esto lo llevó hasta el río Magdalena, bajando por el

---

<sup>17</sup> Joseph de Brettes, "Conferencia 3", *Revista Gris*, 8, vol. II, agosto de 1894, pp. 277

<sup>18</sup> Joseph de Brettes. "Conferencia 2". pp.228.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp.113

<sup>20</sup> Joseph de Brettes, "Las antiguas tribus costaneras de los Caribes entre Riohacha y Santa Marta", *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. 32, N° 369-370, pp. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, julio-agosto de 1945, pp. 654-663; p. 655.

valle de río Cesar. La emoción de De Brettes por el proyecto, tal vez un poco ingenua, lo deja demostrado en uno de sus informes cuando sostuvo que

*[...] tantos tesoros solo esperan para ser extraídos. La creación de una vía férrea que una a la ciudad de Rio Hacha con la ciudad y el lago de Maracaibo por una parte, y por otra con el río Magdalena. El día que le ferrocarril atravesase esta tierra fértil, se beneficiará, no solo esta parte del Magdalena, sino toda la República de Colombia<sup>21</sup>.*

De Brettes pasó por el sur de la Guajira, particularmente por Barrancas, Fonseca, San Juan y Villanueva, y posteriormente se detuvo dos días en Valledupar donde elaboró una descripción de su ruta. Entre el 10 y el 13 de mayo recorrió una trocha selvática entre Tamalameque y Aguachica, llegando a Río de Oro el 19, a Ocaña el 20, a Cúcuta el 3 de junio y a Maracaibo el once. En su camino a esta última ciudad pasó por Sinamaica, Paraguaipoa y Guardias de Afuera, poblados fronterizos venezolanos en el oriente de la península de la Guajira<sup>22</sup>.

Durante su permanencia en el Caribe colombiano el Conde se relacionó con importantes familias de la región, lo que deja claro en uno de sus informes, cuando en señal de gratitud nombra a las personas que fueron sus colaboradores:

---

<sup>21</sup> Wilhem Sievers, "Los viajes del conde Josef de Brettes", pp. 115-116.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 116-118.

*Estimo como un deber de mi parte hacer constar públicamente mi gratitud y reconocimiento á las personas siguientes, para quienes os dignasteis darme cartas de recomendación, y quienes, por medio de una buena acogida y los útiles informes que me han suministrado, me han ayudado poderosamente en al larga y difícil exploración que acabo de realizar: Señores José Laborde, Juan Gómez Daza, Tomas. C. Peláez, Vicente Parodi, Rafael Cotes Ovalle, Erasmo Locouture, Beltrán y Antonio Dangon, Bernardo Araujo, General Herrera, Presbítero Barros, Montecristi, Martín Quiroz, Basilio Rodríguez, Pedro Lobo, Clavijo Amaya, Morales, Martínez, Arévalo, Pinto, Tobar, Jácome, Doctor Ramón Anaya, Rafael Rizo, Lemus, Díaz, Matamoros, Jiménez, Anzoátegui, Meisel, Bousquet, Sojo, Julio Pérez, de Empaire, Jacobo Moreno, Jesurun Penso, General Rudesindo González, Márquez Romero, Dugand, Cano y Rodolfo Danies<sup>23</sup>.*

No eran cualquier tipo de colaboradores, pues varios de ellos pertenecían a familias prestantes del Magdalena Grande. En ese orden de ideas encontramos a la Goenaga en Riohacha (parientes del gobernador del Magdalena que lo comisionó para la mencionada exploración geográfica), los Núñez en Cartagena; los Robles, los López Sierra y los Laborde en la Guajira, entre otros<sup>24</sup>. Los

---

<sup>23</sup> Joseph de Brettes, "Informe del señor Joseph de Brettes", *Anales de Ingeniería*, Bogotá, Vol. VI, N°63, Marzo de 1893, pp. 85-94. (copia microfilmada: Rollo VFDU1-962) Sección de Hemeroteca. Biblioteca Nacional.

<sup>24</sup> Freddy González Zubiría. *Cultura y Sociedad Criolla de la Guajira*, Riohacha, Gobernación de la Guajira, 2005, pp.69-94.

Laborde, por ejemplo, debieron serle familiares puesto que sus descendientes eran franceses: José Laborde Ariza era Vicecónsul de Francia en Riohacha y Prefecto de la Provincia de Padilla, además se desempeñó como Senador de la República y Diputado. De igual forma era dueño de una compañía de transporte que se especializó en la ruta Riohacha-Tulón<sup>25</sup>. De Rodolfo Danies Gutiérrez sabemos que era nieto de Nicolás Danies, descendiente de judíos y uno de los hombres más ricos de Riohacha durante más de cincuenta años<sup>26</sup>. Por otra parte, la amistad del Conde con Juan Gómez Daza le proporcionó cierta influencia en la clase política riohachera, de lo que los Daza eran pieza fundamental<sup>27</sup>. No menos importante resultó su cercanía con François Víctor Dugand, un francés, socio y administrador de la compañía de Antonio Cano; comerciante, terrateniente y banquero de Riohacha, que logró amasar una gran fortuna hasta la primera mitad del siglo XX<sup>28</sup>. Pero se sabe que también tuvo relaciones amistosas con el Jefe de Fronteras en la Guajira venezolana Rudesindo González, llamado popularmente como "Cachimbo", terrateniente y ganadero con influencia política y militar en la zona<sup>29</sup>.

Pero también estuvo en contacto con comunidades indígenas de la región como los Kogui, Taironas, "Motilones", arhuacos y Wayuu. Su "naturaleza extranjera" incidió sobre su apreciación de estos grupos nativos cuando en algunas ocasiones

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 83-84.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 78.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 87.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 93-94.

<sup>29</sup> Manuel Matos Romero, *Anotaciones Historiográficas*, pp. 126.

los valoraba de manera positiva y en otras negativa; por ejemplo, de los Kogui decía que eran *"muy mentirosos, extremadamente flojos.... / dotados con un carácter muy móvil..."*<sup>30</sup> Pero también señalaba que estos aborígenes tenían "[...]una sensibilidad auditiva extraordinaria, que un determinado Lémako de 60 años era el que oía las mejores pulsaciones de mi reloj ..." <sup>31</sup> En cuanto a los Arhuacos sostenía que "Sus defectos son los defectos de los débiles: la hipocresía, la cobardía y la mentira"<sup>32</sup>. Sin embargo esto no fue impedimento para que posara en una foto con vestido típico arhuaco como se muestra en la siguiente fotografía:

**Foto 1. Joseph de Brettes vestido de Arhuaco**



Fuente: "Archive photographiques (Médiathèque de L'Architecture et du patrimoine). CNM, N° phototype NA 238-10895 P, Nadar (atelier), photo: Brettes, (Comte de), Émetteur. SAPO1. [www.culture.gouv.fr](http://www.culture.gouv.fr)

<sup>30</sup> Encontrado en [www.tchendukua.com](http://www.tchendukua.com) el 20 de julio de 2007.

<sup>31</sup> Ídem.

<sup>32</sup> Joseph de Brettes, "Donde los indígenas del norte de Colombia. Seis años de exploraciones", *Revista de Antropología*, vol. 3, N° 1, Universidad de los Andes, Bogotá, 1987, pp. 84-110; p. 91. Traducción de Sonia Göggel.

Esta dualidad de representación se refleja en las descripciones que hace de los Wayuu, cuando sostiene que

*Los guajiros no comprenden qué es la piedad ni la compasión ni una cantidad de sentimientos que, nos parecen, hacen parte de la naturaleza humana: en las clases bajas venden fácilmente a sus hijos por dos o tres cabras o por un bulto de maíz. Comprenden tan poco el sentimiento de la condolencia que, entre ellos, en los entierros de las gentes adineradas se les paga a los que asisten, según su rango por la cantidad de llanto que derramaron*<sup>33</sup>.

Magnus Mörner sostiene que dados los referentes europeos que traían los extranjeros, en los "relatos de viajes" éstos se horrorizaron por la "burdeza" de las estructuras materiales y algunas costumbres de los nativos<sup>34</sup>. Sin embargo, los trabajos de De Brettes no pueden considerarse notas de viajes puesto que si bien es cierto sus artículos fueron escritos sobre la base de lo que observaba en el trayecto, su valor literario, que caracteriza a los relatos de viaje, es reducido o está ausente<sup>35</sup>. No obstante esta dualidad de representación que tenía De Brettes de los nativos del Caribe colombiano, sus notas etnográficas son valiosas para

<sup>33</sup> Joseph de Brettes, *Ibid.*, pp. 109-110.

<sup>34</sup> Magnus Mörner, "Los relatos de viajeros europeos como fuentes de la historia latinoamericana desde el siglo XVIII hasta 1870", *Ensayos de Historia Latinoamericana*. Flasco, Quito, 1984, pp. 191-227.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 192.

profundizar en las estructuras familiares, costumbres y organización política de los nativos del Magdalena Grande.

Con respecto a la representación que De Brettes tenía de la población afro descendiente es poco lo que se puede inferir de sus informes y artículos. Una de sus descripciones en la travesía que hizo por el Caribe, concretamente en las Antillas, sugiere la poca consideración y tolerancia que el Conde tenía con los negros: "Luego llegamos Pointe-à-Pitre, ciudad sucia muy hormigueante de negros los cuales deberían aprender a respetar a los blancos [...]"<sup>36</sup>.

Las memorias del Conde de Brettes nos muestran una mirada alterna a la de un extranjero común que llegaba al país en busca de aventura. De Brettes llega al país con un objetivo claro, y era el de hacer trabajos exploratorios en el Magdalena, para construir una vía férrea que conectara a Riohacha y Tamalameque<sup>37</sup>. Pero cuando llega al país, se da cuenta de que su interés iba más allá de la construcción de una vía de comunicación, así que se adentró en conocer la cultura de estas sociedades indígenas, y es justo ahí cuando empiezan estos escritos, los cuales muestran un interés por conocer las costumbres de las comunidades nativas.

---

<sup>36</sup> Joseph de Brettes, "Chez les Indiens Du Nord de la Colombia. Six ans D'explorations". *Le Tour Du Monde. Journal des voyages et des voyageurs*, vol. 38, Librairie Hachette, Paris, 1898, pp. 61-72 ; pp. 61. Traducción nuestra. Documento encontrado en la Academia Colombiana de Historia (910.41/CH17T. V38).

<sup>37</sup> Sievers, Wilhem, "Los viajes del Conde Josef de Brettes", pp. 115.

### 3. Los documentos y el proceso de transcripción

Todos los documentos que componen esta transcripción fueron hallados en Bogotá, en su mayoría en la Biblioteca Nacional. Algunos de ellos están microfilmados, particularmente los publicados en la Revista Gris, otros impresos que se encuentran en la Sección de Hemeroteca y en el Fondo Antiguo. La mayoría son artículos cortos y algunos largos, tanto en francés como en castellano. En principio tuvimos la inquietud de intentar la traducción de los que se encontraban en francés, pero aunque nuestra comprensión lectora de esa lengua es buena, no era lo mismo intentar una traducción. De esta manera consideramos que leerlos en su idioma original podía resultar más útil que la traducción al castellano. Por otro lado debido a que los artículos de De Brettes son poco conocidos, su ubicación en principio resultó un tanto dispendiosa por la diversidad de revistas en las que fueron publicados.

Los documentos están ordenados cronológicamente por fecha de publicación, es decir en orden ascendente desde el más antiguo hasta el más reciente, y están enumerados del 1 al 13. Todas estas publicaciones se hicieron originalmente entre 1893 y 1898, con algunas traducciones posteriores al castellano que incluimos aquí. La transcripción ha sido fiel a las publicaciones, no se ha cambiado nota alguna.

Deseo agradecer al Observatorio del Caribe colombiano, en especial a Weilder Guerra Curvelo, por haber despertado mi interés por el Conde Joseph de Brettes. En principio este trabajo haría parte de una serie de publicaciones que sobre viajeros y exploradores del Caribe colombiano se impulsaba desde el Observatorio, proyecto que espera para ser consolidado. Al personal de la Biblioteca Nacional de Colombia por su gentil colaboración en la ubicación de los materiales. Al semillero de investigación "Frontera, Sociedad y Cultura en el Caribe colombiano", que desde mediados de la carrera ha estado permanentemente en mis reflexiones sobre la importancia de este explorador extranjero como una de las fuentes para estudiar los grupos indígenas de la región. A José Polo Acuña, por haber creído desde un principio en este proyecto, porque además de ser un gran maestro que me enseñó el amor hacia la Guajira, también es un gran amigo con el cual compartí muchas discusiones acerca del proyecto. A mi familia, en especial a mi madre María Eugenia, porque sin su apoyo en mi carrera, no hubiese llegado hasta donde estoy. A Melba Esther Nobles Hoyos, quien es como mi segunda madre, a ella le debo también el haberme apoyado en mis proyectos, porque también gracias a ella, le he encontrado un gran sentido a esta hermosa carrera.

Si esta modesta transcripción documental contribuye para que los historiadores de la región se interesen por De Brettes, me sentiré satisfecha.

SÉANCE DU 19 JANVIER 1894 [1]

[Amérique]. — *Voyage de M. de Brettes.*— M. le vicomte J. de Brettes, explorateur, parti de Bordeaux le 26 juin 1893 en compagnie de M. Georges Sogler, publiciste, son ancien compagnon de voyage en Afrique, avec le projet de reconnaître ensemble les parties centrale et occidentale de la Sierra Nevada, a envoyé les lettres suivantes, relatives à son voyage :

« Rio Hacha (Magdalena, République de Colombie), 4 août.

« Je suis arrivé le 16 juillet à Savanilla ; notre projet d'exploration a été favorablement accueilli par les autorités colombiennes et je m'occupe de mes derniers préparatifs.

« J'eusse été heureux d'emmener quelques Indiens Goagires dont je suis devenu l'ami en vivant depuis trois ans au milieu d'eux : ce sont en effet des auxiliaires intrépides, infatigables et dévoués, mais cette combinaison est rendue impossible par le fait que Goagires et Arhuaques sont des ennemis irréconciliables et force nous est de renoncer au précieux concours des premiers pour ne pas nous aliéner la sympathie des seconds.

« J'ai tout lieu d'espérer qu'à l'instar des trois autres tribus Guamakas, Bintukuas, Koggabas, connues sous le nom générique d'Arhuaques et visitées

---

\* Brettes, Joseph de, *Compte Rendu Séances de la Société de Géographie et de la Commission Centrale*, Société de Géographie, Paris, 1894, 500 Págs, pp. 41-48. (Fondo Antiquo Biblioteca Nacional).

par moi durant mes voyages de 1891 et 1892, los Chimilas seront pacifiques, doux et serviables : toutefois je ne connais rien, même par ouï-dire, des limites géographiques de leur territoire, non plus que du chiffre de leur population, de leurs coutumes, etc., etc., et nous allons être, M. Sogler et moi, les premiers, civilisés qui pénétreront chez eux.

« Nous devons quitter Rio Hacha jeudi prochain (10 août) en *Cayuco* (barque du pays) qui emportera nos instruments, vivres et bagages et nous amènera jusqu'à l'embouchure du Rio Palomino en longeant la côte de la mer des Caraïbes. Ce rio est pointé par  $L = 11^{\circ}15'24''$  N. et  $G = 75^{\circ}55'30''$  O. sur la carte n° 353 de la nomenclature «côte de l'Amérique méridionale» (Dépôt général de la Marine), par  $L = 11^{\circ}15'$  N. et  $G = 75^{\circ}54'$  O. selon les observations pratiquées durant ma mission de 1892.

« De l'embouchure du rio Palomino, où nous attend une escorte d'Indiens arhuaques avec des bœufs de selle et de charge, nous gagnerons Houkouméji ou Taminakka en suivant la première partie de l'itinéraire (1) relevé l'année dernière et dont je vous envoie copie.

« Toutes les rivières, lacs et villages ou noyaux de population arhuaque portés sur ce croquis ont également été découverts l'année dernière, ainsi qu'en font foi les documents ci-joints.

« A Houkouméji ou Taminakka, j'établirai mon centre d'opérations : choix d'un lieu propre à l'établissement d'une station scientifique et création d'une

colonie en terres froides ou tempérées, car la température de th +32° cent. À la côte, s'abaisse progressivement jusqu'à th — 6° cent. Au sommet de la Sierra Nevada (5887 mètres) récemment nommé : *Pic Christophe Colomb*, à l'occasion du quatrième centenaire de la découverte de l'Amérique (1).

« De Houkouméji ou Taminaka (2), dont j'ai déterminé la position et l'altitude, L = 11°07'N. et G = 75°54'O. (815 mètres), je me propose de lever la carte détaillée de la Sierra Nevada par des reconnaissances partielles, dès que j'aurai terminé mon voyage en pays Chimila.

« Chargé d'une mission économique et commerciale par M. le Ministre du Commerce à qui j'ai eu l'honneur de faire, dans un premier rapport, part des renseignements recueillis durant ma quatrième exploration dans l'Amérique du Sud, je me propose d'étudier tout particulièrement dans ce nouveau voyage les richesses commerciales, agricoles et industrielles de cette intéressante partie du territoire colombien.

« Dès mon arrivée à Taminakka, j'aurai l'honneur de vous écrire pour vous tenir au courant de mes travaux.»

De Taminakka (Nevada centrale), le voyageur adresse les deux lettres ci-après :

« 30 août 1893. — Je viens d'arriver à Taminakka en compagnie de M. Georges Sogler. Parti de Rio Hacha en *Cayuco* (pirogue), le 10 juillet dernier,

j'arrivais le 12 à l'embouchure du rio Palomino. Là, j'étais obligé d'attendre une escorte d'Indiens Arhuaques-Koggabas et des bœufs de selle de charge. Le 21 juillet, cinq Indiens (dont un *mama*, sorte de médecin-sorcier) venaient à ma rencontre, mais sans bœufs, les vampires ayant récemment fait périr tout le bétail.

Bien que notre bagage fût considérable (il s'agit en effet d'installer dans une partie centrale de la Sierra une station scientifique et, si le terrain le permet, de créer un jardin d'acclimatation de plantes et de semences d'Europe en climat tempéré), je n'hésitai pas à me mettre en route le lendemain, 22 juillet, en chargeant les Indiens de vivres et des instruments les plus indispensables.

« Dans un croquis, joint à ma dernière lettre, je vous donnais les noms des rios rencontrés durant la dernière partie de ma mission de 1892. Voici les positions géographiques rectifiées ou complétées de cet itinéraire ; j'y ajoute les altitudes de chacun de mes campements :

« Palomino (Nibouhi), sur le bord de la mer des Caraïbes, par 11°15' de latitude nord et 75°54' de longitude ouest de Paris (1) ;

« Nouapalilouaka (el algarrobo) (192 mètres), par 11°12' de latitude nord et 75°54' de longitude ouest de Paris ;

« Mamagatkouichija (el Aguacatal) (238 mètres), par 11°11' de latitude nord et 75°53' de longitude ouest de Paris ;

« Aloukouéji (la Cueva) (356 mètres), par 11°10' de latitude nord et 75°53' de longitude ouest de Paris.

« Taminakka (815 mètres), par 11°07' de latitude nord et 75°54' de longitude ouest de Paris.

« Cet itinéraire de 8 milles nautiques à peine, à vol d'oiseau, mais d'une longueur exacte de 29 milles 16 (54 kilomètres), se trouve quadruplé par les pentes abruptes et les sinuosités innombrables de la route ; il s'est effectué en quatre jours, ce qui donne une moyenne de 7 milles 27 par jour.

« Les régions septentrionale et centrale de la Sierra Nevada de Santa Marta sont couvertes d'épaisses forêts. Depuis Outaijiguéka, le point le plus élevé depuis la côte (1400 mètres), et situé à 3 milles environ au sud de Aloukouéji, on commence à descendre jusqu'à la jonction des rios Houkouméji, en Nouaméji ; ce dernier cours d'eau assez important.— Là commencent les savanes de Houkouméji et de Taminakka, au fond d'une très fertile vallée orientée N.-E. S.-O. dans sa longueur.

« C'est vers le centre de cette vallée, sur la rive gauche du rio Nouaméji, que se trouve le village arhuaque-koggaba de Taminakka.

« Les gens de la côte qui ne l'ont jamais vu, mais qui en ont entendu parler, le nomment à tort Palomino de la Nevada, par opposition à Palomino de la playa (Palomino de la plage). Ils croient en effet ce village indigène situé sur les bords du rio Houkouméji (le rio Palomino des civilisés).

« A propos du rio Palomino, il est une erreur (celle-là provident des Indiens ignorant nos conventions géographiques) que je tiens à rectifier en passant. Le

rio Palomino des civilisés ne devrait point être appelé Houkouméji par les Arhuaques, mais bien Nouaméji. Ce n'est pas le Nouaméji qui se jette dans l'Houkouméji, torrent insignifiant, mais bien l'Houkouméji qui se jette dans le Nouaméji, rivière importante dont le volume d'eau est trois fois plus considérable et qui a sa source la plus éloignée de l'embouchure.

« Le croquis ci-dessous rendra ma rectification plus compréhensible.

« De Taminakka, j'ai relevé le sommet principal de la Sierra Nevada (celui dont je fis l'ascension en 1891) : 5887 mètres.»

« 28 octobre 1893. — Voici les renseignements que j'ai recueillis sur les très curieux Indiens Arhuaques-Koggabas, chez lesquels mon compagnon de voyage M. G. Sogler et moi habitons depuis deux mois.

« C'est une race douce et serviable, désireuse de paix à tout prix et d'un tempérament particulièrement industriel et prévoyant.

Les Arhuaques-Koggabas tendent à s'éteindre. Il en reste quelques centaines dans les rares savanes de la Nevada et je me propose, avec l'aide de M. Sogler, d'en faire avant peu le recensement très exact. On s'étonne à première vue que ces hommes dont la vie est des plus faciles, le pays des plus sains, soient ainsi appelés à disparaître bientôt, car leur nombre diminue constamment. Mais j'ai pu constater que leur existence n'est autre chose qu'un véritable suicide inconscient.

Les deux grandes passions des Arhuaques-Koggabas sont, en effet, les bains et le feu. A toute heure du jour, qu'ils soient trempés de sueur ou qu'ils achèvent à peine leur repas, ils se mettent à l'eau, ne s'essuient pas le corps, revêtent leur mante de coton et n'ont rien de plus pressé que d'aller s'étendre dans leur hamac, suspendu près d'un brasier ardent.

De là des bronchites aiguës, des rhumatismes et autres affections dangereuses auxquelles résistent les adultes, ceux qui, plus vigoureusement trempés, ont pu arriver jusqu'à l'âge d'hommes, mais qui emportent facilement les enfants et les vieillards. Ceux-ci sont rares du reste ; Taminakka ne compte qu'un seul indigène ayant atteint la soixantaine.

« Leur dieu se nomme *Kalguachicha*, lequel a ses *mamas* ou sorciers dont les attributions et les influences sont fort étendues. Ce sont eux qui marient et qui *confessent*, qui président aux enterrements, qui assistent les femmes en couches, etc.

« Les Arhuaques-Koggabas ne choisissent pas leur femme. Quand ils veulent se marier, ils demandent à leur *mama* de «deviner» la femme qu'il leur faut ; celui-ci la leur indique ; alors le fiancé va trouver le père de sa future femme, se met en quatre pour lui plaire, et travaille à son champ jusqu'à ce que la cérémonie soit décidée. Ensuite le *mama* fait venir la jeune fille, la conseille, lui apprend que son mari va devenir son seul maître et qu'elle lui doit obéissance passive. Puis, prend entre ses mains les mains des fiancés : la cérémonie du mariage est terminée.

« Le rôle de devins que s'attribuent les *mamas* est considérable. C'est ainsi que l'un d'eux, Handigua, chef du village que nous habitons, vient de se voir dépossédé de ses fonctions par le *mama* Garavito qui avait «deviné» que lesdites attributions devaient lui être dévolues. Je crois qu'il a «deviné» surtout que sa qualité de chef lui vaudrait une plus large part des bagatelles que nous avons pour eux en réserve.

« Leurs cases, toutes rondes, en bambous brisés et tressés, quelquefois aux murailles de pieux maçonnés d'argile, avec leurs toitures élevées couvertes en chaume, sont des plus confortables.

« Chaque Indien a sa case personnelle et une case pour sa femme et ses enfants. En dehors de celles-là, le village possède en commun une case plus vaste où les indigènes passent ensemble la plupart de leurs nuits autour d'un grand feu, causant beaucoup et riant constamment d'un gros rire naïf.

« Ils ont tous, en outre, sur le versant des collines, deux autres cases avec un jardin planté de cannes à sucre, de maïs, d'ananas, de bananes, de manioc. Leur bétail consistait, encore l'année dernière, à l'époque de mon premier voyage, en une assez grande quantité de bœufs et de vaches laitières ; mais une plaie terrible s'est abattue sur la contrée. Les vampires ont tué tout le bétail et leurs ressources se réduisent aujourd'hui à quelques douzaines de poules et à un assez grand nombre de porcs. Les chèvres et les moutons sont inconnus ici.

« Les Arhuaques-Koggabas ont une véritable passion pour les voyages, pourtant si pénibles dans ce pays. Ils feront mille difficultés pour rendre un service exigeant une légère fatigue, et n'hésiteront pas à aller à plusieurs jours de marche porter notre courrier ou chercher nos bagages.

« Je me propose de visiter le territoire des Indiens Chimilas qui habitent le versant sud-ouest de la Sierra Nevada et, outre les découvertes géographiques que j'y pourrai faire, je me propose de prendre d'intéressantes notes ethnographiques.

« Mais je compte rester encore quelque temps chez les Arhuaques-Koggabas. »

#### SÉANCE DU 4 MAI 1894.

[Amérique]. Le vicomte de Brettes, chargé par le Ministère du commerce et de l'Industrie d'une mission dans la Colombie (Amérique du Sud), écrit à la Société :

« Santa Martha (Magdalena-Colombie), 20 mars. — Après un séjour de six mois dans la Nevada centrale, je suis arrivé à Rio Hacha le 28 janvier. Au bout de quelques semaines. De repos, je me préparais à repartir pour le territoire indien Chimila, encore inexploré (partie nord-ouest de la Sierra Nevada), lorsque j'ai été atteint à nouveau par les fièvres de la côte.

« Le 10 mars, un violent accès a failli m'emporter, la *terciana* (fièvre tierce) se compliquait d'une congestion cérébrale.

« Le 16, pouvant me tenir sur pied, je me suis embarqué pour Santa-Matha d'où je vous écris, mais ma faiblesse est telle que je dois remettre à quelques mois mon exploration de la région Chimila.

« D'autre part, j'ai besoin de m'entendre avec le Gouvernement national au sujet de la création d'une station scientifique dans la Sierra Nevada, et cela avant le congrès qui ne se réunit que tous les deux ans à Bogota (la session doit lieu cette année). Il me resterait donc que trop peu de temps pour visiter avec fruit cette intéressante contrée de la Nevada. En conséquence j'irai d'abord à Bogota.

« Vers la fin de cette année, je compte venir en France et je me ferai un devoir de vous communiquer les nombreux documents topographiques et ethnographiques que j'ai pu recueillir durant mon séjour en pays Arhouaque Kaggaba.

« Quelques jours avant ma maladie, j'ai fait des fouilles à une lieue au sud de Rio Hacha sur les bords du Rio Calancala. Ces fouilles ont amené la découverte de très curieuses poteries dont je vous donne ci-dessous un croquis ; ces poteries renferment des ossements.

« J'ai pu déterrer deux corps de tinajas et un couvercle bien conservé. Je possède également deux crânes complets (les maxillaires inférieurs compris).

« Depuis mon retour en Colombie, je continue, à l'intention du docteur Hamy, à recueillir des haches de pierre polie, j'en ai déjà une quinzaine. Je n'ai pas négligé de lever le plan de l'ancien cimetière où j'ai trouvé les tinajas, non plus que de prendre des notes sur l'orientation, etc., avec échantillon de la couche de terrain.

« J'ose espérer que mes travaux topographiques sur la Sierra Nevada de Santa Martha vous intéresseront. Dès mon retour de Bogota, je pourrai vous les faire parvenir, si vous m'en manifestez le désir.»

A la fin de cette lettre, M. de Brettes rappelle qu'il en a écrit deux à la Société, l'une du 30 août, l'autre du 2 septembre 1893<sup>(1)</sup>.

Il signale ensuite un rapport adressé par lui au Ministre du Commerce, qui en aura, espère-t-il, donné communication à la Société.

Voici, en effet, ce rapport, dont nous devons copie à l'obligeance du Ministre du commerce.

---

<sup>(1)</sup> Les lettres que la Société a reçues de M. de Brettes depuis le mois d'août 1893 portent les dates suivantes : 4 août, 30 août et 28 octobre. Elles ont été insérées dans le C. R., 1894, p. 41-48.

« Rio Hacha Magdalena (Colombie), le 10 février. — J'ai l'honneur de vous faire part des résultats obtenus durant les six mois que je viens de passer en territoire indien Kaggaba (Nevada centrale).

« Dans mes précédentes explorations, particulièrement pendant celle de l'année dernière, il m'avait été donné de constater combien est grande la fertilité du Magdalena septentrional. Après un court séjour en France, séjour durant lequel j'avais eu l'honneur de vous adresser un rapport sur la première partie de ma mission et m'étais assuré le concours d'un agronome, je retournai continuer en Colombie mes études économiques et géographiques.

Peu après mon arrivée, j'arrêtais mon choix sur la vallée de Taminakka. Éminemment propre à des expériences agricoles (vigne, blé, cacao, café, coton, coca, ramie, etc.). Elle est située par 11°03" de latitude nord, 76°03" de longitude ouest, à 815 mètres d'altitude et jouit d'une température moyenne de 22 degrés centigrades.

« Une tribu d'indiens agriculteurs et pasteurs, les Kaggabas, de race Arhouaque, ne se sont en aucune façon montrés hostiles à ces essais. La tentative a réussi au-delà de toute espérance ; le parti qu'on peut tirer de cette merveilleuse contrée n'est désormais plus douteux. Non seulement la culture des plantes ci-dessus énumérés a donné des résultats encourageants, mais l'acclimatation d'un grand nombre de graines françaises, tentée pour la première fois, a encore parfaitement réussi.

« Grâce à mon séjour de quelques mois à Taminakka et aux indications précieuses des Indiens, j'ai pu recueillir sur divers productions de la Sierra Nevada d'intéressants renseignements, qui feront, à mon retour en France, l'objet d'un rapport spécial.

« Je me permets de vous signaler dès à présent, dans ce massif orographique d'un million d'hectares, l'existence des minéraux et végétaux suivants :

« *Minéraux* : or, dans presque tous les cours d'eau se jetant dans la mer des Caraïbes ; platine dans la région centrale de la Sierra ; fer très répandu dans tout le massif ; houille, abondante dans la partie occidentale. — *Bois de construction, d'ébénisterie, de teinture* : acajou, gaïac, cèdre, caracolí, illora, brésil, palmier cirier, et une infinité d'essences encore inconnues. — *Plantes médicinales* : quina, coca, tolu, ipéca, salsepareille, maganilla, etc. — *Textiles* : coton, maguey.

« Par sa situation géographique, sa fertilité et ses inépuisables richesses naturelles (dont j'ai à cité les principales), la Sierra Nevada est appelée, dans un avenir prochain, à une situation économique des plus prospères. Le développement commercial, agricole et industriel de ce pays, situé non loin de nos grandes lignes de paquebots français (Le Havre, Saint-Nazaire, Bordeaux, Marseille, Colon), ne pourra que'être utile à nos transactions et resserrer encore nos relations commerciales avec la République de Colombie.

« Rentré du territoire kaggaba, le 28 janvier, je me prépare à repartir, le 15 février, pour l'exploration de la région indienne Chimila, située à l'ouest du massif nevadéen ; je vais y étudier les conditions de navigabilité de l'Ariguani, un des principaux affluents du Rio Magdalena.»

## CORRESPONDANCE

— De Bogota (Colombie), 26 mai, le vicomte de Brettes écrit : trouvais, à la côte caraïbe, tellement anémié que j'ai dû venir le mois dernier à Bogota, pour me rétablir.

« Grâce au climat sain de cette ville, je suis maintenant assez bien portant et je me prépare à partir dans une huitaine pour aller terminer, avant la fin de l'année, l'exploration de la Sierra Nevada de Santa Martha (Magdalena), entreprise depuis trois ans.

« J'ai reçu ici le meilleur de nos collègues : MM. Bourgarel, ministre de France, et Mancini, que j'avais connu en 1884, consul général de France au Paraguay.

« Vers le commencement de l'année 1895, je me propose d'organiser une expédition pour tâcher de pénétrer dans cette région, encore *terra incognita*, située entre les rios Guaviare et Yupara, du 73<sup>e</sup> au 77<sup>e</sup> degré de longitude et comprenant une étendue d'environ 10 degrés géographiques. Je vous écrirai plus longuement à ce sujet.

« M. Vergara y Velasco, géographe colombien distingué, et qui a été le collaborateur de M. Élisée Reclus, m'a donné d'utiles renseignements sur les territoires indiens du sud-est de la République.

« J'ai pu consulter, à la Bibliothèque de Bogota, d'anciens ouvrages relatifs aux mêmes régions et me procurer, grâce à la bienveillance du Ministre de l'Instruction publique, M. le Dr Zerda, des rééditions d'ouvrages écrits aux dix-septième et dix-huitième siècles.

« Dès mon retour à la côte, j'aurai l'honneur de vous écrire et vous tiendrai ensuite au courant de mes travaux dans la Nevada occidentale.»

Dans une seconde lettre écrite de San-Antonio (Sierra Nevada de Santa Martha), 14 juillet, le même voyageur donne les renseignements suivants :

« Parti de Rio Hacha le 16 juillet, je suis depuis deux jours à San-Antonio, ce petit pueblo de la Sierra Nevada où Élisée Reclus passa quelques jours dans sa jeunesse. Avant de me mettre vraiment en route (le 16 juillet), je tiens à vous envoyer quelques lignes de souvenir et à vous mettre au courant de mes projets. Je m'occupe à réunir une escorte d'Indiens Arhouaques-Kaggabas et je me dirigerai vers Taminakka, à deux journées de marche dans l'ouest. C'est près de Taminakka, d'où j'eus le plaisir de vous écrire avant mon voyage à Bogota, c'est à soubichingamatsokoa (pardon de ce mot à n'en plus finir) que j'ai établi mon centre d'opération en pays Arhouaque.

De là je compte gagner les sources du rio Papalissah et la Cienaga grande en une trentaine de jours de marche (à pied), à travers une partie de la région Chimila et l'ancien domaine Taïroua, dont il est si souvent question dans les chroniques espagnoles (Fray Simon, Piedrahita, Juan de la Rosa, etc.). Plusieurs fois battus, les conquistadores renoncèrent à pénétrer dans «el valle de los Taïrouas» (la vallée des Taïrouas), objet de leur convoitise : les Taïrouas éteinte fondeurs de métaux. Cette race est depuis longtemps éteinte, ou, comme le croit Mgr Celedón, évêque de Santa Martha, s'est fondue avec la race Chimila, et les descendants des premiers Espagnols, quoique n'ayant plus les mêmes raisons de craindre une reconnaissance dans ce territoire, en oublièrent jusqu'à la situation géographique !

« J'ai eu la bonne chance de retrouver l'année dernière le pays Taïroua en comparant les noms indigènes actuels des principales montagnes et des plus importants rios avec ceux que citent les anciens historiens espagnols. L'analogie est concluante, et le voyage que j'entreprends donnera, je l'espère, des résultats géographiques et archéologiques d'un grand intérêt.

« Je me ferai un plaisir de vous tenir au courant de mon voyage. »

**CONFERENCIA [2]**

**Misión de exploración geográfica en las regiones civilizadas del Magdalena y los territorios de los indios Motilones, Goajiros, y Arhuacos.—Texto de la conferencia leída el 19 de mayo de 1893 en la Sociedad de geografía de París, por Mr. Joseph de Brettes, explorador.\*\***

Señor Ministro de la República de Colombia, señor Presidente, señores:

Comprendo perfectamente que no es de oportunidad hablaros de América en el mismo momento en que todos los pensamientos, juntamente con toda las esperanzas están puestos en África, en ese inmenso imperio que en parte ha sido conquistado para Francia por nuestros valerosos colegas Brazza, Binger, Monteil, Dibouzky, etc. etc. cuyas pacíficas hazañas han hecho latir de alegría y de orgullo los corazones franceses.

Abrigo, sin embargo, la esperanza, señores, de que os dignaréis conceder vuestra benevolencia á mis trabajos que, aunque efectuados en distinta región, tienen por objeto contribuir al estudio de la ciencia geográfica y hacer apreciar los recursos de un vasto país amigo de Francia.

Ese país dos veces y media más grande que el nuestro y 4º veces mayor que Holanda, aunque con una población igual numéricamente a la de ésta; esa república admirablemente situada sobre el Atlántico y el Pacífico; ese país,

---

\* Traducida directamente del manuscrito original por un colaborador de la REVISTA GRIS.

\*\* Brettes, Joseph de, "Conferencia", *Revista Gris*, Biblioteca Nacional, Sección de Hemeroteca, Junio, N° 6, Vol. II, Año II, Bogotá, 1894, pp. 195-201. (Copia microfilmada Rollo VFDU1-4074).

destinado por la extensión de sus costas (4.640 K) a ser algún dueño de la mas importante vía de transito de la América del Sur; ese país, en fin, que trata de estrechar cada vez más sus relaciones comerciales con nuestra patria, y en el cual las importaciones francesas, por valor de muchos millones, ocupan ya el segundo lugar, es Colombia. Forzoso es confesar que Colombia es poco conocida en Francia y lo que es peor, es muy mal conocida, pues que no se la considera sino a través de los recursos del Istmo de Panamá.

De su historia, de su sangrienta conquista, de su lucha por la independencia, dos nombres gloriosos han llegado hasta nosotros: el de Las Casas, que fue el más grande de los conquistadores, por que era el mejor de los hombres, y el de Simón Bolívar, el padre de cinco repúblicas, que supo encarnar la patria americana y la libertad.

El nombre de Simón Bolívar hace latir el corazón de todos los suramericanos, como el de Jorge Washington entusiasma a los hijos de Norte América. Cuando Morillo, digno Lugarteniente de Fernando VII y de la Santa Alianza, pacificaba la América Central donde sacrificó 7.000 hombres, Simón Bolívar volvía a emprender la revolución a la cabeza de 500 soldados! Su genio compensaba la inferioridad de sus tropas, así como el valor de los colombianos se sobreponía a todos los peligros y obstáculos.

Cinco Repúblicas se disputan la gloria del libertador pero ella pertenece a Colombia, que por su grandeza es bien digna de este patrimonio; a Colombia donde pasó sus últimos días, puesto que en San Pedro Alejandrino, a dos

millas de Santa Marta, murió el 17 de Diciembre de 1830. San Pedro Alejandrino es una modesta quinta, hoy propiedad nacional, que ha sido refeccionada, y cerca de ella, en medio de un bosquecillo de árboles se eleva la estatua del grande hombre, inaugurada merced a los nobles esfuerzos del señor Goenaga, Gobernador del Magdalena.

Las producciones minerales y vegetales de Colombia son apenas conocidas por uno que otro sabio y negociante, y si yo hubiera tenido e cuenta las fantásticas descripciones de viajeros, tales como Gaspard Theodore Mollien, que al visitar a Colombia en 1823 no encontró sino animales salvajes por dondequiera: jaguares, cuguardos, serpientes, cocodrilos, enormes lagartos, cientopiés, escorpiones, sapos y sobre todo la terrible garrapata; ácaro ó aradores cuya picadura causa según la caída del cabello, quien sabe si habría preferido volverme al Chaco.

Afortunadamente el ingles Simons, el doctor alemán Sievers, y en fin, nuestro ilustre compatriota Eliseo Reclus, quien ha consagrado un volumen a la Sierra Nevada de Santa Marta, me han suministrado datos más serios sobre los vastos recursos de la gran República Suramericana.

No resistiré al deseo de transcribir algunas líneas del trabajo de mi eminente colega, que es sin duda con el de los señores Ricardo Núñez y Henry Jalhay y el más exacto y concienzudo de cuantos se han escrito sobre el Magdalena. Yo también, como Reclus, me he enamorado de este país tan rico, que por lo mismo que tiene escasa población pide el curso del trabajo de los hombres de

buena voluntad. "No solamente es la Sierra Nevada la que pide brazos a la Europa y al resto del mundo Colombia entera reclama colonos. Este país de El Dorado no es solo el país del oro, sino también el país de la dicha para los que saben apreciar la libertad".

"En nuestra vieja Europa, imperan aún las tradiciones de los tiempos barbaros y de la edad media, y desde la tumba ejercen los muertos su gobierno sobre los vivos. Por otra parte, la superabundancia de población impide a sus habitantes los goces de bienestar; demasiado apretados en nuestro reducido continente no podemos dar un paso sin tropezar con terreno ajeno, y, obligados por la fuerza de las cosas, obtenemos la felicidad a expensas del prójimo. Murallas, barreras, reglamentos, restricciones, todo nos estrecha como a los condenados los anillos de las serpientes infernales. Aún los que se creen libres habitan una estrecha prisión en la cual apenas pueden moverse, en donde su pensamiento se marchita antes de haber florecido".

"Allá, en la joven República Suramericana no asisten al gran banquete convidados desgraciados; la fecunda tierra alimenta generosamente a todos sus hijos; el aire de la libertad hincha todos los pechos. Quizá en medio de esta naturaleza virgen, los hombres rejuvenezcan también; tal vez los ciclos históricos no seguirán siempre, como animales encadenados, su círculo acostumbrado". No continúo, pues necesario me sería copiar todo el volumen. El poco tiempo se me ha concedido, y el temor de fatigar vuestra atención no me permiten hacer extensiva esta conferencia a toda Colombia, y describiros su nueve Departamentos muy diferentes por su aspecto, clima y producciones.

Me limitaré al Departamento del Magdalena que posee una superficie de 69.800 kilómetros cuadrados para 137.318 habitantes y que yo conocía por haberlo explorado desde 1891. Sobre esa superficie que se extiende en anfiteatro desde el nivel del mar Caribe hasta las cimas de los Andes, encontramos, tres regiones bien distintas, que ofrecen las producciones de todos los países, comprendiendo en ellas los musgos y las graníneas microscópicas de la zona de las nieves perpetuas.

De 600 a 1.000 metros de elevación tenemos las tierras llamadas calientes, cuya vegetación exuberante está en proporción con la temperatura media de 28° a 34° centígrados. Allí crecen el cacao, la caña de azúcar, el caucho, el algodón, el plátano, la vainilla, preciosas maderas tales como el guayacán, la caoba, etc., plantas medicinales, entre otras el bálsamo de tolú, el mikania guaco, aplicado en un tiempo contra la mordedura de las serpientes y respecto del cual existen varias fabulas, el jengibre, la carica papaya que da la papaína o pepsina vegetal, la coca, etc.

Difícil sería describir las magnificencias de la selva virgen con sus inmensos árboles de troncos cubiertos por una multitud de orquídeas, bromaliáceas y helechos arborescentes que se destacan como verde encaje sobre la azulada sombra del bosque, formando una verdadera fiesta del reino vegetal.

Del límite de las tierras calientes hasta 2.600 metros se encuentra la zona de las tierras templadas, en donde gracias a una temperatura de 17 a 27 grados centígrados crecen las quinas, el café, diversas plantas poco conocidas aún,

tales como el *curibano*, de raíz aromática, y la *chilca* que da un hermoso y fijo tinte verde. Ascendiendo, las tierras frías comienzan hacia los 2.600 metros y se elevan hasta los 4.800, límite inferior de las nieves perpetuas.

Todas las gramíneas y las leguminosas de Europa, las legumbres y las flores de nuestros jardines, se dan en esta región que presenta el aspecto de una primavera perpetua. La fauna de estas tres zonas es tan variada como su flora. En tanto que en las aguas del mar Caribe vive una gran cantidad de peces, tortugas y madre-perlas, la gran fauna se encuentra en las selvas vírgenes de las tierras cálidas, embellecidas por una multitud de aves y mariposas. Rebaños de origen europeo pueblan las zonas templadas donde encuentran excelentes pastos. ¿No se han comparado las sabanas de Bogotá a nuestras fértiles llanuras de Normandía?

Entre las riquezas del suelo colombiano me parece inútil citar los minerales. Solo en la Provincia de Antioquia la producción aurífera llegó a 17.500.000 francos en 1874 y puede estimarse en dos millones y medio de dollars la producción anual de la plata en Colombia. Estas cifras hablan por sí solas.

El Magdalena, soberbio río de 1.700 kilómetros, que ha dado su nombre al Departamento que acabo de visitar, es la mayor arteria de Colombia. En tiempos de la conquista la navegación del Magdalena, de rápida corriente, sembrada de escollos, infestado de animales feroces o venenosos, dice el viajero Lallement, ofreció al ejército de Quesada peligrosos extraordinarios, a la par de mucha gloria. Hoy día esta navegación, en excelentes buques de vapor,

es mucho menos gloriosa, y los peligros que ofrece son a lo sumo algunas picaduras de mosquitos. Sabanilla es la principal entrada de Colombia. Unido por camino de hierro con Barranquilla, el puerto de Sabanilla esta en relación directa tanto con Europa y los estado Unidos como con los otros puertos atlánticos de la República, tales como Cartagena, Santa Marta, etc. Con sus casas blancas y su horizonte de montañas que elevan sus picos hasta las nubes, Santa Marta merece muy bien su nombre de Perla de América con que la designaron en otro tiempo. Posee algunos monumentos: una hermosa iglesia un antiguo convento, hoy convertido en casa de Gobierno y una buena escuela de artes y oficios.

Su mercado es de los más pintorescos y animados. Su principal ramo de comercio era el transito, avaluado en una veintena de millones, el cual hubiera sido fácil duplicar a no ser por la carencia de brazos.

Barranquilla ha absorbido todo el comercio de Santa Marta. Su camino ferrocarrilero va actualmente hasta Ríofrío. Riohacha, situada en una llanura de 16 leguas cuadradas, es un puerto muy frecuentado por navíos de alto bordo europeos y americanos. Es también el centro de un comercio importante de ganados, cueros, café, tabaco, maderas y frutas de dividivi empleadas en la curtumbre de pieles. Con Curaçao tiene grandes relaciones comerciales.

En 1891 mi buena suerte me condujo a Colombia. Tenía por aquella época el proyecto de explorar el Sur y el Norte de la Sierra Nevada de Santa Marta, grupo de montañas aislado de la cadena de los Andes, que ocupa una

extensión cuatro veces menor que la de Suiza, y cuyo más alto pico se eleva a 5.887 metros sobre el nivel del agua. La región de la Nevada de Santa Marta, visitada en 1876 por Simons, y en 1886 por Sievers, esta habitada por muchas tribus de indios Arhuacos, cuyos rasgos etnográficos trataré más adelante en esta conferencia.

El 19 de Mayo de 1891, perfectamente equipado y preparado para el viaje que iba a emprender, dejé el Valle de Upar para entrar en territorio arhuaco, tratando de subir hasta la cima principal de la Sierra. A cada paso las ruinas y las tumbas que encontraba me ponían de manifiesto la existencia de una antigua civilización, y de una población bastante considerable.

El 26 de Mayo, después de nuestra permanencia en la aldea india de San Sebastián, la civilización, representada todavía por cinco o seis mercaderes, nos abandonó y no encontramos más que aldeas de nombres tan raros como desconocidos, tales como Bouzinoutch Konak a 2.075 metros de altura, Karioukka, Brussinkhy y Douraminaka a 3.425 metros. Este último lugar, no es, hablando con propiedad, más que un refugio de los indios.

En fin, a 3.500 metros de elevación encontramos la última cabaña; la humanidad nos abandonó como ya lo había hecho la civilización. Sin embargo, seguimos subiendo. Desde este instante comenzaba la parte más penosa de nuestra ascensión, tanto para mis compañeros como para mí, pues ya comenzábamos a sentir los horribles síntomas del *mal de las montañas*, muy parecido al mareo complicado con hemorragias.

No me detendré en la narración de estas peripecias. Alcanzamos al límite inferior de las nieves perpetuas a la altura de 4.800 metros. La escasa vegetación de las llanuras superiores (gramíneas raquílicas, montones de puna) había desaparecido en absoluto; por todas partes soledad y silencio, un frío de 6 grados bajo cero. Sin embargo, seguimos nuestra marcha, cansados, sin aliento, hasta la última cresta granítica que se destaca del seno de la nieve y los hielos y corona de la montaña de la Nevada a 5.887 metros sobre el nivel del mar. Es este pico más alto de Colombia. Llegué a este punto culminante el 31 de Mayo de 1891 a las 2 y 20 minutos de la tarde; practiqué algunas observaciones relativas a la posición de las cimas, su altura, a la declinación y la inclinación magnética, y algunas experiencias sobre la gravedad.

El célebre Humboldt, quien valiéndose de observaciones trigonométricas tomó desde el mar la altura de la Nevada, la considera de 6.000 metros. Altura exagerada, sin duda debida a un error de refracción proveniente de las nubes que le impidieron la exactitud en sus cálculos.

¡Cómo describir el panorama que se desplegaba a mis pies, en la llanura, perdido en medio de las nubes, a través de las cuales podía distinguir el mar Caribe en el horizonte; y al Oeste los ricos valles que riega el río Magdalena! Recuerdos inolvidables que compensan perfectamente tantas fatigas

(Continuará).

### CONFERENCIA<sup>1</sup> [3]

**Misión de exploración geográfica en las regiones civilizadas del Magdalena y los territorios de los indios Motilones, Goajiros, y Arhuacos.—Texto de la conferencia leída el 19 de mayo de 1893 en la Sociedad de geografía de París, por Mr. Joseph de Brettes, explorador<sup>2</sup>**

La subida fue tan penosa, tan fecunda en peripecias como la bajada. Al fin el 14 de Junio volvimos a entrar a Riohacha después de 34 días de penoso viaje, pero con la satisfacción de haber hecho una ascensión útil a la ciencia, de haber fijado definitivamente la topografía de una importante porción de la Sierra Nevada, y de haber recogido gran numero de notas y datos geográficos y económicos.

A mi regreso de la exploración, los comuniqué a la Sociedad Geográfica de París, en un viaje que hice entonces, apenas de dos meses, y en el cual estuve encargado de numerosos trabajos en Colombia. Fui entonces encargado por el Ministro de Comercio de una misión económica y comercial en las Repúblicas de Colombia, Venezuela y Centro-América (Decreto de 9 de Enero de 1892), para estudiar los recursos de estos diferentes países, e investigar los medios prácticos de estrechar sus relaciones comerciales con Francia. Poco después fui nombrado Jefe de la Comisión de exploración geográfica del Departamento del Magdalena, por el entonces Gobernador Sr. Ramón Goenaga, cuya cortesía me es grato recordar.

---

<sup>1</sup> Traducida directamente del manuscrito original, por un colaborador de la REVISTA GRIS.

<sup>2</sup> Brettes, Joseph de, "Conferencia", *Revista Gris*, Biblioteca Nacional, Sección de Hemeroteca, Julio, N° 7, Vol. II, Año II, Bogotá, 1894, pp. 195-201. (Copia microfilmada Rollo VFDU1-4074).

En tal virtud, se me encargó de explorar científicamente aquella región, y de levantar el mapa de ella. El campo de mis observaciones se encontraba restringido por segunda vez, pero este Departamento de 60.800 kilómetros cuadrados, con sus regiones civilizadas cuyas ciudades poseen los últimos adelantos científicos: teléfono, luz eléctrica, etc., y con sus territorios indígenas Goajiros, Motilones y Arhuacos, este último completamente desconocido, me ofrecía aún curiosos temas de estudio. Mi itinerario era el siguiente:

- 1° De Riohacha a Valledupar, en territorio civilizado;
- 2° De Valledupar a Chiriguaná, en territorio de los indios Motilones;
- 3° De Chiriguaná a Aguachica, en territorio civilizado; y de aquí a Cúcuta, en la frontera de Colombia con Venezuela;
- 4° De Cúcuta a Maracaibo, en territorio venezolano, por los ríos Zulia, Catatumbo y el lago de Maracaibo;
- 5° De Maracaibo a Riohacha, a través de la península Goajira, en territorio de los indios Goajiros.

En fin, la última parte de mi viaje, si no la más peligrosa, al menos la más difícil, comprendía la travesía de las vertientes Norte y Noroeste de la Sierra Nevada. Saliendo de Riohacha, debí costear el mar Caribe, llegar a Palomino, luego a Ríofrío, después de haber atravesado el territorio desconocido que se extiende desde los 76° 40 de longitud oriental del meridiano de París.

Tal es, a grandes rasgos, este itinerario de 2.300 kilómetros, que he recorrido en goleta, en canoa, a caballo, en buey y a pie. Durante 195 días o sea seis

meses y medio. Tuve que emplear diez mulas, dos caballos y un buey; me acompañaron 36 peones civilizados, 22 indios Arhuacos, entre los que hubo cuatro mujeres, y cuatro indios Goajiros. En este itinerario hice 80 observaciones astronómicas y trigonométricas y visite 256 ciudades y aldeas.

He hecho 209 observaciones meteorológicas, una multitud de croquis, planos y notas sobre los recursos naturales del país; en fin descubrimientos geográficos en una zona totalmente desconocida, situada al Noroeste de la Sierra Nevada, descubrimientos de que han sido consignados en una comunicación verbal oficial, y de los cuales hablaré en seguida.

El 11 de Abril de 1892 salí de Riohacha acompañado de un peón negro llamado Rafael Jiménez, antiguo correísta que conocía perfectamente el camino de Riohacha a Valledupar, pero no el que yo seguía, por lo cual no me fue útil sino de un modo secundario. Me procuré un excelente caballo de la admirable raza goajira, que participa el caballo andaluz por la belleza de las formas, y del caballo árabe por la resistencia en las fatigas: este animal fue mi fiel compañero durante 900 kilómetros, hasta la ciudad de Ocaña, en donde tuve que separarme de él. Rafael me seguía con una maleta en que llevaba mis instrumentos y equipaje; dos amigos habían venido a acompañarme durante el primer día.

El peligroso camino que seguíamos se internaba en la Goajira, territorio en donde los civilizados no gozan jamás de una seguridad completa. En efecto, si uno de ellos comete un desacato en una tribu indígena, es de uso que el primer

civilizado que pase paga por los otros, lo que hace que este camino sea poco frecuentado. Caminábamos por entre las *tunas*, plantas gigantes de flores rojas, cactus coronados por una flor rosada, que forma la cubierta más espinosa que puede imaginarse.

Después de la primera aldea india de Makurutu, el paisaje cambió completamente, y cuando llegó la noche caminábamos por entre las altas yerbas; algunas luces que brillaban a lo lejos guiaban nuestra marcha. Era la ranchería de Cerro-Alto. Llegamos a la casa principal—*pinché*—choza de tierra pisada, cubierta por un techo de palmas, y, según la costumbre goajira, me detuve sin decir una palabra. Entonces uno de los indios se separó de un grupo en donde continuaron hablando, sin darse cuenta de la presencia de los extranjeros, y acercándose a mi pronuncio un *hein* retumbante, al cual contesté también *hein*, manera extraña de hablar a una temperatura de 32° centígrados: desde entonces no hay nada que temer: podemos apearnos como en nuestra propia casa, pues la hospitalidad goajira, aunque no enteramente escocesa, es suficiente.

Nos instalamos en la ramada, especie de cocina cubiertas de hojas de palma y después de disponer lo relativo a nuestras cabalgaduras, colgamos las hamacas. Con unos pocos cuartillos conseguimos las provisiones necesarias: carne de res o de cabra, una gallina y *mazamorra* de maíz pilado, verdadera polenta, como veis, y que no falta bajo el hermoso y estrellado cielo parecido al de Italia. Después de la comida y en lugar de vino tomamos excelente agua fresca. Conservada en *múcuras*, potes de barro poroso, que se balancean

colgados del techo y en seguida nos extendimos en las hamacas satisfechos del primer día de exploración. Al día siguiente mis dos compañeros regresaban a Riohacha aunque cada jornada tiene incidentes más o menos dignos de contarse, la extensión de esta conferencia no me permite referirlos día por día.

Después de salir de esta comarca recorrida por mí en 1891, antes de mi ascensión a la Sierra Nevada, empezaba a internarme en territorios de vegetación raquítica, de suelo ferruginoso, entre las últimas ondulaciones de los Andes a mi izquierda, y las vertientes de la Nevada a mi derecha.

La extensión del valle aumentaba a cada instante, dejándome ver ricas praderas en donde la vegetación tropical se manifiesta en todo su esplendor. Visité los pueblos de Barrancas, cerca del cual se encuentra la importante mina de carbón del Cerrejón, no explotada todavía: Fonseca, San Juan y Villanueva, celebré por el excelente café que produce. La población de estas aldeas se compone de españoles descendientes de los primeros colonos, de hijo de los negros africanos traídos por los conquistadores, de mestizos españoles, de negros y de indios (estos últimos en menor número porque las dos razas se mezclan poco).

Su vida es apacible: se consagran a la cría de ganados y a la agricultura, pero por falta de perfeccionamiento agrícolas y de vías de comunicación no logran sacar del suelo el rendimiento que podría conseguirse en este magnifico país. Valledupar, antiguo centro español importante, posee interesantes ruinas de un convento de franciscanos, en donde encontré entre los enmaderamientos

esculpidos de una antigua iglesia, dos pilas de agua bendita, del año de 1600, que no pude menos de fotografiar. Después de un día de camino, entré en territorio de los indios Motilones, y lo recorrí desde Diegopata hasta la Jagua, en una extensión de 60 millas marinas.

Desde 1856 estos indios rompieron toda clase de relaciones con los hombres civilizados y viven entre las montañas, agazapados en las malezas, espiando al solitario pasajero para matarlo a flechazos, robando los animales de los ranchos vecinos, matando los ganados o desjarretándolos cuando no pueden llevárselos.

Los habitantes de las cuatro o cinco aldeas civilizadas situadas en territorio de los Motilones están casi siempre en estado de sitio, y frecuentemente vena a sus hijos robados o muertos por estos indios feroces, lo que nos obliga en ocasiones a usar de represalias; y si no abandonan las aldeas, esto se debe a la admirable fertilidad del terreno. Estas aldeas son: Diegopata, El Jobo, Palmira, Becerril y Espíritu Santo, en donde encontré el recuerdo del gran geógrafo italiano Codazzi, muerto allí a causa de las fiebres palúdicas. Después del paso del río Licarare (sic), reputado como el punto más peligroso de mi itinerario, pude atravesar toda la zona de los Motilones sin inquietud ninguna.

En Becerril pude fotografiar una india motilona, sirvienta de una de las autoridades de la aldea, quizá por haber sido tomada en alguna acción de guerra. Fui recibido con cierta desconfianza en Becerril, pintorescamente

situada en un valle fertilísimo, excelente para la cría de ganado, y que esta al pie de la Sierra de los Motilones, pero concluí por atraerme la simpatía de los habitantes hasta el punto de recibir la visita de la banda, compuesta de un tamboril y un acordeón. Después de haber ponderado el talento de los músicos, busqué entre las palmeras un lugar conveniente para fotografiar la india, quien a la vista del aparato creyó llegado su último momento; a pesar de su espanto, permanecía inmóvil delante del terrible objetivo. ¡Que hacer, si debía morir! Cuando levanté el dedo para atraer su mirada hacia el vidrio, no se movió, a pesar de que en su alma de salvaje debió creer llegado el terrible momento de ser fusilada así, a quince pasos de distancia, y no dio señal ninguna de alegría al encontrarse viva después de un trance tan amargo. Algunos pequeños regalos, tales como un pañuelo rojo y una brújula rota le causaron más admiración que la máquina, y cuando salí de Becerril la joven Motilona quedó casi privada de sentido. Probablemente era yo el primero que la consideraba como una criatura humana.

He aquí algunos datos sobre los usos y costumbres de los Motilones, recogidos casi todos por el Sr. Monte Cristo, en numerosas expediciones guerreras contra sus feroces enemigos: el tipo de los Motilones, y yo he podido convencerme de ello por el espécimen que conservó, difiere totalmente del de los indios Goajiros; tiene la piel color de hoja seca, y se cubren el rostro con una espesa capa de pintura roja, que los desfigura completamente; usan el pelo corto, y tienen la barba muy seca.

El vestido se parece a la manta goajira, pero más estrecho; es una especie de saco que levantan hasta la cintura, para andar con más facilidad; llevan sombrero de *cañita*, (filamento de la corteza del bambú), muy alto y adornado con plumas brillantes de pericos; usan collares de frutas de *pioño* de un rojo vivo, y brazaletes en que colocan todos los pedazos de metal que pueden procurarse; su cocina es de las más sencillas, y su gusto muy poco delicado, pues no era raro verlos cocinar en sus marmitas insectos repugnantes y papas, por armas, acostumbran el arco y las flechas, casi siempre envenenadas, y su lujo es darles a las últimas los colores y la disposición de las escamas de las serpientes. Es cosa rara que la piel de estos indios sea muy largo hacia delante, lo que probablemente resulta de sus continuas marchas por entre montañas abruptas.

Para la celebración de los matrimonios, existe una ceremonia curiosa, según se me ha contado: el Motilón que desea tomar esposa en justas nupcias, empieza por trabajar en los campos de su futuro suegro, y cuando juzga suficientemente su trabajo, se presenta delante del padre y se pone de rodillas:

*Inché*, prepárate le dice el padre de la joven, si la propuesta es de su agrado, y en seguida le descarga sobre la cabeza un violento bastonazo. ¿Será ésta una iniciación en las dulzuras del matrimonio? El remedio esta a la mano: con unos polvos sacados de un calabazo, le frota la cabeza con la punta de los dedos. Con esto el matrimonio queda concluido, y el indio no tiene que pensar ya sino en ser dichoso.....

Se hallan a veces en territorio de los Motilones algunos sacos suspendidos de los ranchos, y que contiene cadáveres: son las sepulturas aéreas de los indios; también se encuentran estatuas de barro cocido, que pueden ser ídolos o simples adornos. Es necesario citar, en fin, la confección original de sus pipas: he visto entre otras muchas, una de cuero elegantemente fabricada.

Después de atravesar la zona de los Motilones, entré en territorio civilizado, y llegué a Chiriguaná, en donde empecé a sentir los primeros síntomas de las fiebres palúdicas. Los alrededores de Chiriguaná son pintorescos: a dos leguas de distancia, hacia el este, los Andes, de un azul de cobalto claro, cierran el horizonte; por todas partes se divisa la sabana, de yerba corta, y de trecho en trecho bosquesitos de árboles en lo general pequeños, y de altas palmeras; a lo lejos hacia el Norte, como ligero encaje desprendido del cielo, aparecen las puntas de la Sierra Nevada, y el terrible pico que escalé en 1891.

La aldea de Chiriguaná, que debe su nombre a un antiguo cacique, está poblada por descendientes de españoles y por negros descendientes de los negros africanos. Allí pude tomar algunas fotografías y reunir documentos interesantes, gracias a la afabilidad del Alcalde, D. Basilio Rodríguez, hombre, excelente que se puso enteramente a mi disposición. Chiriguaná es el centro de la industria de los sombreros llamados de *jipijapa*, o de panamá, que tienen en Europa un alto precio. Para esta fabricación se elige la parte blanca de las fibras de una palmera de especie particular; esta fibra se cocina en agua con jugo de limón, y luego se pone al sol, antes de tejerla.

Después de mi permanencia en Chiriguaná, continué mi viaje hacia el Sur, al través de los playones de una región completamente inundada, y visité a Tamalameque, en las riberas del río Magdalena, Aguachica, Brotaré, y Río de Oro, en los Andes colombo-venezolanos hasta la ciudad de Ocaña, y el 3 de Junio llegué a Cúcuta, una de las ciudades más florecientes de Santander y de Colombia.

De Cúcuta seguí a Maracaibo por los ríos Zulia, Catatumbo y el algo de Maracaibo. Sentí entonces unas fiebres violentas que por algunos días me tuvieron entre la vida y la muerte, pero gracias al Sr. D. Jacobo Moreno, Cónsul de Colombia en Maracaibo, pude recibir de dos buenos médicos los cuidados que exigía mi salud. Ocho días después estaba ya convaleciente pero las marchas forzadas, la enfermedad y las fatigas me habían debilitado hasta el extremo.

El 20 de Junio, aunque no restablecido todavía, pude partir para Sinamaica, en donde me detuve un día para estudiar minuciosamente la situación geográfica del lugar y hacer algunas observaciones trigonométricas relativas a mi itinerario hacia los Montes de Oca, que se extienden desde los 50° al Suroeste de Sinamaica. En fin, el 29 de Junio, a marchas, forzadas, llegué a Riohacha, después de haber recogido en el transito de la península goajira numerosos y nuevos datos geográficos.

Los Goajiros son de mediana estatura, bien conformado el cuerpo, de pies muy pequeños, especialmente las mujeres; de largos cabellos, y de un andar

majestuoso. En los hombres, el vestido consiste en una manta (*sai*), de tela más o menos rica, tejida por las mujeres o importada del extranjero: es una larga túnica abierta por un lado, y que según las necesidades, se convierte ya en una capa en que el Goajiro se envuelve con aire de nobleza, ya en un taparrabo, o simplemente en ceñidor.

Las mujeres, además del *sai* llevan el *gayuco*, pieza de lana parecida a los largos pantalones de los moricos, que prenden con el *sirapo* o cinturón lleno de cuentas de vidrio. las habitaciones goajiras se componen de un espacioso cuarto bajo; las palmeras, hojas y tallo constituyen el único adorno en la arquitectura, y no tienen más muebles que hamacas y sacos de cabuya, en donde guardan los vestidos, alhajas, brujerías, etc.

A la entrada de las casas se encuentran los corrales, en donde encierran las vacas; los caballos, corderos, cabras y demás animales los tienen en completa libertad. Cerca del aposento principal se ven hojas de palma sostenidas por estacas, de las cuales están colgados los *chinchorros*, especie de hamacas de cabuyas en donde duermen los esclavos.

La organización social de los Goajiros es semejante al sistema feudal: están divididos en castas o en familias que llevan siempre el nombre de un animal. Una de las principales y más ricas es la de los *Cubianas* o *hijos del tigre*, cuyo cacique Haipara, quizá el más prudente y estimado en toda la Goajira, acaba de morir.

Altivo y orgulloso, el Goajiro trabaja poco. En las clases inferiores, las mujeres ejecutan los más rudos trabajos: en las superiores al contrario, ellas pasan el día en las hamacas, van al baño, y hacen o reciben visitas, rodeadas siempre de sirvientes prontos a satisfacerlas en sus menores caprichos. En fin, si la poligamia existe en las clases elevadas, el hombre no puede contraer nuevas uniones sino con el consentimiento de la primera mujer, que conserva en todo caso la supremacía sobre todas sus rivales.

Desde el instante en que llega en las mujeres la edad del matrimonio, las encierran en una casa, y se dice entonces que están en *coima*. Al contrario de lo que pasa en otras partes, no es el padre, sino las tías maternas, las que disponen de la mano de las niñas; las proposiciones son larguísimas, y cuando la mujer ha aceptado al pretendiente, las tías comienzan a discutir el valor de la dote que debe llevar el marido al matrimonio, por ejemplo animales, cargas de maíz, barriles de ron, telas, collares de coral, etc.; discuten hasta poner de acuerdo, y en seguida tiene lugar la boda, con grandes fiestas, y con asistencia de todos los parientes y amigos del vecindario.

Durante tres o cuatro días con sus noches, beben, comen y bailan al son de un tamboril, y como el baile les produce bastante sed, beben tanto que al fin quedan todos por el suelo, y la fiesta concluye por falta de *sujetos*. Antes de separarse, reparten a los invitados pedazos de carne de buey, y para conjurar la mala suerte, en cada una de las ruedas formadas en el suelo por los rastros de los danzantes, rompen una *múcura* llena de ron, para asegurar largos años de felicidad a la joven pareja. Son tan susceptibles los Goajiros, que para

vengar la menor injuria entre las familias, no vacilan en echar mano del rémington y del arco.

*(Continuará).*

**CONFERENCIA<sup>\*</sup> [4]**

**Misión de exploración geográfica en las regiones civilizadas del Magdalena y los territorios de los indios Motilones, Goajiros, y Arhuacos.—Texto de la conferencia leída el 19 de mayo de 1893 en la Sociedad de geografía de París, por Mr. Joseph de Brettes, explorador<sup>\*\*</sup>**

Después de haber recorrido un trayecto de 1.100 kilómetros y atravesado rápidamente la Goajira, casi sin fuerzas, a consecuencia de las fiebres palúdicas y el tifo que había sufrido, llegué a la tribu hostil de los Apouschainas, en donde estuve a punto de caer en manos de los indígenas. He aquí como vivo cerca de Riohacha, en el punto llamado Los Dos Ríos precisamente en el límite del territorio indio con el civilizado, separados únicamente por el Río Hacha, Ranchería o calancala, que lleva indistintamente los tres nombres.

Tengo por vecinos en ese punto a los Oulianas tribu enemiga de los Apouschainas, a la cual tuve que llegar durante mi viaje, y como los goajiros no transigen, como no son precisamente amigos de sus propios amigos, en las circunstancias en que me encontraba, y a pesar de las advertencias del indio que viajaba conmigo, me desmonté; mientras él disponía mi instalación en la casa principal, y acomodaba las cabalgaduras, noté la mala disposición de los dueños de la casa, pero estaba convencido de que los goajiros, siempre hospitalarios, me harían respetar en su hogar.

---

<sup>\*</sup> Traducida directamente del manuscrito original por un colaborador de la REVISTA GRIS.

<sup>\*\*</sup> Brettes, Joseph de, "Conferencia", *Revista Gris*, Biblioteca Nacional, Sección de Hemeroteca, Agosto, N° 8, Vol. II, Año II, Bogotá, 1894, pp. 276-278. (Copia microfilmada Rollo VFDU1-4074).

En mi estado de aniquilamiento, no podía continuar el viaje sin reposar siquiera aquella noche, durante la cual estuve completamente tranquilo. Pero al amanecer del día siguiente noté grande agitación entre los indios, reunidos en torno de la casa; estaban serios, poco demostrativos según su costumbre, y al ver sus miradas irritadas, comprendí que una vez fuera del techo protector, iba a tener que habérmelas con más de doscientos hombres armados de rémington y de Imalas, flechas envenenadas, cuya herida es mortal.

Ordené a mi guía, que temblaba de miedo, que ensillara los caballos sin llamar la atención, y salí de la casa a la vista de todos, después de haber acariciado a los chiquillos, y repartí entre los indios más ásperos, algunas monedas de níquel. Afectando la más completa indiferencia, a paso corto, pude acercarme a mi caballo, saltar sobre él y dejarlos burlados. Al otro día al llegar a Riohacha, supe que después de mi fuga se había trabado un verdadero combate en el cual habían muerto dos hombres y cuatro mujeres, y que los indios no habían querido calmarse por nada.

Debo daros a conocer ahora la última parte de mi viaje al Magdalena, y haceros penetrar conmigo en la región situada al Nordeste de la Sierra Nevada, región no explorada antes de mi viaje, y habitada, en parte, por indios de la misma tribu de los que viven en la Nevada, y también por hombres civilizados, tales como los de San Antonio, Pueblo Viejo, etc. Aunque no tan peligrosa como las otras, toda esta región es enfermisa, a causa de la humedad persistente de los bosques, y de la nieve congelada de las montañas.

La Sierra Nevada, que se eleva desde la playa del mar Caribe hasta la altura de 5.887m y se extiende en una superficie de un millón de hectáreas, es como antes dije, un grupo de montañas separado de la cadena de los Andes. Admirable por su extrema fertilidad, para la agricultura y la cría de ganados, por sus riquezas minerales y la variedad de sus climas, en aquella región se pueden realizar todas las aspiraciones de la colonización.

Hasta el presente, nada se sabe con seguridad sobre el origen de las tribus que habitan aquellas regiones. Tienen la piel de un color rojizo, más o menos pronunciado, pero no está averiguado si descienden de los aborígenes, o de razas asiáticas (lo que parece más probable) o si, como afirman varios autores han venido de las riberas del Orinoco, en un tiempo remotísimo, empujadas por tribus más fuertes y agresivas. Es difícil decidirse por una de tantas opciones, porque no hay en parte algunos datos ni noticias. En cuanto a su división en cuatro tribus debemos aceptar la del Ilustrísimo Sr. Celedón, Obispo de Santa Marta, a quien se deben notables trabajos y curiosos descubrimientos sobre las lenguas de las tribus de la costa.

He aquí la división: Los Kaggabas, que habitan el Norte y el oeste de la Nevada; Los Guamakas que habitan la vertiente Oriental; Los Bintukuas, que se hallan al Sur, y los Chimilas en el Sur-Oeste. El territorio de los Chimilas está todavía completamente desconocido, pero me propongo visitarlo a mi regreso. Los Bintukuas no tienen sino escasas relaciones con los civilizados, y su población principal es San Sebastián, antiguo centro español. El interior de esta comarca no ha sido visitado sino por Simons, Sievers, el viajero

colombiano Jorge Issacs, y yo, en 1891. Los Guamakas son los más adelantados de los Arhuacos; y mantienen relaciones continuas con los civilizados, han dejado el vestido de sus antepasados, y se recortan los cabellos. Los Kaggabas, de los cuales ha hablado mi sabio colega Eliseo Reclus en su obra sobre la Sierra Nevada, son después de Los Guamakas, los más civilizados, y casi todos se han refugiado hacia el centro y el Oeste de la Sierra.

*(Continuará).*



## CONFERENCIA [5]

**Misión de exploración geográfica en las regiones civilizadas del Magdalena y los territorios de los indios Motilones, Goajiros, y Arhuacos.—Texto de la conferencia leída el 19 de mayo de 1893 en la Sociedad de geografía de París, por Mr. Joseph de Brettes, explorador \*\***

Los Arhuacos son de estatura pequeña, bien conformados y de extremidades muy finas; de ojos grandes, algo rasgados, y nariz ligeramente encorvada como la de los Incas, aun cuando no tienen ninguna relación de sangre con aquella gran raza; de boca pequeña, bien hecha, y de barba un poco saliente y despoblada. Usan largos cabellos lisos, cubierto casi siempre con un gorro de fibras de cactus, especie de casco sin cimera como el de los cruzados, que deja ver un rostro que no carece de dulzura. El vestido consiste en un pantalón ancho y corto sobre el cual cae una especie de túnica de mangas que llegan hasta el codo.

El Arhuaco lleva siempre consigo dos mochilas, pequeños sacos pintados de varios colores, en donde guarda algunos utensilios, alimentos, el inevitable poporo y el novai, calabacito en forma de estuche en donde cargan la añoula, planta cocida con tabaco verde.

---

\* Traducida directamente del manuscrito original por un colaborador de la REVISTA GRIS.

\*\* Brettes, Joseph de, "Conferencia", *Revista Gris*, Biblioteca Nacional, Sección de Hemeroteca, Septiembre, N° 9, Vol. II, Año II, Bogotá, 1894, pp. 309-315. (Copia microfilmada Rollo VFU1-4074).

La añoula ocupa un lugar muy importante en la civilización indígena; cuando se encuentran dos indios, cambian en el momento su novai, afectando gustar el contenido, y luego empiezan a contarse cuanto saben de nuevo, de tal modo que las noticias de los acontecimientos más insignificantes, se propagan con gran rapidez.

El poporo puede compararse a la tabaquera de nuestros mayores, o a la carga de betel de los asiáticos. Se compone de un calabazo (soughi) adornado con caracoles y conchitas, lleno de cal, y de una varilla (soukkaia) que penetra hasta el fondo de la vasija. Como los indios sin cesar mascan las hojas de coca, a cada instante sacan la varilla del calabazo, y salpican las hojas que han tenido en la boca, con la cal de la varilla para dales un gusto más picante, y luego, antes de volver a introducirla, la mojan con saliva, y para secarla, la frotan circularmente en tomo de la boca del calabazo.

Esta operación que tiene por objeto no mojar la cal contenida en el calabazo, da por resultado la acumulación de una verdadera estratificación calcárea (kalamouisa), dura como el mármol, en tomo del orificio del poporo. El movimiento de la varilla es tan rápido y frecuente, que el bocel de cal llega a ser considerable al mismo tiempo que muy regular, quizá porque el mascador de coca pone todo su empeño en regularizar el bocel de su poporo, así como entre nosotros el fumador gusta del hermoso tinte de espuma que a la larga toma su pipa. Si que sea éste el distintivo general del carácter de los Arhuacos, lo que si puedo decir es que la coca da al indio un gran endurecimiento para las

fatigas, y hace callar a veces los gritos de su estomago. La coca tiene gran poder anestésico.

Al contrario de los goajiros, y de los motilonos, entre los cuales no he encontrado culto alguno, ni creencias religiosas de ninguna especie, los montañeses Arhuacos conservan una religión misteriosa y complicada; en los alrededores de la aldea de Taminakka, vi, sobre una piedra, otras cuatro o cinco más pequeñas sobre las cuales había señales de fuego apagado; pregunte a mi guía lo que aquello significaba, y a penas me contestó: "Así lo quiere la religión de nuestros mayores". Además de las grandes piedras levantadas encontré también otras colocadas en forma de semicírculo, que sostienen los calabazos en que las mamas médicos hechiceros, revuelven yerbas para su sortilegios, y arrojan pequeños cilindros de mármol o de cuarzo para adivinar el porvenir. Magia sencilla no he podido obtener otros datos sobre los misterios de la religión arhuaca, porque como de allá depende todo el prestigio del mama, se mantienen en absoluta reserva.

Los montañeses Arhuacos son indolentes, horriblemente hipócritas, inhospitalarios y de mala fe; más bien que belicosos, son en extremo cobardes, y huyen siempre en presencia del menor peligro real o imaginario. El culto de Venus no parece contar adeptos fervientes entre estos pobres indios, que no conocen del matrimonio más la generación; exageran el sistema del cuarto de dos camas; de un lado, la casa de los hombres, del otro la de las mujeres, y no muy lejos los pequeños cuartos templos de Himeneo, que sirven para las citas tan raras como cortas...

Al llegar a nueva Kouamalakeka, enfermo de fiebre, después de nueve horas de caminar bajo la lluvia, tuve que refugiarme en una humilde choza mal cubierta de yerba seca y llena de humo, a pesar de que al lado había una casa bastante buena y cómoda, en donde había pasado una buena noche, pero era la de las mujeres, y si me hubiera hecho preparar allí una cama, de seguro me habría expuesto no al oído, sino al desprecio de los Arhuacos, por lo cual tuve que resignarme a dormir entre el humo y la humedad.

Entro ahora a la última parte de mi misión, la más importante desde el punto de vista geográfico, puesto que solo durante este periodo he podido reconocer la región Noroeste de la Sierra Nevada, virgen hasta entonces. Salí de Riohacha, el 7 de agosto de 1892, siempre a caballo, y por la tarde llegué a la Aldea de Dibulla, en donde conseguí algunos peones, y después de costear el río llegué a la embocadura de Palomino, llamado así porque en 1527 se ahogó allí el conquistador Palomino, al querer atravesarlo a nado para apoderarse de los tesoros de Pocigueica, capital de los Taironas.

Tuve entonces que retardar la marcha a causa de que la lluvia había hecho crecer los nueve ríos que tenía que atravesar, y por haber recibido una herida en el paso del Dibulla, sin embargo, me interné en los montes, siguiendo una pica, trocha que conduce de allí a la aldea arhuaca de Taminakka, y encontré entonces, al costear los ríos, dos parajes en donde reconocí algunos restos de objetos de barro, piedras de hogueras etc., todo lo cual indicaba que habían sido asiento de antiguos campamentos.

Mi herida y la fiebre que trajo por consecuencia, me obligaron a permanecer cinco días en las riberas del Kaoutcheiji, afluente del Mamaiji, y allí sobre una ramada improvisada, tuve que esperar a uno de mis peones que había ido a la aldea en busca de víveres y de un buey; la lluvia caía a torrentes, y a pesar de la humedad, tuve que permanecer extendido sobre una cama de palmas. Devorado por los mosquitos, sin fuego, porque se me mojaron los fósforos, inquieto por el retardo imprevisto de mi viaje, y acompañado apenas por un peón horriblemente desfigurado por el carate. Nada consoladoras eran mis reflexiones, cuando de pronto mi compañero, poniéndose de pie, me dijo:

"Al medio día vendrá gente".

-¿Cómo lo sabes? Le pregunté admirado.

-porque canta el monteador

-¿y que es el monteador?

-Ese pájaro que oímos. Cada vez que canta, puede usted estar seguro que se aproximan los viajeros.

Aunque un poco desconfiado, acepté el augurio, y en efecto, a la hora anunciada llegaron mis peones en compañía de dos indios Arhuacos, y con un buey cargado de provisiones, era ya tiempo: hacia cinco días que estábamos reducidos a alimentarnos de Frutas de palma. En monteador debía haber cantado más pronto!

Cerca de mi campamento observé los vestigios de un largo camino de piedras, de una longitud de treinta metros a cada lado del río; los antiguos ingenieros

indios construían su camino en línea recta, sin preocuparse de las alturas inaccesibles para los animales. No lejos de mi improvisada vivienda había también una especie de excavación rectangular, rodeada de piedras pequeñas, sin duda un antiguo sepulcro, porque uno encuentra a cada paso en la Nevada multitud de recuerdos de una civilización antigua.

Montando en el buey seguí la marcha, y a los dos días estaba en Taminakka, el mayor de los centros de la Sierra Central, situado en una admirable sabana, que se extiende desde el pie e los más altos montes hasta el cerro de Kouba, y que mide unas quince leguas de longitud. Taminakka esta dominada por dos altos montes: el Ourlarloné, cuya alta cima desprovista de nieve se alcanza a ver desde la costa en tiempo de verano, y el Mounané, de menor altura que el precedente. Allí empieza la región desconocida.

Después de mil dificultades pude al fin reunir una escolta de once indios, y ponerme en camino el 25 de Agosto, en compañía de un solo hombre civilizado, en peón Cecilio Redondo, muchacho natural de Barrancas, Provincia de Padilla, y que antes de este viaje no había subido, no diré una montaña, ni siquiera la colina más pequeña, de tal modo que aunque el mozo era fuerte, sufría tanto, y se fatigaba de tal manera, que hube de prescindir de él. Por la tarde acampamos en una cueva de unos veintidós metros poco más o menos, llamada por los naturales la piedra de Mafiji, sin duda por la enorme masa granítica que rodea su entrada. Esta cueva debió ser habitada en algún tiempo, pero a pesar mío, porque el tiempo urgía y las noches eran frías en extremo, no

pude practicar excavación ninguna, que me mostrara siquiera algunos huesos humanos.

El 27 de Agosto llegué al pico de Mañijigheka de donde alcancé a ver como un mar inmenso de montañas, de las cuales algunas se levantaban muchos metros sobre mi cabeza, y era necesario ascender hasta ellas; poco a poco iba echando de menos la vegetación; avanzaba por entre un espantoso caos de montañas y de rocas graníticas de las más raras formas piramidales, cónicas, etc. Era esplendido el espectáculo de estas convulsiones de la naturaleza; todas las flores habían desaparecido, y no encontraba sino una yerba fina, que crece de trecho en trecho, en pequeños manojos. El 30 de Agosto, después de haber soportado varias heladas y tormentas, llegué a la cima del Nounoukouakmalakeka (4.330 metros) y luego a la Guekasankala (5.210 metros), de una temperatura que oscila entre 4° y 8° bajo cero del centígrado. Estaba lejos de mis 32° habituales en la costa! A pesar de la altura, encontré dos ranchos de indios. Mis compañeros estaban muy fatigados por la ascensión, y Cecilio, aunque enfermo, me seguía por cierto laudable orgullo.

El 28 de Agosto descendimos a una zona más templada, Evieklak, a 2.150 metros sobre el nivel del mar, en donde fui recibido por el hijo de uno de los grandes mamas de la Nevada, el..... D. Félix de quien habla Celedón en la introducción a la *Gramática de la Lengua Kaggaba*. D. Félix salió a encontrarme con todos lo indios principales de la aldea, que me regalaron gallinas huevos, maíz y bananos. En compañía de ellos pasé una sabrosa tarde en una casa construida de palmas, en la cual colgamos las hamacas

alrededor de un enorme bracero; todos sacaron el acostumbrado poporo; las lenguas se soltaron, y empezamos a hablar de las peripecias de nuestro viaje, cuando de repente el mama sacó un paquete que extendió con majestad y cuidado: eran papeles! En aquella altura de la Sierra Nevada! Lleno de curiosidad aguardaba el momento de leer interesantes documentos pero resultó que los papeles eran anuncios de maquinas de coser, y pedazos de periódicos probablemente recogidos en las calles de Santa Martha, en algunos de sus viajes.

La charla de los indios se había prolongado hasta muy tarde de la noche, pues uno de ellos trataba de conseguir los votos de sus camaradas para hacerse nombrar Alcalde de su aldea. La política, rezagaba en los pueblos civilizados, tiene que refugiarse en aquellas soledades como la conversación continuará, tuve que imponer silencio. El mama hijo de D. Félix quiso acompañarme hasta Río Frío y luego a Santa Martha, a donde llegué el 2 de Septiembre con mis diez indios Arhuacos y el peón Cecilio Redondo, que tuvo que entrarse al hospital con dos de sus indios compañeros.

En esta ultima parte de mi exploración, entre los 76°15' y los 76°25' hasta el Oeste del meridiano de París, encontré 5 lagos y 37 arroyos desconocidos hasta entonces, y que dibujé en la relación de mi misión dirigido a la Sociedad Geográfica de París. Tal es, a grandes rasgos, mi viaje de 2.300 kilómetros a través de los departamentos del Magdalena y Santander, de la República de Venezuela y de las montañas de la Sierra Nevada. Y hoy, a pesar de tantas fatigas, cuando apenas hace cinco años que regresé de la exploración del gran

Chaco, olvido todos mis sufrimientos, todas las luchas de esta vida de aventuras y peligros, porque veo que la Sociedad Geográfica me acoge con cariñosa distinción, y porque encuentro en torno mío la genial simpatía de mis conciudadanos.

Por lo demás, así somos siempre los viajeros: creemos que cada viaje será el último, pero después de alguna permanencia en la Madre Patria, y de haber recibido valiosos estímulos como los que me ha dispensado esta honorable corporación, no puede uno menos de volver a disfrutar de la encantadora miseria de los viajes. No me he escapado de la común fatalidad: después de diez y seis años de continuo viajar, de los cuales he pasado diez en el nuevo Mundo, tengo el honor de anunciaros que el 26 de junio partiré para Colombia, en donde me llaman nuevos trabajos ya comenzados.

Apenas transcurridos seis meses después de aquella larga y penosa expedición al través de los desiertos de Paraguay y de Bolivia, desprovistos de agua y de toda especie de recursos, en medio de Indígenas degradados hasta la última de las escalas humanas, mi buena estrella me condujo al delicioso al delicioso país en donde se han dado cita todas las riquezas naturales y climatéricas: a la República de Colombia.

Al terminar, y después de daros las gracias por vuestra atención benévola, séame permitido llenar uno de los agradables deberes, manifestando mi gratitud en primer lugar al Sr. Ministro de Comercio, quien al encargarme de una misión económica y comercial en las repúblicas de Colombia y Venezuela,

me ha asegurado la más respetuosa acogida de parte de las autoridades locales, y en segundo lugar al Gobierno de Colombia, dignamente representado aquí por el Sr. Mallarino, de elevado carácter, que hace amar al país que representa.

Dejadme dirigir, en vuestro nombre, y por encima de océano, los sentimientos de nuestra simpatía a aquella nación latina, hermana de la nuestra, y a su culto pueblo, joven y lleno de esperanzas: a la República de Colombia.

*José de Brettes*

**EXPLORACIONES\* [6]**  
**En el Departamento del Magdalena**

*República de Colombia, Departamento del Magdalena; Gobernación del  
Magdalena; Número 19; Santa Marta, 27 de Febrero de 1893.*

Señor Ministro de Relaciones Exteriores; Bogotá.

Tengo el honor de enviar al Despacho de Su Señoría un ejemplar del informe del señor Vizconde Joseph de Brettes, Explorador Francés, Jefe de la Comisión Geográfica exploradora del Magdalena en su parte civilizada y en los territorios indígenas de los Motilones, Arhuacos y Goajiros, de Febrero á Septiembre de 1892, con el fin de que Su Señoría pueda tener conocimiento de la exploración á cargo del expresado señor de Brettes.

Dios guarde á Su Señoría.

Ramón Goenaga.

---

\* Brettes, Joseph de, "Informe del señor Joseph de Brettes", *Anales de Ingeniería*, Bogotá, Vol. VI, N° 63, Marzo de 1893, pp. 85-94. Sección de Hemeroteca. Biblioteca Nacional. (copia microfilmada: Rolio VFDU1-962).

## INFORME DEL SEÑOR JOSÉ DE BRETTE

Explorador, Francés, Jefe de la Comisión Geográfica exploradora del Magdalena en su parte civilizada y en los territorios indígenas de Motilones, Arhuacos y Goajiros.

***Comisión Exploradora Geográfica del Magdalena, Número 36, Santa Marta, 10 de Septiembre de 1892.***

(Exploración de la parte Noroeste de la Sierra Nevada de Santa Marta. Descubrimiento de 5 lagos y 37 cursos de agua. Resumen de los resultados científicos de la segunda parte de mi viaje [Cúcuta á Santa Marta]. Recapitulación general de los trabajos de la comisión desde el 20 de Febrero último.

*Señor don Ramón Goenaga, Gobernador del Magdalena. – Santa Marta.*

**Señor Gobernador.**

Tengo el honor de anunciaros mi llegada á esta ciudad después de la feliz travesía de la parte noroeste (desconocida hasta ahora) de la Sierra Nevada de Santa Marta y el descubrimiento inesperado de cinco lagos y treinta y siete cursos de agua.

Habiendo partido de Riohacha, dé á caballo, el 15 de Agosto, llegué a Dibulla por la noche; el siguiente día, 16, habiéndome hecho demorar bastante por los ríos crecidos, acampé á la orilla del mar, y no fue sino el 17 cuando vine á entrar en la senda (la pica) que hicisteis practicar en la selva, de la embocadura del río Palomino (margen derecha al Este) á la aldea arhuaca de Hucumeyi.

El 17 de Agosto, por la noche, me detuve en el rancho del Algarrobo, en donde pasé la noche.

De allí continué mi marcha el 18, á pié esta vez, pues que el camino de la selva, no terminado aún, era impracticable para las mulas.

A las nueve de la mañana, una herida recibida en el pié, al paso del río Dibulla, me obligaba á detenerme cerca de un río sin nombre (llamado después río trastomo), situado entre los arroyos Mamaiyi y Dunguyuí.

A las orillas de dicho río pasé la noche del 18, los días 19, 20 y 21 y la mañana del 22 de Agosto, mientras que el peón Cecilio Redondo, que me acompañaba desde Dibulla, fue en busca de recursos.

Al fin, el 22 me fue enviado un buey, llegué á los ranchos de La Cueva, y el 23 á la aldea indígena de Hucumeyi. La noche y el día siguiente de mi llegada los consagré á reunir una escolta. Ya mejor de mí herida y terminados mis preparativos, emprendí la última parte de mi comisión de exploración, y el 25 entré resueltamente en territorio desconocido. Por mi carta número 29, dirigida

de Cúcuta el 6 de Junio, os envié un sumario de las observaciones de la exploración desde sus comienzos (Riohacha á Cúcuta); hoy tengo el honor de daros parte de los resultados científicos de Cúcuta á Santa Marta, exposición que va seguida de un resumen general de los estudios practicados durante toda la misión (Santa Marta, Febrero 20. Santa Marta, 2 de Septiembre de 1892, ó sea 195 días, ó 6 meses y 12 días).

En la travesía (NE.SO.) de la región occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta mi itinerario se ha efectuado por los puntos siguientes:

### PRODUCCION

Agosto 25.....	Hucumeyi.....	Nombre que los Arhuacos dan al río Palomino y á la aldea edificada á sus orillas	} 50 casas	{ Plátanos, maiz, yuca, caña de azúcar, ganados.
Agosto 26.....	Mañiyi.....	Nombre del río.....	Caverna.	Frutas Silvestres
Agosto 27.....	Gueka.....	<i>La Montaña</i> .....	2 casas	... Nada
Agosto 28.....	Ulueyi.....	Nombre del río.....	3 "	... Platanal.
Agosto 29.....	Ulueyisac.....	Fuente del Alueyi.....	2 "	... Nada.
Agosto 30.....	Nunucumalaqueca.	<i>La montaña de Nunucua-Malá</i> .....	2 "	... Papas.
Agosto 31.....	Nunualaclac.....	p.....	2 "	... Papas.
Septiembre 1°.....	Evieclac.....	p.....	7 "	... Maiz.
Septiembre 1°.....	Acaarluyinca.....	p.....	2 "	...
Septiembre 1°.....	Riofrio.....			

Ha sido durante este trayecto que á mi paso he encontrado los cinco lagos y treinta y siete cursos de agua, la existencia de los cuales permanecía ignorada hasta ahora, y merced á vuestras instrucciones esta última parte de mi comisión habrá, pues, sido la más fecunda en resultados geográficos. He aquí los nombres de los 82 cursos de agua encontrados, y en frente de los 37 desconocidos los nombres de las montañas en donde nacen:

## RIOHACHA A DIBULLA

- |                             |              |
|-----------------------------|--------------|
| 1. Guerrero                 | 5. Enea      |
| 2. Ahumado                  | 6. Mamavita. |
| 3. Navío Quebrado           |              |
| 4. Boca de la Laguna Grande |              |

## DIBULLA Á LA EMBOCADURA DEL RÍO PALOMINO

- |                |                    |
|----------------|--------------------|
| 7. Río Dibulla | 11. Negro          |
| 8. Acequión    | 12. San Salvador   |
| 9. Caña        | 13. Boca Canillal. |
| 10. Ancho      |                    |

## EMBOCADURA DEL RÍO PALOMINO A LA ALDEA INDÍGENA DE HUCUMEYI

- |                             |   |
|-----------------------------|---|
| 14. Arroyo del medio        | 31. Amantita  |
| 15. Arroyo de piedras       | 32. Agurhá  |
| 16. Arroyo pozo de caimanes | 33. Yéera   |
| 17. Arroyo del Algarrobo    | 34. Maungueca   |
| 18. Mamaiyí                 | 35. Urjarhá   |
| 19. Río Trastomo            | 36. Nuncacué  |
| 20. Dunguyuí                | 37. Duanench carhé                                    |
| 21. Mamagatcuí              | 38. Hucumeyi ó río Palomino                           |
| 22. Mamagatcuichiya         | 39. Duana tucué                                       |
| 23. Nimandué tucué          | 40. Alingueca   |
| 24. Ajniquí cuarhe          | 41. Siacca  |
| 25. Chehecalla tucué        | 42. Simiaca   |
| 26. Cultchagatcué           | 43. ?   |
| 27. Cultchagatcuichiya      | 44. ?   |
| 28. Mantarhlá tucué         | 45. Nuameyi (principal afluente<br>del río Palomino). |
| 29. Alucuyi tucué           |   |
| 30. Cucibiarliá             |   |

## ALDEA ARHUACA DE HUCUMEYI Á RIOFRÍO

Los nombres de estos ríos eran completamente desconocidos antes de la exploración que acabo de terminar, y son afluentes del río Palomino, (territorio completamente desconocido antes de esta exploración):

## Cursos de Agua

46. Mañiyi
47. Malumalátucué
48. Multcuagatcué
49. Uintucué
50. Rainsinmaií
51. Camalagüí
52. Cajramalatcué
53. Maniyi

## Nacen en el Cerro

- Maniyigueca
- Maniyigueca
- Caluendué
- Muculieyué
- Dungueleccuegueca
- Camalagüillué
- Camalagüilcué
- Maniyigueca

Estos cursos de agua son afluentes del río Palomino (Hucumeyi).

## Cursos de Agua

54. Nudeyi
55. Gaulama
56. Niyula
57. Artitama
58. Ningula
59. Alueyi ó Don Diego
60. Abúa
61. Cheyerla
62. Arbaliyi
63. Uí
64. Tairlá

## Nacen en el Cerro

- Nudeygueca
- Gaulamagueca
- Niyuleygueca
- Arlitameygueca
- Ningulanygueca
- Aleygueca
- Abuygueca
- Cheyertzáa
- Arbaliygueca
- Uítsáa
- Tuirlaygueca.

Estos cursos de agua son afluentes del río Don Diego.

Cursos de Agua	Nacen en el Cerro
65. Ziarlá	Ziarleygueca
66. Agulún	Agulunlué
67. Ibulú	Ibululé
68. Agurja	Agureygueca
69. Culuccha	Culuchelué
70. Accajatja	Acatjauabé
71. Nizanclabain	Nisanclabaintssáa
72. Nuncuamaley	Nancuamaleygueca
73. Guiarjá	Guiareygueca
74. Guiarlaiuí	Guiarlaiuiygueca

Estos cursos de agua son afluentes del río Alueyi.

Cursos de Agua	Nacen en el Cerro
75. Agabatucué	Agabatsaé
76. Cattaba	Cattabeygueca
77. Mebocuicuí	Mebocucuygueca
78. Guégala	Guegaleygueca
79. Uencauena	Uencauencatsáa
80. Abatucué	Abaeygueca
81. Suzella	Suzelleygueca
82. Nizah(Riofrío)	Memancucuiygueca

Estos cursos de agua son afluentes del río Ñizah, Riofrío.

Todos los ríos arriba enumerados desde del río Mañiji, número 46, hasta el río Ñizah, Riofrío, número 82, están comprendidos entre los 75°54' y 76°32' de longitud al Oeste del meridiano de París. El país en donde he determinado la

posición de los cinco lagos de que he tenido el honor de hablaros hace poco está situación sobre el 11° paralelo Norte, entre los 76°15' y 76°25' al Oeste del meridiano de París.

Estos lagos han sido descubiertos en el orden siguiente:

I

Extenso círculo de terreno movedizo, suelo análogo al llamado "tembladeiras" en el Brasil, y lleno de un gran número de aberturas regularmente redondas, cuyos diámetros varían entre uno y veinte metros. He contado 16 de esta especie de pozos, pero su número debe ser más considerable, porque una parte del círculo se me ocultaba por una cúspide rocallosa. De esas aberturas surge el agua en borbotones, y son esas las cabeceras del Don Diego (Ulueyi).

Haciendo rumbo Sudoeste, pasé al Norte de este círculo el 29 de Agosto, media milla náutica antes de llegar á la cima del cerro Guecasancala (5210 metros), gigante que marca la separación entre las aguas que corren hacia el mar Caribe y hacia la Ciénaga Grande.

Particularmente que anotar: aunque las cabeceras de los ríos Don Diego (Ulueyi) y Riofrío (Ñizah) apenas distan un tercio de milla, las aguas del Don Diego (+12° centígrados) tiene una temperatura más alta que las del Riofrío (+ 8° centígrados) y las de los lagos que lo rodean.

## II

El segundo lago está situado en la depresión que separa el cerro Guecasancala del Mebancucuiaba; es de forma circular y tiene una superficie aproximada de dos hectáreas.

## III

El tercer lago, de una extensión de 15 á 12 hectáreas, es de forma oblonda en la orientación NE. SO., en el sentido de su longitud, se encuentra al pié los cerros Mebancucuiaba, anteriormente citado, y Nocco Mallué.

## IV

Extenso círculo seco en la época de mi paso; el fondo es de formación, análoga al de las cabeceras del Don Diego (terreno movedizo).

## V

En fin, el lago situado sobre la vertiente Sudoeste del cerro Tugueca, cuya superficie alcanza á lo más á 2 hectáreas.

El descubrimiento de estos lagos tuvo lugar en el mismo día 29 de Agosto.

El agua de todos esos lagos, aunque de una pureza cristalina, parece negra azabache, color que consiste en la gran profundidad de ellos. Por la falta de utensilios no pude practicar sondeos.

Las alturas obre el nivel del mar de cada uno de mis campamentos en la región nuevamente explorada han sido:

Hucumeyi (Palomino).....	1214m	
Mañijí.....	1170	
Gueca.....	2900	
Ulueyi.....	2200	
Ulueyisac.....	4676	 El cerro Guacasancala (5210m) se encuentra entre estos dos puntos.
Nunucumalaqueca.....	4330	
Nunualacalac.....	3838	
Evieclac.....	1840	
Acca Arluyinca.....	1840	
Riofrio.....	.....	

Tales son, *grosso modo*, señor Gobernador, los resultados más importantes de la última parte de mi viaje.

La misión geográfica que me habiais confiado se ha terminado á mi llegada a Santa Marta el 2 de Septiembre por la noche, después de recorrer 2120 Kilómetros, á partir del 20 de Febrero último. Tengo el honor de daros en seguida un corto resumen de los trabajos de la exploración:

	Santa Marta, 20 de Febrero, a Cúcuta, 6 de Junio	Cúcuta, 6 Junio, Santa Marta, 2 Septiembre	Totales
Días de misión empleados...	170.....	88.....	195
Ciudades, aldeas, puntos importantes encontrados...	230.....	35.....	265
Observaciones astronómicas y trigonométricas.....	40.....	40.....	80
Observaciones meteorológicas	Observaciones termométricas	264	
	Nubes, estado del cielo.....	88	
	Estado del tiempo..... 370	88 539....	909
	Presión barométrica.....	11	
	Declinación magnética.....	88	
		539	
Fotografías tomadas.....	44, entre ellas 20 buenas.....	35, entre ellas buenas 22.....	42
Objetos de colección recogidos.	218.....	88.....	306

Estos trabajos comprenden 19 cuadernos de viaje, además de otros referentes á la exploración de la Nevada en 1891,

#### MISIÓN DE EXPLORACIÓN GEOGRÁFICA DEL MAGDALENA EN 1892

##### Cuadros de viaje

##### Páginas escrita

Número	1.....	42
"	2.....	18
"	3.....	8
"	4.....	20
"	5.....	5
"	6.....	50
"	7.....	9
"	8.....	50
"	9.....	50
"	10.....	43

"	11.....	38
"	12.....	56
"	13.....	<u>27</u>
		416
"	14. Posiciones astronómicas y trigonométricas durante mi misión, un cuaderno.....	10
"	15. A través del Magdalena, un cuaderno.....	39
"	16. Observaciones meteorológicas, un cuaderno.....	13
"	17. Diario de viaje, un gran cuaderno.....	50
"	18. Notas y documentos recogidos, un gran cuaderno....	48
"	19. Notas y documentos recogidos, un gran cuaderno....	<u>72</u>
		648

Exploración de la Sierra Nevada de Santa Marta en Mayo y junio  
de 1891. Resultados científicos..... 167

Total general del número de páginas de texto escritas en el curso  
De las exploraciones..... 815

Tengo el honor de remitiros esos documentos, así como un mapa que contiene mis itinerarios; un derrotero llevado día por día, desde el de mi viaje de descubrimiento de Hucumeyí á Riofrío, y en fin, el borrador original de los ángulos de la ruta durante el mismo trayecto.

Esas piezas forman la materia de la obra y de la carta geográfica que según contrato de 20 de Febrero del corriente año me comprometí á entregar al Gobierno del Magdalena. El resultado más importante de mi viaje ha sido, junto con el estudio de la vertiente occidental de la Sierra Nevada, hasta ahora desconocida, y los descubrimientos que allí hice, la determinación de las posiciones geográficas siguientes:

## POSICIONES GEOGRÁFICAS

Determinadas astronómica ó trigonométricas durante mi comisión de exploración á través de la parte civilizada del magdalena y de los territorios indígenas de la Goajira, motilonos y Arhuacos, de Septiembre á Diciembre de 1892.

Puntos		Latitud	Longitud en grados*	Longitud en tiempo
1	Riohacha	11°33'30"	75°17'44"	5 <sup>h</sup> 01 <sup>m</sup> 13
2	El Paso	11 27 30	75 08 14	5 00 36
3	Cerro Alto	11 19 00	75 09 00	5 00 36
4	Bifurcación	11 21 00	75 09 00	5 00 34
5	Moreno	11 16 00	75 01 00	5 00 40
6	Soldado	11 07 00	75 06 00	5 00 25
7	Calabacito	11 02 00	75 06 14	5 00 22
8	Barancas	10 49 00	75 18 00	5 01 10
9	Cerrejón	10 53 00	75 10 00	5 00 42
10	Fonseca	10 49 00	75 28 00	5 01 53
11	San Juan de Cesar	10 41 45	75 33 15	5 02 10
12	Villanueva	10 30 45	75 30 00	5 02 06
13	Urumita	10 31 00	75 29 00	5 03 53
14	Valle de Upar	10 21 00	75 45 40	5 02 00
15	Salguero	10 15 00	75 41 00	5 02 44
16	Los Tupes	10 11 00	75 40 00	5 01 40
17	Diegopata	10 11 00	75 37 00	5 02 28
18	Palmira	10 02 00	75 35 00	5 02 20
19	El Jobo	9 59 00	75 35 00	5 02 20
20	Espíritu Santo	9 50 00	75 38 00	5 03 32
21	Becerril	9 34 30	75 47 38	5 03 10
22	La Jagua	9 21 30	75 48 18	5 04 13
23	Chiriguaná	9 09 00	76 03 38	5 04 14
24	El Barnil	8 57 30	76 09 40	5 04 39
25	Tamalameque	8 41 00	76 09 38	5 04 39
26	Simaña	8 25 40	76 06 08	5 04 24
27	Payares	8 18 30	76 06 05	5 04 24

\* Meridiano de París.

28	Aguachica	8 12 40	76 04 38	5 04 18
29	Los Sainos	8 11 00	76 01 48	5 04 07
30	Lucaical	8 11 30	76 01 18	5 03 05
31	Brotaré	8 10 10	75 55 58	5 03 44
32	Búrbura	8 11 28	75 53 15	5 03 33
33	Convención	8 12 50	75 51 38	5 03 26
34	Cerro Azul	8 11 45	75 52 45	5 03 31
35	La Tiradera	8 15 40	75 46 18	5 03 05
36	Teorama	8 10 30	75 48 38	5 03 14
37	Culebrita	8 12 15	75 53 14	5 03 33
38	Loma de González	8 08 30	75 51 58	5 03 27
39	La Floresta	8 07 45	75 51 46	5 03 27
40	San Antonio	8 08 00	75 54 38	5 03 38
41	Río de Oro	8 03 10	75 53 08	0 03 32
42	Ocaña	8 00 00	75 51 08	5 03 24
43	Los Guamos	7 56 10	75 49 10	5 03 17
44	La Ollada	7 47 00	75 46 30	5 02 06
45	San Pedro	7 40 00	75 38 20	5 02 33
46	La Palmita	7 35 00	75 31 08	5 01 04
47	Salazar	7 32 30	75 23 48	5 01 35
48	La Tinta	7 36 30	75 21 40	5 00 27
49	Cúcuta	7 37 00	75 06 10	5 00 25
50	San Buenaventura	8 08 30	75 02 40	5 59 11
51	Río de la Grita	8 14 20	74 57 00	4 03 48
52	Encontrados	8 59 00	74 59 40	5 56 59
53	Boca del Catatumbo	9 13 20	74 14 48	4 56 59
54	Maracaibo	9 40 30	74 06 38	4 57 26
55	Sinamaica	11 02 00	74 28 00	4 58 52
56	Las Guardias	11 07 00	74 32 00	4 58 08
57	Paraguaipoa	11 15 00	74 36 00	4 58 24
58	Kasouto	11 25 00	74 53 00	4 00 32
59	Kaoulipana	11 29 00	75 01 00	5 00 04
60	Kambouste	11 31 00	75 03 00	5 00 12
61	Pautaña	11 33 00	75 08 00	5 01 32
62	Los Dos Ríos	11 33 00	75 16 00	5 01 04
63	Riohacha	11 33 30	75 17 44	5 01 11
64	Camarones	11 24 35	75 27 24	5 02 50
65	Dibulla	11 15 45	75 41 30	5 .. 46
66	Boca del Palomino	11 15 00	75 54 00	5 03 36
67	El Algarrobo	11 12 00	75 54 00	5 03 36
68	Río Trastorno	11 12 30	75 54 00	5 03 36

69	La Cueva	11 10 00	75 53 00	5 03 32
70	Houkoumeji	11 07 0	75 54 00	5 03 36
71	Mañiji	11 06 00	75 58 00	5 03 52
72	Cheka	11 05 00	76 03 00	5 04 12
73	Ouloueji	11 02 30	76 06 30	5 04 26
74	Oulouejissac	11 02 00	76 13 00	5 04 52
75	Nounoukouamalakeka	11 02 00	76 22 00	5 05 28
76	Nounoukoualakalak	11 02 00	76 24 00	5 05 36
77	Évieklak	10 59 00	76 26 00	5 05 44
78	Akka Arloughinka	11 00 00	76 27 00	5 05 48
79	Ríofrío	11 01 00	76 31 00	5 06 04
80	La Ciénaga	11 04 00	76 33 00	5 06 12
81	Santa Marta	11 15 00	76 35 00	5 06 20
82	Cascada de los Pinzones	11 04 00	76 02 00	5 04 08

A contar desde el principio de mi viaje, he encontrado 34 minas de hulla, cobre, fierro, una de oro, etc.

No me ocuparé aquí en mas detalles en lo que concierne á esas minas, como tampoco sobre las riquezas naturales, el comercio y la industria del Magdalena, pues que estas materias merecen ser tratadas más extensamente que en un simple informe, y se encuentran desarrolladas con todo el cuidado apetecido en mi obra sobre el Magdalena.

En esta comisión geográfica, que se ha llevado a cabo en buques de vela, de vapor, en canoa, de a caballo, en buey y á pío, he empleado diez mulas, dos caballos y un buey, y he sido acompañado por treinta y seis peones civilizados, treinta y siete arhuacos (entre ellos cuatro mujeres) y cinco indígenas goajiros, o sea por todo sesenta y una personas, cuyos nombres son los siguientes:

Trayecto de.... A.... <sup>2</sup>		Nombre de personas
Ríofrío a Orihueca	1.	Francisco
Ríofrío a las Caídas	2.	Francisco Gómez
Riohacha a El Valle	3.	Rafael Jiménez
Cerro Alto a Moreno	4.	Juan Gómez (indígena goajiro)
Barrancas a Cerrejón	5.	Anacleto Iguaran
Becerril a Chiriguaná	6.	José Manuel Martínez
Chiriguaná a Brotaré	7.	Mauricio Nieto
Brotaré a Río de Oro	8.	Marcelo Rodríguez
Río de Oro a Ocaña	9.	Claudio Herrera
Diegopata a Espíritu Santo	10.	Aquiles Antonio Montesino
" a " "	11.	José Jesús Mendoza
" a " "	12.	Rafael Mejía
" a " "	13.	José Trinidad Ustare
Espíritu Santo a Becerril	14.	Manuel María Vancgas
" " a "	15.	Antolín castillo
" " a "	16.	Diomedes Rodríguez
" " a "	17.	Manuel Ramón Caballero
Becerril a la Jagua	18.	Martin Quiroz
" a la "	19.	Hermenegildo Reales
" a la "	20.	Lázaro Vega
" a la "	21.	Rosendo Estrada
Ocaña a San Pedro	22.	Miguel Moncada
San Pedro a Salazar	23.	Andrés Rincón
Salazar a Cúcuta	24.	Avelino Bautista
Sinamaica a Las Guardias	25.	José Manuel Gonzales
Paraguaipoa a Kasuto	26.	Alcides Guanipa
Kasuto a Chiamana	27.	Airanai (indígena goajiro)
Chiamana a Riohacha	28.	Agustín (indígena goajiro)
Riohacha a Dibulla	29.	Manuel Hernández
Dibulla a la Embocadura del río Palomino	30.	Francisco Gómez
" a la " " "	31.	Marcelo Rosado
" a la " " "	32.	Lorenzo Ávila
" a la " " "	33.	Marco Atilano
" a la " " "	34.	Simón Gil
" a la " " "	35.	Francisco Iguaran
" a la " " "	36.	José Agustín Peralta
" a la " " "	37.	Ruperto Miranda
" a la " " "	38.	Jacinto López
Embocadura del río Palomino a Hucumeyi	39.	Antonio Pinto (indígena arhuaco)
" " " a "	40.	Dionisio Zudengama (id)
" " " a "	41.	Silvestre Labata (id)
" " " a "	42.	Fernando Sico (id)
" " " a "	43.	Chemunkera (id)
" " " a "	44.	José Andigua (id)
Hucumeyi a Ríofrío	45.	Cecilio Redondo (civilizado)

<sup>2</sup> Tabla hecha por la autora, lo mismo que los nombres de clasificación de esta misma.

" a "	46.	José A. Noivita (indio arhuaco)
" a "	47.	Javier Andigua (id)
" a "	48.	Antonio Andigua (id)
" a "	49.	Ramón Lémako (id)
" a "	50.	Petrona Andigua (id)
" a "	51.	Eulalia Nolavita (id)
" a "	52.	Tomasa Andigua (id)
" a "	53.	Isabela Noivita (id)
" a "	54.	Oudemata Dingoula (id)
" a "	55.	Joaquín Labata (id)
" a "	56.	Aouvighi (id)
" a "	57.	Vicente Lémako (id)
" a "	58.	Antonio Lémako (id)
" a "	59.	Precito Bolaño (id)
" a "	60.	J. Bautista Zudengama (id)
" a "	61.	Daza (id)

A mi llegada á Santa Marta, mi escolta se componía de los hombres siguientes:

1. Cecilio Redondo, civilizado, y los indígenas arhuacos:
2. Silvestre Labata.
3. Dionisio Zudengama.
4. Manuel Antonio Pinto.
5. Oudemata Dingoula; y
6. Daza (de Hucumeyi á Palomino).
7. Vicente Lémako.
8. Antonio Lémak.
9. J. Bautista Zudengama; y
10. Precito Bolaño (de Evieclac á dos días de marcha de Riofrío).

Estimo como un deber de mi parte hacer constar públicamente mi gratitud y reconocimiento á las personas siguientes, para quienes os dignasteis darme cartas de recomendación, y quienes, por medio de una buena acogida y los útiles informes que me han suministrado, me han ayudado poderosamente en al larga y difícil exploración que acabo de realizar:

Señores José Laborde, Juan Gómez daza, Tomas. C. Peláez, Vicente Parodi, Rafael Cotes Ovalle, Erasmo Locouture, Beltrán y Antonio Dangon, Bernardo Araujo, General Herrera, Presbítero Barros, Montecristi, Martín Quiroz, Basilio Rodríguez, Pedro Lobo, Clavijo Amaya, Morales, Martínez, Arévalo, Pinto, Tobar, Jácome, Doctor Ramón Anaya, Rafael Rizo, Lemus, Díaz, Matamoros, Jiménez, Anzoátegui, Meisel, Bousquet, Sojo, Julio Pérez, de Empaire, Jacobo Moreno, Jesurun Penso, General Rudesindo González, Márquez Romero, Dugand, Cano y Rodolfo Danies.

Al terminar, tengo el honor de suplicaros que os dignéis hacer constar hacer en la parte occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta, y reconocer, sobre todos los demás viajes que puedan efectuarse con tal motivo en esa interesante región de Colombia, la *prioridad* de la comisión de exploración que los ha efectuado.

Durante la misión que acabo de llenar no he malgastado mi tiempo, ni mirado por mi salud, ni excusado las fatigas. Contad, pues, señor Gobernador, con mi humilde contingente, pues que si mis modestos trabajos pueden contribuir á la prosperidad, la grandeza y el progreso de vuestro país, mañana, como ayer, me encuentro dispuesto á volver á ponerme en marcha.

Dignaos aceptar, señor Gobernador, la expresión de mi distinguida consideración y más sinceros sentimientos.

V. DE BRETTE.

**Gobernación del Departamento del Magdalena.----- Santa Marta,  
Septiembre 21 de 1892.**

Habiendo el señor Vizconde José de Brettes, explorador francés, cumplido la comisión de exploración geográfica y económica que ha tenido á su cargo en el Magdalena, en su territorio civilizado y en la región de los indios Goajiros, de los Motilones y de los Arhuacos, de una manera completamente satisfactoria para esta Gobernación, se hace constar este hecho, y en especial, que dicho señor de Brettes practicó ochenta y dos observaciones astronómicas y trigonométricas para determinar la posición de varios ríos y lugares importantes desconocidos hasta ahora en la Geografía del Magdalena, y que en la exploración que hizo, transmontando un contrafuerte de la Sierra, á cinco mil doscientos diez metros de altura sobre el nivel del mar, en la parte Noroeste de la Nevada, de Hucumey (Palomino) á Riofrio, región por donde ningún otro civilizado había pasado antes, *inclusive los conquistadores*, ha descubierto cinco lagos y treinta y siete cursos de agua, y los ocho núcleos de poblados indígenas arhuacos, *Mañiyi, Gueca, Ulueyi, Uluyisac, en la vertiente septentrional y Nunucumalaqueca, Numualaclac, Eriyclac y Acca Arluginca,* en la vertiente occidental.

RAMÓN GOENAGA.



**CHEZ LES INDIENS DU NORD DE LA COLOMBIE [7].  
SIX ANS D'EXPLORATIONS,**

PAR LE COMTE JOSEPH DE BRETTE.

Après de longues années de missions dans d'autres parties de l'Amérique du Sud, je fus chargé, en 1890, par le Gouvernement français, d'un voyage dans le nord de la Colombie. Cette région n'avait pas encore été l'objet d'une étude géographique sérieuse. Le littoral et les rives des fleuves étaient seuls connus, et à peine, des civilisés. Les Espagnols qui se sont fixés là n'ont jamais eu d'explorateurs : c'étaient des conquérants, non des géographes.

Le seul homme qui ait dressée la carte de la Colombie, Codazzi, allait du Sud au Nord, et mourut à Espiritu-Santo, vers le dixième parallèle. Du dixième au douzième et demi, y compris le territoire goagire, la Colombie septentrionale resta inexplorée.

On ne saurait prendre, en effet, au sérieux l'anglais Simons, qui a dessiné au hasard, des rivières et des montagnes sur une carte fantaisiste. Je ne critiquerai pas cependant la partie de son travail qui comprend les rivières du nord de la Nevada. Ces rivières, M. Simons les a surtout découvertes dans des pièces particulières officiellement communiquées par moi au Gouvernement colombien. Avant d'entrer en matière, il ne sera pas inutile de donner une impression générale du pays que j'ai parcouru, de dire quelles races l'habitent,

---

<sup>7</sup> Brettes, Joseph de, "Chez les Indiens du Nord de la Colombie: Six ans d'explorations", Le Tour du Monde. Journal des Voyages et des Voyageurs. Vol.38, Librairie Hachette et C, Paris, 1898, pp. 61-96 y 433-480. (Academia Colombiana de Historia/ 910.41/CH 17T).

et quelle est la physionomie des civilisés. Les zones indigènes et civilisées sont tellement enchevêtrées les unes dans les autres, qu'un aperçu général s'impose avant d'aborder la description détaillée des Indiens.

C'est le 9 décembre 1890 que je partis de Saint-Nazaire, à bord du paquebot *la France*. Sortis du port à une heure et demie du matin, l'épaisseur du brouillard nous obligea à mouiller. Le lendemain seulement s'effectua notre départ. Nous ne devions revoir à terre que dix jours après. Dans l'après-midi du 21 décembre, par tribord, nous apercevons un rocher qui émerge de l'Océan : c'est la Désirade, la première vision de la terre après laquelle soupirent les navigateurs venant d'Europe. Puis, nous arrivons à Pointe-à-Pitre, ville sale et mal construite, toute grouillante de nègres auxquels on devrait apprendre à respecter les blancs. Je les vois encore prendre d'assaut notre bord et essayer de nous entraîner de force dans leurs embarcations. C'est d'un ton presque menaçant que l'un d'entre eux, s'adressant à une dame, lui criait :

« Toi, madame, vies à terre dans ma barque ! » La France est tellement généreuse, elle respecte à tel point la liberté humaine qu'elle ne songe pas assez à refréner l'impertinence de ces grands enfants que sont les noirs. J'appris, à mon passage à Pointe-à-Pitre, la mésaventure d'un médecin que leurs sottises, trop souvent renouvelées, avaient contraint de se réfugier dans une colonie anglaise. Nous passons à la Basse-Terre (Guadeloupe), et le 22, à neuf heures du matin, nous arrivons à Saint-Pierre. La Martinique est un agréable séjour: les prairies sont fertiles, et jolies les forêts. Le 23, nous sommes à Fort-de-France. On me montre, dans la savane, la statue de

Joséphine de Beauhamais, une des femmes pour lesquelles les négresses ont le plus de vénération ; et, une vallée minuscule où naquit celle qui devait devenir impératrice des Français. La ville est petite, plantée de jolies maisons et de baraquements. Le fort de Balata la domine, dans un site merveilleux d'où la vue s'étend au loin sur la mer. Pendant mon séjour à Fort-de-France, un accident, très banal en lui-même, faillit me coûter la vie : par mégarde, j'avalai un verre d'hyposulfite de soude que mes travaux de photographie avaient mis à portée de ma main. Je fus sauvé par le docteur Poussié, un charmant compagnon de voyage, auteur d'un dictionnaire en trente langues.

Le grand air acheva de me guérir. Nous reprenons la mer, et apercevons dans le lointain Sainte-Lucie. La joie régnait à bord, et, toute la nuit du 24, le pont se transforma en une salle où l'on dansa. A trois heures du matin, la terre ferme était en vue. Douze heures après, nous faisons notre entrée dans le port de la Guaira. — Les bains de Macuto, le Biarritz des Vénézuéliens, m'attiraient ; mais je me décidai pour un voyage à Caracas. En quatre heures, le chemin de fer me conduisit à la capitale du Venezuela. Effrayante cette vie ferrée qui enroule, à l'infini, son ruban dans l'enchevêtrement des montagnes. On me raconta que l'ingénieur qui l'avait construite était devenu fou : la complication des calculs auxquels il avait dû se livrer en était la cause.

La machine monte libre, sans crémaillère, au bord de gouffres et de torrents, sur des pies d'où la vue s'étend vers l'immensité. Quant à la ville de Caracas, elle est très avancée, et peuplée de gens de belle humeur. Un peintre, M. Tovar, me conduisit au Capitole, dont il avait décoré les murs. Un autre de mes

compagnons, Mgr Sabatucci, nonce du Pape en Colombie, fut reçu en grande pompe par un cortège qui vint le chercher à bord. Le 26, à sept heures et demie du soir, nous appareillons, et le lendemain matin à sept heures nous appareillons, et le lendemain matin à sept heures nous arrivons à Puerto-Cabello. La ville s'élève dans un pays plat qu'environnent des forêts de cocotiers. Les maisons, bien construites, n'ont qu'un étage. Le commerce est très florissant.

Ce fut à Puerto-Cabello que nous abandonna le paquebot *la France*. Je pris le steamer *Philadelphia*, de l'United States Mail, dont les cabines étaient admirablement aménagées pour un voyage dans les pays chauds.

Le 28, à sept heures du matin, j'étais à Curaçao. Cette ville, dont le sous-sol serait, paraît-il, madréporique, semble une perle de Hollande enchâssée dans la mer des Antilles. Pas un arbre, des maisons à pignon, blanches, rose clair, jaune tendre, avec des fenêtres à guillotine. La différence de climat se fait sentir à l'absence des cheminées et des vitres ; mais il y a des canaux, dont le service est fait par des *ponchos*, sortes de bacs conduits à la godille. Il y a même un pont de bateaux qui s'ouvre pour livres passage aux navires. Les noms de caractère. A noter l'orgueil des domestiques, dont vous n'obtenez pas de réponse si vous oubliez de les appeler *señor*.

Grâce à un de mes compagnons, parti avec moi de Saint-Nazaire, M. Laborde, fils d'un capitaine français au long cours et marié à une Colombienne, je fus présenté dans la meilleure société, et je trouvai l'occasion de noter quelques

particularités intéressantes. C'est ainsi que les rapports entre gens de religion ou de pensée différente sont assez bizarres. Leurs églises se trouvent côte à côte. S'agit-il d'aller au cirque, catholiques, protestants, juifs, francs-maçons font bande à part. Le haut du pavé semble appartenir aux juifs, bijoutiers, commerçants, commissionnaires. Ce sont eux qui exportent le plus d'écorces d'oranges. Quelques-uns d'entre eux sont hôteliers ; ce qui me permit de descendre chez un juif, brave homme auquel on ne pouvait adresser qu'un reproche : il portait au compte de chacun de nous les consommations prises par tous les autres.

Dans cet hôtel était descendue toute la troupe du grand cirque-oriental : des clowns anglais, des acrobates italiens, et des équilibristes, du Japon, qui se firent un plaisir de me faire assister à leurs répétitions ; je les vis apprendre leurs rôles, et je fus mis au courant de leurs coutumes. Celle-ci me parut particulièrement frappante : deux clowns devaient exécuter sans filet, sur un trapèze volant, un exercice périlleux qu'ils appelaient le pont de la mort. Comme ils jouaient, chaque jour, très sérieusement, cette petite comédie du repentir intermittent. Ils voulaient bien vivre, mais non pas mourir, ennemis.

J'ai conservé l'affiche de la première représentation, à cause de cette mention finale : « Les spectateurs sont avisés que le cirque ne possède ni banquettes ni fauteuils, et que chacun doit apporter son siège. »

Personne que moi ne songea à rire, et même, à un certain moment, un dandy de l'endroit me glissa à l'oreille : « En avez-vous autant à Paris ? »

La chaleur est accablante puisqu'au milieu du jour le thermomètre marque trente degrés à l'ombre.

Est-ce la chaleur qui éloigne de Curaçao les Français? Je ne rencontrai que deux de mes compatriotes : l'un était ingénieur, l'autre tenait le câble transatlantique. Par contre, toutes les monnaies du monde se trouvent dans la cité hollandaise, même des pièces espagnoles de la conquête. Toutes les pièces ont cours.

Les femmes ne manquent pas de beauté, mais leur costume déroute un peu l'œil du voyageur arrivant d'Europe.

J'attendais à Curaçao la goélette qui devait m'emporter à Rio-Hacha. Elle arriva le 6 janvier. Son nom était *Columbia*. Le 12 janvier, je partis. Le bateau était chargé à culer, et, sans doute pour rendre présente aux passagers la pensée de la mort, le capitaine ne pouvait mettre à leur disposition que deux boîtes allongées de chaque côté de la barre, deux sortes de cercueils décorés du nom de cabines. Mais comment nous plaindre, alors que sous nos yeux les matelots, les mousses dormaient pêle-mêle sur le pont, exposés aux lames qui embarquaient. Notre équipage était composé de noirs. La traversée était mauvaise, et nous étions inondés dans nos cercueils. Vers quatre heures, nous laissons par tribord l'île d'Oruba, où des pétroglyphes ont été découvertes, datant probablement du temps des Caraïbes, et le lendemain nous passons près de la côte indienne goagire. C'était la première fois que j'apercevais cette contrée, que je devais plus tard parcourir en tous sens.

Qu'on se figure un ciel immobile, sans nuages, un ciel dont le bleu foncé rejoignait, par les grands fonds, celui de la mer, ou bien, par les fonds de sable, lui donnait une coloration verdâtre, et là-bas, des plages sablonneuses très légèrement boisées de cactus et de tunas, plantes grasses dont la rigidité de cierges rappelle les figuiers de Barbarie. Le lointain profilait avec indécision des découpures de montagnes. Côte inhospitalière qui jadis était peuplée de pillards toujours prêts à massacrer les naufragés. A une heure, nous passons en vue de Bahia-Honda, port qui deviendrait superbe, n'était le manque d'eau. Notre passage fut salué d'un coup de canon. Cet honneur s'adressait à mon compagnon de voyage, M. Laborde, qui, récemment nommé par le Gouvernement colombien préfet de la province de Padilla, venait prendre possession de son poste. M. Laborde était un homme d'une quarantaine d'années, très affable, d'une grande courtoisie. Il avait été consul de France en Colombie, et de Colombie en France (Saint-Nazaire) ; il n'avait partout laissé que d'excellents souvenirs.

Le 14, à deux heures du matin, nous apercevons le feu de Rio-Hacha, capitale de la province. La ville doit son nom à un incident de la visite des premiers conquérants espagnols : arrêtés par la rivière qui coule au nord-est, ils promirent une hache à l'Indien qui leur indiquerait un passage guéable. Brûlée neuf fois par les Indiens, depuis la conquête, elle fut renommée dès les premiers temps pour ses pêcheries de perles. Aujourd'hui elle est le centre commercial le plus actif de la province de Padilla. Ses pêcheries de perles ont été abandonnées, quoique quelques Indiens continuent à s'en occuper. Des

commerçants étranger, établis dans le pays, déprécient autant qu'ils peuvent le produit de leur travail, sans doute pour s'en réserver le monopole.

Rio-Hacha exporte des bois d'ébénisterie, et le *dividivi*, arbuste dont je décrirai bientôt les fruits précieux. La ville compte six mille habitants. Parfois, lorsque les Goagires ont commis quelque meurtre sur la frontière, elle reçoit une garnison temporaire de cent hommes. Elle réunit trois types de maisons : les *casas* espagnoles, avec arcades, véranda, balcon couvert et terrasse ; les *ranchos*, en pierres ou briques, avec une couverture de tuiles ou de planchettes ; les maisons *en pisé*, simple assemblage de pieux dont les intervalles sont remplis de terre gâchée que recouvrent des feuilles de palmier. On fait subir parfois aux murs en pisé une opération qui consiste à encastrier (*encascar*) dans la boue encore fraîche, de petits morceaux de brique, de pierre, de verre, de coquillages. Cette sorte de mosaïque est ensuite recouverte de mortier que l'on blanchit avec du lait de chaux. La maison se transforme alors en *casa*. Sur la rive gauche du rio Rancheria, en un point appelé *Los dos Rios*, je me suis fait construire une habitation de ce genre. Les cheminées sont inconnues. Les cuisines sont indépendantes des habitations et laissent échapper la fumée par les interstices des palmes qui les abritent. Toutes les bâtisses sont rangées selon des lignes droites dont l'ensemble donne l'idée d'un damier (*cuadras*). Le clocher de la cathédrale porte un phare qui suffit aux besoins de la rade.

Une des difficultés de la vie, à Rio-Hacha, consiste à se procurer de l'eau potable. On ne peut songer à creuser des puits, le son étant au niveau de la

mer ; et d'autre part l'eau de la rivière est salée jusqu'à une certaine distance, bien que, sur cette partie de la côte américaine, le flux et le reflux soient insensibles. Cette rareté de l'eau a donné naissance à l'industrie des barilleros.

Le barillero opère le plus souvent la nuit. Voici son instrument de travail : un baril qu'il traîne de façon spéciale. Au centre de chaque côté de son tonneau il fixe un long clou ; à ce clou il adapte un morceau de cuir qui se continue par un cordage. Le porteur s'attelle et tire quelquefois deux et trois barils à la fois. Le baril vaut jusqu'à douze sous. C'est là un métier des travailleurs, noirs ou blancs, s'appellent des *peones* : vêtus d'une chemise et d'un pantalon de toile, coiffés d'un chapeau de paille, chaussés d'espadrilles (*alpargatas*) ou de sandales (*barcas*), ils s'improvisent convoyeurs, débardeurs, agriculteurs : tout métier leur est bon, pourvu qu'il leur rapporte de quoi acheter un peu de poisson, de viande et de maïs. Sans souci du lendemain, ils traitent d'égal à égal celui qui les emploie.

« Je ne suis pas, lui disent-ils, ton serviteur. Je ne travaille que pour assurer ma vie ».

Un peu au nord-est de la ville se trouve l'embouchure d'une rivière que l'on désigne sous les tris noms de : rio Hacha, Rancheria, Calancala.

J'ai expliqué l'origine du premier de ces noms, qui est celui de la ville. Le second vient des premières habitations (ranchos) élevées par les espagnols sur les bords de la rivière. Le troisième est la traduction indienne du mot *pou*. C'était dans la rivière que les Indiens venaient, jadis, procéder aux soins de

leur toilette. On traverse le rio Hacha de deux manières : soit en embarcation, à deux cents mètres de l'embouchure, soit à gué, en marchant sur le banc de sable apporté par la rivière au milieu de la mer.

Les civilisés, les seuls dont il soit question en ce moment, vont nu-pieds (nous voulons parler de la basse classe) ; leur garde-robe se compose d'une chemise et d'un pantalon. Encore, pour les longues courses, se défont-ils de ce dernier vêtement. En bandoulière ils portent un sac en fibres d'agave ou de coton (*muchila*) qui leur tient lieu de poches. Ces petits sacs proviennent de la Sierra Nevada. Ils sont fabriqués par les Arhouaques du versant oriental. On s'en procure aussi auprès des Indiens des anciennes missions espagnoles de San Antonio, San Miguel, etc., sur le flanc nord de la Sierra.

Hommes et femmes sont grands fumeurs de cigares longs et minces qu'ils appellent : *un tabaco*. Le tabac se vend par paquets de huit ou dix feuilles (*un maso*), que les femmes roulent en forme de cigare. Le péon ne quitte pas son briquet (*eslabon*), sorte de bote en écorce de courge qui contient un chiffon brûlé, un morceau de fer et une pierre à fusil. Pour allumer du feu, il se sert parfois de feuilles sèches. Sa nourriture consiste en viande de mouton, de chèvre et de bœuf. Le plat le plus répandu est le bœuf bouilli (*sancocho*).

La banane, longue, pas sucrée, se mange grillée ou bouillie. Dans chaque maison se trouve une pierre sur laquelle on écrase le maïs. Pour ce travail, les femmes s'assoient à terre, s'arment d'une seconde pierre, et par un mouvement de va-et-vient produisent la farine. Cette farine est convertie en

*boyos*, petits pains enroulés dans des feuilles de maïs. Les ustensiles de cuisine se réduisent à un tamis pour enlever le son de la farine, et à quelques la pierre, qui est d'origine indienne. L'instrument unique de travail, qui remplace la pioche et la charrue, est le *machete*, sabre court employé à ouvrir un passage dans la forêt, à défricher la terre, à creuser, d'un coup de pointe, les trous dans lesquels est semé le maïs. Le machete se porte généralement suspendu à la ceinture, dans une gaine de cuir.

Rien n'égale la tristesse de la côte, avec ses sables et ses arbustes rachitiques, l'ébène, le dividivi. Ce dernier, qui n'atteint jamais plus de cinq mètres de haut, porte un fruit que l'on emploie pour tanner le cuir et pour donner à la soie une teinte noire indélébile. A signaler aussi le palétuvier, dont les racines broussailleuses affleurent le rivage.

Depuis Rio-Hacha jusqu'à Dibulla, la monotonie, l'aridité du sable continue, sous le maigre décor des mêmes arbustes, auxquels il faut ajouter le mancenillier, dont l'ombre est très proximité, il est prudent de mettre une *muchila* au nez de sa monture, pour qu'elle ne touche pas à cet arbuste. La plage est le seul chemin qui longe la côte. Au loin apparaît la forêt vierge, plus luxuriante qu'au Brésil, mais jamais en Colombie l'œil n'est réjoui par la vue une fleur : les fleurs se cachent au sommet des arbres, dans l'épaisseur du feuillage.

A partir de Dibulla jusqu'au cap Saint-Jean de Guia, la mer bat des falaises aux roches contorsionnées, fantastiques. Entre ces deux points extrêmes la

végétation atteint une puissance extraordinaire, qui donne sa mesure dans les sambos-cèdres et les caracolis, arbres géants de soixante mètres de haut. Cette côte limite les territoires habités par une population actuellement composite et qui dut être à l'origine très dense.

Le voyageur est souvent étonné de retrouver, dans le Magdalena, les vestiges d'immenses cités. Ici, comme en d'autres endroits du globe, le culte des morts a sauvé les antiques civilisations d'un éternel oubli : les morts étaient enterrées au milieu de la case de la famille, et quand on découvre une sépulture, il faut presque toujours la considérer comme le centre d'un cercle dont le périmètre était celui d'une habitation. Parfois le périmètre est lui-même indiqué par une rangée de pierres : c'est là que sont venues s'asseoir, pendant des siècles peut-être, des générations d'hommes dont rien, ou presque rien, n'a survécu.

A l'époque de la conquête, ce qui devait être plus tard le département du Magdalena fut envahi par des Basques et des Sévillans.

D'Europe en Amérique le voyage était long et périlleux, et les hommes, qui le tentaient étaient doués d'une force de résistance, d'un esprit d'initiative, qui les mettaient au-dessus du commun.

Les frais de l'expédition voulaient également qu'ils fussent riches. Ils ne pouvaient eux-mêmes travailler la terre, et ils cherchèrent des ouvriers dont la main-d'œuvre leur était nécessaire.

Les Indiens étaient trop fiers ou trop indolents pour se plier au joug, et les conquérants se virent obligés d'aller puiser, de l'autre côté de l'Océan, dans l'immense réserve des noirs du Gabon. Du mélange des Espagnols et des noirs naquirent des mulâtres. Plus tard les Indiens entrèrent en relation avec les civilisés, auxquels ils apprirent l'usage des plantes médicinales de leur pays. Des unions en résultèrent. Les Indiens s'unirent également avec les noirs et donnèrent naissance à une race de métis appelés Zambos.

En résumé, trois races se trouvent à l'origine de la population actuelle : les Indiens, les blancs, et les noirs, et toutes les trois ont engendré des métis.

Dans cette fusion, la race blanche a été la première absorbée; l'Indien s'est conservé davantage; le noir s'est maintenu le plus longtemps : ses caractères distinctifs se reconnaissent à travers dix générations. La terre habitée par ces peuples de différente origine est d'une clairière en pleine forêt et laisse pendant deux mois les arbres abattus se dessécher aux ardeurs du soleil. Les deux mois révolus, on met le feu à l'amoncellement des troncs et des branches : la terre, couverte d'une épaisse couche de cendres, produit par an trois récoltes de maïs. De même, dans la savane, l'incendie prépare une herbe plus tendre. Le feu, dans cet heureux pays, ne cause jamais les ravages qui parfois désolent d'autres contrées : on ne voit pas de forêts entières dévorées par les flammes qui devaient seulement fertiliser une clairière. L'abondance de leur sève met à l'abri du feu les arbres qui n'ont pas été abattus.

Les plus beaux de ces arbres sont le caracoli, dont le bois tendre se transforme facilement en des *cayucos*, sortes de pirogues creusées dans un seul tronc d'arbre et qui mesurent douze et quatorze mètres de long, sur deux mètres cinquante de large.

La cargaison de ces embarcations atteint parfois cinq tonnes.

Outre le cèdre et le mamey, il y a l'arbre à lait, le *copéi*, dont l'écorce distille une liqueur blanche.

Cet arbre s'élève rigide et porte à son sommet une touffe de branches à la naissance desquelles se trouve un fruit. Le tronc est armé d'épines. Le cocotier est cultivé en grand, de même le bananier, dont il suffit de replanter les jeunes pousses enfouies à demi à l'entour de son pied robuste. Dans l'ouest de la Sierra-Nevada, le bananier est extrêmement productif, et ses fruits ont trouvé, ces temps derniers, un débouché inattendu : ils tendent à remplacer le pain dans les classes pauvres de la Nouvelle-Orléans. Huit fois par mois, des vapeurs viennent de cette ville en prendre des cargaisons énormes.

Il convient de signaler, parmi les productions les plus considérables de la Colombie, le café, qui croit dans la plaine aussi bien que sur la montagne, mais qui cependant ne possède un arôme agréable qu'à partir de huit cents mètres d'altitude. A douze cents mètres, il est exquis. Le tabac d'Ambalema est justement renommé dans toute l'Amérique du Sud, et se vend bien des fois pour du havane. La culture du cacao est très rémunératrice, mais on ne peut

songer à exploiter le cacao sylvestre ; il faut le planter en pays humide, au niveau de la mer, c'est-à-dire dans un pays de moustiques et de fièvres. De plus, il ne produit qu'au bout de sept ans. On cultive aussi la canne à sucre ; l'ananas (plante grasse qui offre l'aspect du cactus) ; l'agave, dont les fibres servent à fabriquer des cordes ; le manioc (sorte de longue carotte blanche qui est la pomme de terre du pays) ; le maïs, la seule plante européenne. Dans les forêts croissent le caoutchouc, le quinquina, la coca, etc., d'innombrables plantes médicinales que connaissent surtout les Indiens. Avec des soins spéciaux, l'indigo, la vanille, la ramie, donneraient de bons résultats.

La faune ne le cède pas en richesse à la flore. La mer est tellement poissonneuse qu'elle a toujours exempté les Indiens de l'anthropophagie, la dernière ressource des peuples affamés. Sur ce point les anciennes chroniques espagnoles sont unanimes. Parmi les poissons je ne citerai que le *mero* et le *pargo*. Les requins abondent et sont d'une extrême voracité. De plus, chaque rivière a ses espèces particulières de poissons. Le Muséum de Paris, pourtant si riche, trouverait là de quoi compléter ses collections. Les caïmans pullulent, longs au plus de deux mètres, sauf dans le rio Magdalena, où ils atteignent de plus grandes dimensions. Sur terre ils sont inoffensifs, et rien n'est plus facile que de les tuer d'une balle dans l'œil.

Dans la rivière, ils sont dangereux. Immobiles, ne montrant au-dessus de l'eau que leur mâchoire supérieure, ils attendent leur proie.

U bœuf vient-il s'abreuver, ils lui happent le museau et le noient. Jamais ils n'engloutissent leur proie ; ils la gardent, la couvent, jusqu'à ce qu'elle tombe en pourriture, et alors seulement ils s'en repaissent. Chez les hommes ils attaquent la partie la moins protégée, le ventre. C'est ainsi que fut happé par un d'entre eux le consul de France à Sainte-Marthe, M. Joachim de Mier. Ces renseignements me furent donnés, dès mon arrive à Rio-Hacha, par les Espagnols qui me virent me baigner en rivière. Mon précédent séjour au Paraguay m'avait familiarisé avec des caïmans qui atteignaient quatre mètres de long et qui n'avaient jamais interrompu mes ébats.

Les forêts du Magdalena sont peuplées d'aras au plumage éclatant, bleu, rouge et jaune ; ils voisinent avec les perroquets et les diminutifs de ces derniers, les *pericon*. A noter aussi le vampire, chauve-souris qui suce le sang des animaux et cause quelquefois leur mort : gros au plus comme une poule, le vampire ne saurait absorber une grande quantité de liquide, mais les blessures qu'il cause et qui continuent à saigner après son départ affaiblissent l'animal sur lequel il s'est abattu.

Le cormoran et l'albatros sont connus. Plus rares sont les *paugils*, sorte de dindons au plumage noir, aux pattes jaunes, chez lesquels le mâle est couronné d'un véritable bonnet de plumes jaunes.

Ils ont à se défendre de quatorze ou quinze espèces de serpents, dont la plus terrible est celle du *boca dorada*, serpent noir aux lèvres jaunes, le seul qui ose attaquer l'homme. Son venin amène la mort en vingt minutes. Les autres

serpents fuient l'approche de l'homme ; ils ne se redressent que si, par inadvertance, on pose le pied sur eux ; ils piquent l'imprudent au mollet, jamais plus haut. Pour se garantir de leurs atteintes, on ne doit voyager dans la forêt qu'avec des bottes. C'est faute d'avoir pris cette précaution que je fus mordu une fois par un mapana, une autre fois par un coralle.

Dans la savane, les moustiques vous affolent de leurs piqûres ; les fourmis sont la plaie de la forêt ; partout il faut craindre les scorpions, les araignées, les niguas, qui pondent leurs œufs sous les ongles de vos pieds ; les gusanos zancudos, insectes microscopiques qui s'introduisent sous votre peau et deviennent alors comme des grains de maïs. Pour s'en débarrasser, on fait une application de nicotine ; le lendemain, on presse, et l'animal jaillit.

Les animaux féroces sont représentés par le puma, lion d'Amérique, sorte de gros chien rouge, et le jaguar, diminutif du tigre, qui fuit toujours devant l'homme. Pumas et jaguars donnent la chasse aux tapirs, pores de grande taille couverts de sois noies ; aux *saïnos*, sangliers du pays ; aux pécaris, pores de petite taille qui se précipitent par bandes de cent à deux cents, avec un bruit de tonnerre, à travers les feuilles sèches et les branches mortes. Tous ces animaux sont comestibles ; le pécaris est même d'un goût délicieux.

Les autres animaux que l'on rencontre le plus fréquemment sont : le rat, l'iguane, grand lézard dont la chair est bonne à manger, le lapin, le chien, le cerf. Le cheval, l'âne, le mulet et le bœuf n'étaient pas connus avant la conquête.

Parmi les singes notons l'atèle, le singe rouge, haut de quarante à cinquante centimètres, le singe vulgairement appelé Belzébuth, qui a cinq doigts aux pieds et quatre seulement aux mains, et dont la robe noire donne l'idée d'un diable fantastique, enfin le singe hurleur, qui chaque soir, au crépuscule, pousse des cris d'une infinie désespérance : on se croirait, à l'entendre, sur la lisière d'une forêt secouée par l'ouragan.

Telles sont les données principales qu'un premier séjour dans le département du Magdalena me permit de réunir. Des observations ultérieures, des conversations avec les personnes les plus éclairées de ce pays m'ont mis à même d'apprécier l'avenir du département, et en particulier celui de la vallée qui fut Rancheria, —vallée qui fut à une époque préhistorique, le lit du Magdalena ou de l'un de ses principaux affluents. La partie orientale de cette vallée est parsemée d'excellents terrains d'élevage et de mines inépuisables de charbon.

Le sol est couvert à sa surface d'une foule de produits d'une exploitation facile et lucrative, tels que bois du Brésil, dividivi de qualité supérieure.

La partie occidentale, qui comprend les flancs orientaux du massif névadéen s'offre à toutes les grandes cultures : cacao dans les régions basses, canne à sucre et café à une altitude plus élevée. Ces terrains, également propres à l'élevage et à l'acclimatation intelligente de la plupart des plantes potagères et céréales d'Europe, se trouvent dans des conditions vraiment uniques.

Il existe une voie de communication directe, libre d'obstacles, avec Rio-Hacha. De nombreux convois de mules parcourent la contrée et facilitent les transports. Enfin, des ressources de tout genre sont à la portée des nombreux centres de population de la vallée, San Juan, Barrancas, Fonseca, Villanueva, Atanquez, etc.

Tant de richesses n'attendent pour être mises en œuvre que la création d'une voie ferrée reliant la ville de Rio-hacha, d'une part à la ville et au lac de Maracaibo, et de l'autre au rio Magdalena. Le jour où la locomotive traversera ce pays fertile, ce ne sera pas seulement cette partie du Magdalena qui en recueillera les bienfaits, mais la république de Colombie tout entière.

Avec le bien-être et les progrès de tout genre qu'apporterait la mise en valeur de cette contrée disparaîtraient certainement certaines infirmités, telles que la lèpre et l'éléphantiasis, qui affligent les populations de la côte, et en particulier celle de Dibulla.

Il n'est pas rare actuellement de rencontrer des difformités physiques à peine connues dans d'autres parties du globe : peaux tachées de noir, de jaune ou de violet, mains tridigitales ou munies de doigts collés les uns aux autres. Je me rappelle qu'en 1894 une femme vint me demander une place de cuisinière : cette malheureuse était un véritable phénomène, borgne, une jambe tordue et un bras articulé à rebours.

Je lui demandai de quelle besogne elle était capable. Cette question, cependant posée avec douceur, provoqua chez elle une crise d'épilepsie !

Lorsqu'elle fut revenue à son état normal, je la priai de chercher ailleurs un emploi, et la congédiai avec une piastre.

Mon opinion personnelle est que la plupart des maladies, causes de cette dégénérescence, proviennent des piqûres des moustiques et de l'absorption des eaux empoisonnées par les feuilles des mancenilliers. Le développement de la civilisation aurait aussi pour effet de faire disparaître certaines coutumes qui dénotent une effrayante barbarie. On à peine à comprendre les faits suivants, qui se produisent encore à Sarragosa et à Remedios, dans l'Antioquia, dès qu'un enfant est mort, on fait bouillir son cadavre et on l'occasion d'un trépas. Tant que dure la cérémonie, le rhum ne cesse de couler, amenant des rixes parfois mortelles. Il arrive que le cadavre bouilli est successivement loué par tous les débitants de boisson (pulperos) de l'endroit, qui se font avec cette exposition une macabre réclame.

Plus dangereuse, sinon plus répugnante, est la coutume suivante : lorsqu'il y a bal à la campagne, cinq ou six individus s'entendent pour éteindre subitement les lumières. Ils traversent ensuite la salle, un rasoir à la main, et tailladent à droite et à gauche, au hasard. Quand ils ont terminé ce charmant exercice, on rallume, on emporte les blessées, et les danses recommencent. Quelques précautions que prenne la police locale, jamais elle n'a pu empêcher ces monstruosité.

On est stupéfait de constater une telle barbarie dans un pays que compte des personnalités éminentes, telles que le président Nuñez auquel j'eus l'honneur d'être présenté, au mois d'août 1894, à Carthagène.

Une muraille énorme entoure l'ancienne Cartagena de las Indias, muraille percée d'embrasures de canons et de meurtrières.

La ville —une vraie ville avec des rues, des maisons, des jardins à l'européenne — est tout entière symbolisée en un de ses édifices, le palais de la Sainte-Inquisition, monument aux murs épais, aux fenêtres grillées de fer, lourd, imposant avec sa porte surmontée des armes d'Espagne, mais en même temps dénué de son antique épouvante, maintenant que sa façade a été blanchie à la chaux, que ses salles et ses cours s'illuminent de globes électriques. Il m'arriva même d'entendre un piano égrener la gaieté de ses notes en cet antre, qui, jadis, avait retenti des cris désespérés des malheureux soumis à la torture.

Les alentours de la ville sont charmants, tous peuplés de villas enfouies dans la verdure et les fleurs. C'est dans une délicieuse forêt de cocotiers, tout près d'un antique village de pêcheurs, que s'élevait le *Cabrero*, cottage du président Nuñez. Une simple barrière en bois clôturait la propriété du chef de l'État. Tout en cet endroit respirait le calme, la simplicité. La mer n'était jamais agitée, les flots venaient mourir à l'abri de la montagne qui les protégeait contre le vent du large. Resplendissante comme un miroir d'argent, l'eau reflétait la blancheur

des villas, la verdure des cocotiers et des palmiers, tout constellés, pendant la nuit de feux électriques.

Au cours d'une promenade, je rencontrai le président : c'était un homme d'une taille élevée, dont la physionomie énergique se tempérerait d'une immense bonté. Quelques jours après, je fus reçu au Cabrero, et pendant une heure le président me tint sous le charme de sa conversation, à la fois érudite et empreinte de la plus noble philosophie. Après m'avoir entretenu de la Sierra-Nevada et de l'altitude des neiges, M. Nuñez voulut bien me demander des renseignements sur l'antique civilisation des Taïronas. Il me prouva que les plus hautes questions de la géologie lui étaient familières ; il termina en me donnant un témoignage de son amour de la solitude, favorable aux longues méditations. Dès qu'il était venu s'établir un *Cabrero*, toute la population élégante de Carthagène l'avait suivi, et il me disait, non sans mélancolie : « J'ai parfois désire vivre en pleine mer, sur un ponton ».

Sa demeure était d'une simplicité charmante ; à l'entrée, un jeune officier montait la garde. Un escalier conduisait à l'unique étage : d'une galerie à véranda protégée par une tenture bleue et blanche, on entrait dans un salon de dimensions moyennes, meublé à la nord-américaine, avec piano, fauteuils à bascule, et quelques portraits aux murs. L'intérieur, confortable et gai, paraissait plutôt la demeure d'un paisible rentier que celle d'un chef d'État chargé des soucis des affaires publiques. Madame Nuñez, señora Soledad, animait le salon du rayonnement de son intelligence et de sa grâce. Elle était encore jeune et d'une grande beauté.

La bienveillance du président me fut, dans mes voyages en Colombie, d'une réelle utilité.

On ne saurait quitter le nord du Magdalena, et particulièrement la ville de Rio-Hacha, sans dire quelques mots des terribles voisins, les Goagires, qui jadis brûlèrent la cité espagnole. Je devais, plus tard, apprendre à les connaître à fond ; mais dès les premiers jours de mon arrivée à Rio-Hacha, mon attention fut attirée par leur présence. Je n'en dirai, en ce moment, que ce qu'un coup d'œil rapide me révéla. Les Goagires, qui se nomment entre eux *Guayus ou Gouayous*, appellent les Espagnols *Arihounas* et comprennent sous le nom de *Parensis* tous les autres étrangers, quels qu'ils soient. L'analogie de cette dénomination avec le mot *Parisiens*, ne fut pas sans m'intriguer. J'en demandai l'explication, et diverses personnes me donnèrent celle-ci, que je suis loin de prendre sous ma responsabilité.

« Pendant une des guerres qu'ils soutenaient contre les conquérants, les Goagires reçurent l'aide de quelques flibustiers d'origine française. L'expédition heureusement terminée pour eux, ils voulurent connaître le nom de leurs frères d'armes. Ceux-ci déclarèrent Parisiens ; et ce serait devenu le Parensis d'aujourd'hui. »

Si elle n'est pas vraie, cette étymologie offre l'avantage de présenter quelque vraisemblance. Quoi qu'il en soit, tout individu qui n'est ni Espagnol, ni métis, ni nègre, jouit, auprès des Goagires, du titre de Parensis et d'une considération sans limite.

N'ayant d'autre distraction que de contempler les phénomènes de la nature, les Goagires sont d'excellents observateurs. Ils savent très bien, par exemple, que les éclairs n'affectent pas la forme classique en zigzag des foudres de Jupiter ; ils ont fort bien noté que la trace lumineuse suit une courbe assez allongée et composée d'une infinité de petits angles droits qui imitent approximativement des marches d'escalier. Pendant un orage épouvantable qui ébranlai la maison où je m'abritais, l'un d'eux me narra la légende qui, pour eux, explique la forme des éclairs. « Des Indiens, me dit-il, essayent d'escalader le ciel, et la foudre est le bruit des échelles qui se brisent sous leurs pas. »

J'eus beau demander quels étaient ces Indiens et quel était leur but en cette audacieuse aventure ; on ne put me satisfaire. Il est certain, en tout cas, que cette légende est très ancienne. En effet, l'échelle dont se servent actuellement les Goagires consiste en une simple perche taillée, à des distances égales, de coches qui servent d'échelons. La comparaison a dû être inspirée jadis aux Indiens par la vue des escaliers qui conduisaient aux demeures de leurs chefs, aux temples construits sur de petites collines, et dont les vestiges se voient encore dans le pays Taïronas.

Leurs grandes facultés d'observation fait des Goagires de remarquables chercheurs de traces. L'anecdote suivante prouve jusqu'à quel point ils sont habiles en la matière. Deux chevreaux avaient disparu de la cour d'un habitant de Rio-Hacha : un jeune Goagire fut chargé de les retrouver. La disparation remontait à une semaine. Pour sauvegarder son amour-propre en cas d'insuccès, l'Indien commença par émettre l'opinion que les chevreaux avaient

dû être dévorés par des caïmans ; puis, à l'aube, il se mit en campagne, inspecta soigneusement les abords de la maison et, après mille détours ; parvint à distinguer les empreintes laissées sur le sable par des pieds humains voisinant avec des pattes de chevreau. La forme des pieds lui révéla que les traces étaient celle de deux nègres. Il continua son enquête et aboutit où les pattes des chevreaux disparaissaient. C'était près d'un reste de bois brûlé. L'Indien en conclut que les ravisseurs avaient égorgé leur butin et l'avaient fait cuire ; il remua la terre de droite et de gauche et trouva, enfouies, les peaux des chevreaux. Dès lors il triomphait, et il ne lui fallut pas de longues démarches pour découvrir les voleurs, dont il chargea de tirer une vengeance exemplaire.

Ces relations de police ne sont pas les seules qui existent entre les Indiens dont je parle et les civilisés. Les Goagires sont curieux comme des enfants, et ils cherchent à s'introduire dans les maisons des Parensis, non pour voler, mais pour admirer. Je vois encore un groupe d'entre eux qui étaient venus tout près de Rio-Hacha, jusqu'à la porte d'un étranger, et qui regardaient, bouche bée, le modeste mobilier de l'habitation. Ils ne cessaient de s'exclamer : « *Anantchouss ! anantchouss !* Cela est beau ! Que cela est beau ! » L'aventure eut une suite assez romanesque. Une jeune Indienne qui se trouvait parmi les curieux ne parla plus que de « se faire acheter par le Parensis ». Deux fois elle s'échappa du logis maternel et vint, muette d'extase, solliciter l'honneur d'être esclave dans la maison rêvée. Ses compatriotes la suivirent chaque fois à la trace, la retrouvèrent, la fustigèrent, lui coupèrent les cheveux et la suspendirent dans un hamac attaché immédiatement sous les palmes du toit. Rien n'y fit. Un jeune Indien de son village tenta vainement de l'avoir pour

épouse : il s'épuisa sans succès à battre du tambour à la porte de la case où elle était recluse — le tambour remplace, en Goagire, les mandolines d'Andalousie ; — rien n'y fit. Elle s'échappa de nouveau. Cette fois, les Indiens l'attachèrent à la queue d'un cheval indompté !

Tels sont les poétiques voisins de Rio-Hacha. C'est dire qu'en ce pays les sujets d'étude ne manquent pas et que les six ans de mon séjour en Colombie — ou plus exactement dans le seul département du Magdalena, — ont été pour moi féconds en remarques de toute espèce.

*(A suivre.)*

Compte Joseph de Brettes.

**CHEZ LES INDIENS DU NORD DE LA COLOMBIE<sup>1</sup> [8]  
SIX ANS D'EXPLORATIONS<sup>\*</sup>,**

PAR LE COMTE JOSEPH DE BRETTE

II

**La Sierra Nevada de Santa Marta.— Exploration du massif.— Ascension  
de la Nevada. —Indiens Kaggabas, Bintoukouas, Goamacas. — La  
Coca.— Traversée de la Cordillère.**

Le massif de la Sierra Nevada de Santa-Marta (département de Magdalena, république de Colombie) occupe la superficie considérable de 14.089 kilomètres carrés. C'est une sorte d'îlot de montagnes complètement indépendant du système orographique des Andes, dont il n'est séparé que par quelques lieues à peine sur divers points de sa partie orientale. La formation géologique de la Nevada est plus ancienne que celle des Andes.

Dans le centre, le granit et le quartz dominant, dans le Nord-Ouest, le mica schiste. La ligne des hauts sommets s'étend en un demi-cercle dont la concavité est tournée vers le nord : cette bande est aurifère ; pas une rivière qui ne charrie de l'or. Du reste, avant les Espagnols, richesses avaient été exploitées par les Indiens, et, dans leurs sépultures, on trouve des objets d'or massif travaillé dans le pays même.

---

<sup>1</sup> Suite, Voyez p. 61

<sup>\*</sup> Este texto corresponde a la continuación del documento 7.

La plus haute cime s'élève a peu près au milieu de l'arc de cercle que nous venons de décrire. Émergeant au-dessus de sept ou huit pies, il s'élève non pas à 5.187 mètres, comme on l'a dit de tous côtés, en se trompant sur le résultat de mon ascension, mais à 5.887 mètres. Jusqu'ès 1893, il porta le nom de Picacho. Le jour du centenaire de la découverte, le gouvernement colombien lui donna le nom glorieux de Christophe Colomb.

La détermination de son altitude a été le plus beau résultat de mon voyage. Le chiffre le plus approchant de la vérité avait été donné auparavant par M. de Humboldt : se savant avait indiqué une hauteur de 5.833 mètres, inférieure de 1/108 à la réalité. Les diverses régions du massif de la Nevada ont été parcourues, mais rapidement, par Fane, Karsten, Nicholas, Acosta, Tetens, Goenaga, Celedón, Sievers, Simons. Ce dernier, en trois ans, a accompli deux voyages, et, comme je devais le faire après lui, il a abordé par le sud la région des hauts sommets. De ce côté l'inclinaison est trois fois moindre que du côté du nord, et les neiges éternelles ne règnent que sur une hauteur de trois cents mètres ; mais Simons s'est arrêté à cent cinquante mètres du dernier sommet.

Du côté nord, les neiges commencent à partir de 4.000 mètres ; du côté sud, elles ne commencent qu'à 4.800 mètres. En descendant de la région des neiges, on rencontre le lit d'anciens glaciers dont le sable craque sous les pieds du voyageur, puis des terrains rocaillieux, puis des champs de fougères et des arbustes rabougris. La base de la Nevada est entourée d'une bande immense de forêt vierge depuis l'altitude de 1.000 mètres jusqu'au niveau de la mer. Dans un carré de cent mètres de côté pris au hasard dans cette forêt, j'ai relevé

299 arbres de 32 espèces différentes, soit un arbre par carré de six mètres de côté. Le but premier de mon voyage devait être de rechercher des forêts d'arbres à cire. Ces arbres devaient, au dire des Indiens, se trouver entre San-Antonio, au nord, et San- Sébastien, au sud, c'est-à-dire dans la région des hauts sommets. Sur ces hauteurs, il n'y a plus de fièvres, mais la température est très basse ; une humidité pénétrante se transforme à chaque instant en pluie fine, surtout après le coucher du soleil.

Ayant été, de plus, chargé de missions géographiques, je me proposais de profiter de ce voyage pour tenter l'ascension du principal sommet de la sierra. De ce sommet, j'espérais compléter facilement la topographie du grand massif, à peine connu des géographes, en reliant sa triangulation à celle que, trente ans plus tôt, avait établie Codazzi. Le 8 mai 1891, avant de me mettre en route, je crus bon de faire part de mon projet à M. José Laborde, préfet du département de Padilla. Il me répondit, le lendemain, de la façon la plus aimable, en faisant des vœux pour le succès de mon expédition. Je m'adjoignis un journaliste colombien, M. Nuñez, homme intelligent, courageux et bien entraîné, et je le chargeai de la relation anecdotique du voyage. Je me réservais la partie scientifique, observations et calculs. Nous avions à nos ordres un domestique noir nommé Frantz, dont les reparties naïves devaient nous égayer. Des mulets nous servaient de montures. Le 10 mai 1891, à quatre heures du soir, nous mimes en route : le chemin était plat, sans accidents notables ; le terrain stérile, couvert à peine d'une maigre végétation. Brûlés par le soleil, nous traversions des solitudes animées seulement du passage de

quelques bandes de renards. Un seul visage humain se montra, celui d'une Indienne, barbouillée de rouge et montée sur un âne.

A huit heures et demie du soir, nous atteignons Barbacoas, et, assis à même la terre, près d'une cabane en pisé, nous faisons un diner champêtre. Le lendemain à neuf heures, nous atteignons Treinta, où le corregidor Octavio Cotes nous fait un excellent accueil. Une heure après, nous partons pour la Gloria. C'est près du premier passage du rio de Treinta que le terrain se relève, en ondulations de plus en plus marquées, jusqu'aux *comparticiones*, point terminus où les chemins cessent d'être relativement bons.

Le 13, nous avons franchi la sierra de Treinta. Notre passage à Fonseca et à Barrancas nous permit d'admirer l'abondance de leurs bois d'ébénisterie et de construction. A Villanueva, les crêtes neigeuses de la Nevada nous apparurent dans le lointain. Les véritables difficultés de l'ascension commencèrent à Valle de Upar, au pied des premières ondulations du massif central. Là, nous primes à notre service de un péon et deux bœufs, l'un de charge, l'autre de selle. C'est dans cet équipage que nous arrivâmes, le 26 mai, au village indien de San-Sébastien, à 2.012 mètres d'altitude. La civilisation, représentée encore, en cet endroit, par quelques traitants, cessa ensuite complètement, et nous ne rencontrâmes plus que des villages indiens aux noms étranges : Bouzinouch`kouak, Kariouk`ka, Boussink`ky et Dourameynaka, à 3.425 mètres. A San-Sébastien, nous avons renvoyé notre péon et nos bœufs, et pour transporter nos vivres nous avons pris quatre Indiens Arhouaques.

Ce n'avait pas été sans de très vives appréhensions que ces hommes avaient consenti à nous suivre. Selon la coutume de leur pays, ils avaient consulté le *mama* (sorcier), et le *mama* avait répondu que notre entreprise ne pourrait aboutir.

La vallée de San-Sébastien, large d'un kilomètre, longue d'une lieue et demie, donne l'impression d'un calme absolu : très fertile, elle est semée de maisons qui escaladent également la montagne. Dans la partie orientale coule le rio Fundacion. La ville est entourée d'une muraille. Ancienne mission espagnole, San-Sébastien possède un clocher des plus primitifs : un cube de maçonnerie sert de support à deux poutres terminées elles-mêmes par un toit en herbe qui affecte la forme d'un parapluie.

Après deux jours employés à nous procurer des vivres et des porteurs, nous quittons San-Sébastien et nous arrivons à Dourameynaka. A 7 h. 45 du matin, le 29 mai, nous quittons ce refuge, et nous nous engageons parmi d'énormes blocs de granit. A 9 heures, nous atteignons le sommet du cerro Mokon, que domine une pierre levée, monument de la religion indienne.

Au sud-ouest, dans le lointain, nous apercevions le cône parfait du cerro Guirkanou ; à nos pieds mugissait le torrent Marabakajoukoua, ou fuite vers le sud. Enfin apparut à nos regards le sommet radieux de la Nevada, que, depuis Villanueva et Valle de Upar, nous cachait l'échelonnement des montagnes. A midi quatorze, nous atteignons, sur un terrain sablonneux, le rio Mamankana, qui entoure dans les parties est et sud-est, les dernières crêtes. Là s'élève la

dernière des huttes indiennes, le refuge d'Ouraka (3.208 mètres). L'humanité nous quittait, comme nous avait abandonnés la civilisation. Le samedi 30 mai, nous laissons la hutte, notre dernier refuge. Nous suivons le lit d'un ancien glacier. La végétation n'est plus représentée que par des massifs de puña, arbustes de deux de deux mètres de hauteurs, au trône grisâtre, aux feuilles lancéolées d'un vert pâle en dessus, d'un blanc cotonneux en dessous. A 9 heures, nous arrivons à un endroit où le glacier se partage en deux bras ; nous remontons le lit nord. A 9 h. 20, à un coude de sentier, la cime neigeuse de la Nevada nous apparaît de nouveau. Nous côtoyons alors un ravin granitique au fond duquel dorment des lacs aux eaux noirâtres. Quelques condors tournoient au-dessus de nos têtes. Les pieds de puña deviennent de plus en plus rares et rachitiques.

A 4.200 mètres, au pied d'un formidable rempart de roches convulsées dont le granit se craquèle et s'effrite, nous faisons halte. Là devait commencer la partie véritablement pénible de notre ascension. Mes hommes marchaient devant ; moi, je prenais des notes. Tout à coup la tête me tourne, je mets pied à terre je m'assieds ; je suis pris d'une violente hémorragie nasale. Nuñez arrive à mon secours et me frotte les tempes avec de la neige ; les Arhouaques me regardent bouche bée. Je finis par secouer ma torpeur, mais je suis pris brisé et ne puis remonter à dos de mule. Je venais d'être pris du mal des montagnes. Un peu plus tard, ce fut Frantz, puis Nuñez qui en furent atteints. nos pieds enfonçaient dans l'immense coulée sablonneuse ; au-dessus de nos têtes ; des nuages épais lassaient tomber une pluie fine. Tous secoués par la fièvre, nous cherchons un campement ; le vent nous glace et nous oblige à établir un peu

plus loin notre bivouac, à côté d'une grosse pierre, entre deux tiges de punas. Nous étions sur une crête rocheuse (4.208 mètres), d'où nos regards plongeaient sur les eaux noires de deux lacs.

Dimanche 31 mai. — Pendant la nuit, le thermomètre descend à six degrés au-dessous de zéro. A notre réveil, il a remonté de cinq degrés. A six heures un quart, nous nous mettons en route. Nous contourons la crête rocheuse et, à 6 h. 57, nous arrivons au pied de la dernière pente. A 4.800 mètres nous atteignons la limite des neiges éternelles sur le versant méridional de la sierra.

A 11 h. 45, la fatigue nous oblige à une nouvelle halte, je me couche un instant sur la neige. A midi quarante-trois, je me remets en marche ; mais c'est le calvaire ; mes compagnons m'abandonnent : seul l'Indien Norberto consent à me suivre. Du courage ! Nous atteindrons le sommet qu'aucun homme ne foula avant nous. Encore un effort ! De nouveau mes forces me trahissent, et je reste une heure presque sans connaissance. Mes poumons manquent d'air. Il ne me reste plus qu'une quarantaine de mètres à gravir presque verticalement. Je me raidis, et, à 2 h. 25, j'atteins la cime de la sierra ! 5.887 mètres au-dessus du niveau de la mer !

Au nord j'aperçois un amoncellement de montagnes escarpées ; les nuages me dérobent le nord-est et l'est ; dans le Nord-Ouest, aussi loin que ma vue peut s'étendre, j'ai devant moi des névés, des champs de neige, des sommets effrités que couronnent des crêtes à stratification généralement verticale. Je compte quatre-vingt-dix-neuf sommets dont la teinte ferrugineuse m'explique la

couleur noirâtre des lacs. Le sommet de la Nevada est creusé de onze ravins ou gorges profondes ; six lacs lui forment une ceinture ; une chute mugit et bouillonne à ses pieds. Les principaux sommets sont au nombre de dix-huit, il y en a peu de très aigus ; la plupart sont à versant inégaux, l'un en pente relativement douce, l'autre très raide, parfois vertical.

Le chemin qui nous avait conduits nous ramena à San-Sébastien. Là, nous prîmes comme guide un Indien, Hermenegildo, qui nous accompagna à travers la ligne des hauts sommets jusqu'à San-Francisco. Pays étrange, plein de mystère, où le silence est de rigueur. Le voyageur ne doit ni crier, ni chanter, ni faire usage d'une arme à feu : une vibration trop forte détruirait la condensation atmosphérique et provoquerait la pluie. A chaque instant, du reste, des blocs de rochers se détachent et roulent au fond des précipices. Les Espagnols appellent cela des « «volcans » ».

C'est en traversant les villages de Santambouilla, Camitsch'koua, Djounoudjoui, Djuimeïrona, Jossagaka, que je rencontrai les forêts de palmiers à cire, but pratique de mon voyage. Ce sont des arbres sveltes, très hauts, que terminent des grappes de fruits rouges et des bouquets de palmes. Leur écorce distille de la cire qui colore en blanc leur tige. Il suffirait de gratter l'écorce pour obtenir une abondante moisson ; mais la cire est, paraît-il, d'une qualité inférieure.

Le 10 juin, après trois rudes journées de marche, nous atteignîmes San-Francisco ; le 12, nous étions sur le rivage de la mer des Caraïbes, et le

surlendemain nous revoyions Rio-Hacha. Notre voyage avait duré trente-quatre jours. J'avais la satisfaction d'avoir accompli une ascension utile à la science, et j'avais fixé la topographie et l'ethnographie du massif de la Nevada de Santa-Marta.

Trois races d'Indiens montagnards vivent sur la sierra : les Kaggabas, au nord ; les Bintoukouas, au sud ; les Goamacas, à l'est. J'ai rencontré fréquemment des Goamacas au cours de mes voyages, mais n'ayant jamais séjourné chez eux, je m'abstiendrai de les décrire. Je ne m'occuperai que des Bintoukouas, que j'ai rencontrés en allant du sud au nord, depuis les premiers contreforts de la Nevada jusqu'à la ligne des hauts sommets, et qui m'ont fourni des guides à San-Sébastien.

Tandis qu'en général les Arhouaques sont de très petite taille, presque des nains, les Bintoukouas sont presque tous grands. Leur langue diffère aussi, comme vocabulaire et comme syntaxe, de celle des Indiens du Nord. Ce qui caractérise leurs mots, c'est la longueur. A titre de curiosité, en voici quelques-uns : arrêter se dit messassanaouanangouani ; saigner jouametchounaounangouani. Ils chantent en parlant, et c'est parfois assez agréable de les entendre prononcer certains mots, harmonieux sur leurs lèvres : chemin, *ingouna* ; froid, *kinaten* ; racher, *hâmm* ; neige, *djam*.

La femme est chez eux une simple bête de somme condamnée aux durs travaux : la femme mariée est l'esclave de son mari ; la veuve devient l'esclave du village tout entier. N'importe qui peut l'envoyer dans les plantations de coca

ou de canne à sucre. Jamais une femme n'habite avec son mari. Chaque ménage possède deux cases protégées contre les incursions du bétail par une palissade : la femme loge d'un côté, le mari de l'autre. Entre les deux cases se trouve une pierre sur laquelle l'épouse place les objets qu'elle veut faire parvenir à son mari.

Le vêtement de la femme se compose de deux grands rectangles d'étoffe attachés sur chaque épaule au moyen de cordons. Les Indiens prétendent qu'avant la conquête ce costume était également porté par les hommes ; mais après l'arrivée des Espagnols, les hommes se sont vêtus d'une sorte de dalmatique dont les larges manches s'arrêtent aux coudes et dont les pans tombent jusqu'aux genoux. Sous ce vêtement, ils portent un pantalon très large qui dépasse la dalmatique d'un travers de main. Dans le Sud, ces habits sont en laine, dans le Nord en coton. Le costume des Indiens du nord est complété par une ceinture. La coiffure consiste en un bonnet, de coton dans le Nord, de fibres d'agave dans le Sud.

L'accessoire indispensable de la toilette d'un Indien Arhouaque est un sac de coton historié qui se porte en bandoulière. Dans ce sac sont placés le *poporo*, le *nouai*, et les feuilles de coca. La passion des Indiens pour les feuilles de coca ne peut se comparer qu'à celle des fumeurs d'opium. Ils n'entreprennent jamais un voyage, ils ne mettent pas au travail sans une provision de feuilles. Quant au *poporo*, il ne les quitte jamais, on les enterre avec ce précieux ustensile.

La coca est trop connue en France pour qu'il soit nécessaire de la décrire longuement : l'arbrisseau qui la fournit donne trois récoltes par an. Longues de quatre centimètres, larges de trois, les feuilles affectent la forme d'une ellipse, toujours terminée par une petite pointe molle. Ses propriétés furent connues des conquérants espagnols : grâce à elles, il leur fut possible d'endurer la faim, de supporter ou de vaincre le mal des montagnes ; mais ce fut que vers le milieu de ce siècle que les chimistes européens parvinrent à isoler la cocaïne. En ces dernières années, la feuille chère aux Indiens a conquis droit de cité parmi nous.

Les Indiens la recueillent une à une dans les champs qu'ils nomment *janou*, et la mettent dans un vase de terre (*oulourha*) uniquement affecté à cet usage. Ce vase est placé sur un feu très vif, et c'est seulement lorsque la terre atteint le degré de chaleur voulu qu'on jette dans le vase les feuilles de coca. Celles-ci sont remuées au moyen d'un bâton, de telle sorte qu'elles se dessèchent sans brûler. Cette opération se fait avec une grande rapidité. Lorsqu'elle est terminée, les feuilles sont sèches, tout en gardant leur couleur verte. L'Arhouaque passe sa vie à mâcher ces feuilles ; à chaque instant on le voit en prendre une poignée, dans une de ses *gamas*. Lorsque sa chique est bien imbibée, de salive, il la frotte d'un peu de chaux qu'il prend au moyen d'un bâtonnet dans une courge appelée *poporo*. La chaux en question provient de coquillages marins calcinés. L'Indien mouille de salive l'extrémité de son bâtonnet pour prendre de la chaux. Lorsque la chique est suffisamment saupoudrée, il a soin d'essuyer le bâtonnet sur le col de la courge. Une stratification (*kalamoutsa*) se forme à la longue au bord de l'ouverture du

*poporo*. L'Indien met sa fierté à posséder une kalamoutsa régulièrement stratifiée. Il repose ensuite sa baquette dans la courge, et cache le tout dans son sac de coton, sans se préoccuper des réactions chimiques dont il vient d'être l'inconscient auteur. Il est certain que l'acide de la plante se combine à la chaux, et que la cocaïne, l'alcaloïde actif est libre. L'usage du *poporo* fait, en quelque sorte, partie de la religion Arhouaque.

Un second instrument inséparable de l'Arhouaque et qu'on pourrait appeler « machine à saluer » consiste en deux petites courges entrant l'une dans l'autre, de manière que l'une serve à l'autre de couvercle et la ferme hermétiquement. Cet étui, qui se nomme *noaï* ou *nouaï*, contient une sorte de miel à base de nicotine. Lorsque deux Indiens se rencontrent, ils se racontent d'abord toutes les nouvelles vraies ou fausses qu'ils savent ou qu'ils ont rêvées, car ce sont gents de grande imagination et très bavards. Pour qui ne les connaît pas ils semblent taciturnes ; mais entre eux, ils ne cessent de raconter ; le moindre incident leur fournit un thème à de très longs développements, et à défaut d'événements, ils narrent, avec une surabondance de détails, ce qu'ils ont pensé la nuit. C'est pendant cette conversation que se fait le salut : il consiste dans les cérémonies suivantes : les deux interlocuteurs prennent chacun le *nouaï* de l'autre, l'ouvrent et font semblant de prendre un peu de pâte avec le bout du doigt. C'est surtout après cet échange de civilités qu'ils se racontent les nouvelles.

Dans le Sud, ils ont toujours en main un bâton ; dans le Nord, jamais ils ne portent cet accessoire. Nulle part ils ne sont armés. Leurs défauts sont les

défauts des faibles : l'hypocrisie, la lâcheté, le mensonge. Pendant mon séjour à San-Sébastien je fus témoin de quelques scènes qui m'éclairèrent sur la psychologie de Bintoukuas. Voici une scène d'enterrement qui me révéla leur indifférence devant la mort. Un jeune homme d'une vingtaine d'années était malade, et devant lui on s'entretenait de sa fin prochaine. Lorsque ses gémissements eurent cessé, lorsque sa mort fut certaine, on le roula dans plusieurs vêtements, on fit de son cadavre une sorte de paquet qui fut ficelé et suspendu transversalement à une longue perche. Des gens se mirent en devoir de gratter la terre avec des morceaux de bois. Pendant ces funèbres préparatifs, seule la mère du défunt pleurait, la tête dans ses mains. Le père, abominablement ivre, causait avec une amie.

Les voisins s'entretenaient de choses et autres. Au-dessus de la fosse, enfin creusée, la perche fut apportée : on détacha la corde, et le cadavre tomba au fond du trou, et chacun de ramener la terre avec le pied. Le mama, les bras croisés, en une attitude indifférente, dominait la scène. Les sépultures se trouvent presque toujours sur le bord des rivières. Elles sont souvent marquées par des amas de pierres dont peuvent servir d'exemples ceux que j'ai vus le long du rio Boukouja, lors de mon ascension de la Sierra Nevada.

Témoin de la douleur des Bintoukouas, je l'ai été aussi de leurs plaisirs. Leur danse consiste en une simple ronde : hommes et femmes se tiennent par la main et vont alternativement de droite à gauche et de gauche à droite en frappant du pied la terre et en balançant leurs bras en cadence. L'orchestre se compose de trois instruments : la flûte femelle percée de cinq trous, la flûte

mâle à un seul trou, et la *maraka*, noix de coco ou calebasse munie d'un manche et remplie au quart de petites pierres.

La toilette des femmes bintoukouas est rudimentaire : ni coiffures, ni chaussures ; elles s'emmailotent littéralement dans le coton et l'attachent avec une telle solidité qu'il épouse —surtout lorsqu'il est mouillé— la forme du corps. On dirait un maillot. La démarche se trouve gênée, les mouvements prennent une allure des plus disgracieuses. Les effets de plastique auxquels on pourrait s'attendre en Europe font totalement défaut : les femmes bintoukouas ont les jambes maigres et le bassin très peu développé.

Lorsque la femme est devenue mère, elle porte son enfant derrière le dos dans une sorte de sac de forme particulière qui rappelle une chaise, et dont l'anse ou bretelle se porte sur le front. Un lambeau d'étoffe retient la tête de l'enfant et l'empêche de retomber en arrière. Ce sac-chaise est appelé *boussaah*. Chargées, outre le *boussaah*, de deux ou trois *gamas* ou petits remplis de vivres et d'effets, les femmes gravissent les sommets en apparence les plus inaccessibles, côtoient les précipices, passent des cours d'eau souvent très profonds, tout cela avec une agilité, une aisance stupéfiantes.

Rien n'est plus intéressant que de mettre en parallèle l'Indien Arhouaque avec son voisin du Magdalena, le Goagire. Ce dernier, drapé à la légère dans des mantes de couleur tissées par ses femmes, orne sa tête et sa poitrine des plumes le plus brillantes et de colliers de dents de caïman ; il vit dans la plaine, au milieu de ses troupeaux et de ses esclaves. Il est vraiment beau, redoutable,

lorsqu'il s'élance sur son cheval de course, les cheveux au vent, la main pleine de flèches empoisonnées. Tout autre est l'Arhouaque : vêtu lourdement, d'un costume sombre, il est sédentaire dans ses montagnes, paresseux, soumis jusqu'à la bassesse ; jamais il ne fait la guerre, jamais il ne touche une arme ; le symbole de son caractère est le poporo. Le Goagire, brave belliqueux, est hospitalier. L'Arhouaque, lâche, n'aime pas recevoir ; mais il tremble devant le carquois et l'arc de son voisin. De son côté, le Goagire, superstitieux, craint toujours que quelque crapaud ne sorte de la *muchila* de L'Arhouaque et en vienne se loger dans ses entrailles. De là vient que l'un et l'autre se traitent avec une certaine affabilité ; ils se parlent en un mauvais espagnol accompagné d'une mimique souvent très réjouissante. La vie sociale est peu développée chez les Bintoukouas ; quand ils ont à traiter d'affaires graves qui concernent tout un village, ils se réunissent dans la case d'un notable, des braseros sont allumés, et immédiatement au-dessus on suspend des hamacs en fibres d'agave. Les indiens se tiennent dans ce hamacs pendant de longues heures, parlant chacun à leur tour, mâchant des feuilles de coca.

Ce n'est pas toujours dans la case d'un notable que se tiennent les palabres ; c'est aussi, et très souvent, chez le *mama* ou sorcier. Le *mama* est, en effet, pour eux, l'homme indispensable, le maître de la vie et de la mort, à la fois médecin et prêtre.

Comme médecin, il a des recettes vraiment peu compliquées. Lui amène-t-on un malade, il se contente de lui donner des feuilles de maïs dans lesquelles il a préalablement enroulé de petites pierres. Quant à la préparation de ces petites

pierres, elle est très simple : le *mama* les a tenues quelque temps dans sa bouche ! s'agit-il de prédire les événements futurs, il fait apporter unealebasse pleine d'eau, la place sur un support formé de trois pierres, et laisse tomber dans l'eau de petites pierres ou des quartzites. Suivant le plus ou moins grand nombre de bulles d'air qui montent, la réponse est affirmative ou négative, le *mama*, qui peut guérir, peut aussi envoyer des maladies à ses ennemis : il peut — ou du moins il s'en vante — leur faire entrer dans le corps des crapauds, des grenouilles, des lézards, des araignées. C'est même ce qui rend les Goagires respectueux de leurs faibles voisins.

Comme prêtre, le *mama* baptise les enfants, avec des cérémonies bien antérieures à l'arrivée des Espagnols. C'est, du reste, une opération assez longue. Le prêtre commence par jeûner, ensuite il amène l'enfant sur le bord d'une rivière et lui met sur la langue une parcelle des mets qu'il pourra manger plus tard. La cérémonie se répète cinq ou six jours de suite. C'est également comme prêtres, que les *mamas* assistent aux mariages et aux enterrements.

Le mariage, qui dans presque tous les pays est accompagné de cérémonies et de réjouissances, ne donne lieu ici à rien de semblable ; le *mama* se contente de faire comparaître devant lui les futurs époux et de leur adresser un discours plein de sages recommandations ; on ne peut pousser plus loin la simplicité.

Les hommes passent leur temps libre en commun, dans des cases plus grandes, lieux de réunion appelés *nuchéis*, que le voyageur reconnaît facilement à la décoration qui orne leur sommet. Tandis que les autres

habitations qui sortent de l'extrémité de la toiture, la pointe des *nuchéis* est, en outre, couronnée d'une douzaine de bâtons réunis par des lianes.

Les cases ordinaires n'ont jamais qu'une seule pièce ; si la maison est carrée, deux trous, pratiqués des deux côtés du toit, donnent passage à la fumée ; si la case est ronde, la fumée filtre simplement à travers la paille de la toiture, toujours élevée, dans ce cas, de sept ou huit mètres. Le feu est allumé sur le sol, en n'importe quel endroit de la maison.

C'est dans une de ces primitives habitations que le grand géographe Élisée Reclus avait habité à San-Antonio, et ce ne fut pas une des moindres émotions de mon voyage de retrouver vivant dans le pays le souvenir de son séjour.

Il est certain, du reste, qu'avant les Bintoukouas, des peuples plus forts avaient vécu dans la région qu'ils occupent actuellement. Leur civilisation a péri, mais il reste de leur existence des traces certaines, telles que les pierres levées du sommet du mont Djounoud'jouï et les assises circulaires qui subsistent au bord du rio Boukouja.

Un vapeur me ramena de Rio-Hacha à Savanilla, puis en France, où je restai seulement vingt-sept jours. En octobre 1891 je me trouvais de nouveau à Rio-hacha. De cette ville je me rendis à Sainte-Marthe, avec l'intention de me mettre à la disposition du gouverneur, Don Ramon Goenaga, actuellement consul général à Londres, après avoir été successivement consul à Curaçao, Saint-Nazaire et Southampton. Le gouverneur me nomma chef de la commission

d'exploration géographique du Magdalena. Je m'engageai à parcourir le département sur les points suivants : je devais visiter le territoire indien Arhouaque, et étudier la possibilité d'une voie ferrée, de Rio-Hacha jusqu'à Tamalameque, sur les bords du rio Magdalena, en laissant la Sierra Nevada à l'ouest et en côtoyant, à l'est les Andes Colombiano-Vénézuéliennes. Je devais franchir les Andes, redescendre les rivières Zulia et Catatumbo, qui se jettent dans le lac de Maracaïbo, et de la gagner Rio-Hacha en traversant la partie sud-ouest de la Goagire.

Ce voyage devait avoir une préface : il me fallait, en quittant Sainte-Marthe, franchir les contreforts occidentaux de la Sierra Nevada et la ligne des hauts sommets, tomber sur le rivage de la mer en un point appelé Palomino, et arriver à Rio-Hacha. Mais un accident arrivé, à mes bagages me fit renoncer à cette route, et je m'embarquai simplement sur la première goélette en partance pour Rio-Hacha.

Le 11 avril 1892, je quittai Rio-Hacha en compagnie d'un péon noir, Rafael Ximenes, ancien courrier de la poste. J'avais pu me procurer un cheval de cette excellente race goagire qui participe de l'andalou par la beauté de ses formes et de l'arabe par sa résistance à la fatigue.

La route que nous suivons s'enfonçait à travers la Goagire, pays où les civilisés ne jouissent jamais d'une entière sécurité.

La contrée que je traversais ne m'était pas inconnue : je l'avais déjà visitée en 1891, lors de mon ascension de la Sierra Nevada. Entre les dernières ondulations des Andes à ma gauche et les extrêmes contreforts de la Nevada à ma droite, le sol était ferrugineux, couvert d'une végétation rabougrie ; puis la vallée s'élargissait, révélant de riches plaines où la végétation tropicale s'épanouissait dans toute sa splendeur.

La population se compose d'Espagnols, descendants des premiers colons, et des fils des nègres africains amenés par les conquistadores. Il y a aussi des métis d'Espagnols, d'Espagnols, de nègres et d'indiens se mélangent peu aux autres races. L'existence de ces peuples est paisible, consacrée à l'agriculture et à l'élevage ; mais le manque de perfectionnements agricoles et de voies de communication empêche ce magnifique pays de produire de qu'on serait en droit d'espérer de sa fécondité. Je passai à Barrancas, Fonseca, San-Juan. Le 18 avril je trouvai à Villanueva le fils d'un charpentier français, M. Dangon, corregidor de l'endroit, homme d'une aménité parfaite.

Je passai les journées du 21 et du 22 à Valle de Upar, où le préfet, M. Bernardo Araujo, me fit le meilleur accueil. La ville, qui porte actuellement le nom du cacique Upar, s'appelait primitivement Ciudad de los Reyes (cité des Rois), à cause sans doute d'un panneau sculpté représentant les Rois mages, qui se voit encore dans la cathédrale. Une autre église, celle de San-Francisco, presque abandonnée aujourd'hui, possède des bénitiers en bronze ornés de ciselures d'un beau travail. J'arrivai enfin à Diégopata, sur le territoire des Motilones, que je parcourus sur une étendue de 111 kilomètres.

Jusqu'en 183, les Motilones apportaient aux civilisés des plantes médicinales qu'ils récoltaient sur leurs montagnes. Un jour, leur cacique vint trouver un habitant d'Espiritu-Santo et lui confia sa fille, qu'il voulait faire élever comme une jeune personne civilisée. Le civilisé accepta ; mais bientôt il eut lieu de s'en repentir : son fils séduisit sa pensionnaire. Le cacique exigea le mariage, et se heurta à un refus. Il retourna à sa montagne et se tint sur le pied de guerre. Pour conjurer le danger qui les menaçait, les civilisés eurent alors recours à une ruse : ils proposèrent aux Indiens de réparer leur précédente injustice. Les Indiens jurèrent de leur côté d'oublier leur rancune, et des deux côtés on convint de célébrer dans un banquet la réconciliation. Les civilisés firent couler à flots le rhum. Lorsque les Indiens se furent enivrés, ils les massacrèrent.

A partir de cette époque (1840), les Motilones vouèrent une haine farouche aux civilisés et ne quittèrent plus les montagnes, laissant la plaine à leurs ennemis. Tapis dans les fourrés, ils épient le passant solitaire et le tuent à coups de flèches ; ils volent le bétail des ranchos et coupent les jarrets des bœufs qu'ils ne peuvent emmener. Ils tiennent dans un perpétuel état de siège les quatre ou cinq villages disséminés sur leur territoire.

Espiritu-Santo a pris dernièrement le nom du célèbre géographe italien Codazzi, qui vint y mourir des fièvres paludéennes. De Codazzi, j'allai à Casacava, village situé au milieu de fourrés, véritables îlots de verdure perdus dans la savane. Puis vinrent Hatillo et Becerril, dans une riante plaine toute parsemée de palmiers.

A Becerril on me présenta une jeune fille motilone que le hasard des combats avait réduite en captivité ; elle était au service d'une des autorités de l'endroit. Elle accepta de se laisser photographier dans un bois de palmiers. Le mot « accepter » n'est, du reste qu'une manière très imparfaite d'exprimer sa soumission : elle croyait, en réalité, que sa dernière heure était venue, mais telle et l'impassibilité de ces êtres primitifs en face de la mort qu'elle ne broncha pas devant le terrible appareil, pas plus qu'elle ne manifesta de joie de se trouver ensuite vivante. Quelques menus cadeaux, une boussole cassée et un mouchoir rouge furent la récompense de son courage et de sa bonne volonté.

Les Motilones diffèrent complètement des Goagires : ils ont la peau couleur de feuille sèche, et s'enduisent le visage d'une épaisse couche de peinture rouge qui les défigure. Leurs cheveux sont généralement coupés court, et ils portent une barbiche, mais peu fournie. Le 26 avril, je me dirigeai sur Chiriguaná. Les environs de cette ville sont charmants ; à deux lieues à l'est, les Andes, d'un bleu de cobalt clair. Ferment l'horizon ; de tous les autres côtés se déroule la savane à l'herbe courte, parsemée de bouquets d'arbres, en général peu élevés, et de palmiers corruas. Cette plaine est généralement couverte de monticules de terre qui varient entre un mètre cinquante et trois mètres de hauteur : ce sont des fourmilières (*comejenes*, ou nids de fourmis). Leurs contours affectent parfois des formes très tourmentées.

La petite ville de Chiriguaná, qui doit également son nom à un ancien cacique, est peuplée d'Espagnols et de noirs descendants d'esclaves africains. Elle est

le centre de l'industrie des *esteras* (nattes) et des chapeaux dits de panama (*palmita et Jipijapa*).

La palme qui sert à fabriquer les nattes ne dépasse pas cinq mètres. L'ouvrier commence par couper l'enveloppe de la tige qui a poussé l'année même, enlève soigneusement les petites épines qui hérissent les feuilles ; il détache également les fibres de l'enveloppe et les réduit en lanières qu'il fait sécher au soleil. Les lanières perdent alors leur couleur verte et deviennent blanches. Pour les teindre en noir, il suffit de les laisser deux ou trois jours dans la boue du pays, de les laver, et de les faire bouillir dans une olla avec des feuilles de bija. Si l'on emploie seule la bija comme teinture, elle donne la couleur rose. Le bleu s'obtient avec le fruit vert de la jagua, pilé. Pour le jaune d'or, on fait bouillir les fibres avec les racines pilées de la batatilla. Les chapeaux de palmita. Les chapeaux de palmita sont fabriqués avec l'enveloppe du jone *cana brava* : la partie intérieure de ce jone divisée donne une sorte de paille qui se tresse, et qui blanchit au soleil. Les chapeaux de Jipijapa sont les plus fins. Pour les fabriquer, on enlève la partie verte de l'enveloppe de la iraca (sorte de palme qui ne dépasse pas deux mètres), on choisit la partie blanche, qui se cuit dans l'eau et le jus de citron.

L'examen de l'itinéraire que j'avais suivi depuis Rio-Hacha me démontra que rien ne s'opposait à la construction d'une voie ferrée. La conformation physique du sol se prête admirablement, au contraire, à l'établissement de la grande ligne qui développerait les innombrables richesses dont cette région est abondamment dotée.

Le 7 mai, malgré le désir de mes hôtes de me faire passer par le lac Zapatosa, je m'engageai dans la forêt. Il était évident qu'un chemin de fer était possible dans la région, mais plus à l'est ; le pays boisé que nous traversions était complètement inondé.

Un ou deux d'eau avaient fait disparaître tous les entiers. Mon péon ouvrait la marche en consultant les marques gravées sur les arbres. A chaque instant, il fallait se baisser pour éviter d'avoir la figure cinglée par les branches, et, pour ne pas avoir les pieds dans l'eau, relever les jambes sur la croupe de nos chevaux. La forêt cessa enfin, pour faire place à une savane parsemée de palmiers corruas et d'arbres peralejos.

A une heure et demie de l'après-midi, j'atteignis Tamalameque, un des plus jolis villages du Magdalena, riant comme le Sud-Algérien, avec ses palmiers corruas et ses chingalès. Et quelle bonne réception ! L'alcade, M. Pantoja, me fit conduire à l'école, alors déserte. Je m'installai parmi les bancs et les pupitres.

Le 10 mai, repris mon chemin, dans un terrain bas et inondé, à travers une interminable forêt à laquelle faisaient suite des terres ferrugineuses et une immense savane, à deux lieues à l'est de la chaîne des Andes. J'arrivai ainsi à Simana, où le secrétaire de l'alcade me conduisit à la maison du gouvernement.

La suite de mon voyage devait me mener à Aguachica ; le chemin était terrible, défiant toute description. A un certain moment, les marques elles-mêmes manquèrent sur les arbres de la forêt inondée, et, sans notre boussole, nous étions égarés. Nous finîmes cependant par atteindre une clairière où vivait, comme dans un îlot, toute une famille.

Nous sortîmes enfin de la forêt de Norian, que traversait autrefois un chemin, abandonné depuis une vingtaine d'années. Ensuite commencèrent les premières ondulations des Andes. Bientôt, du sommet d'un promontoire, notre vue s'étendit sur la Cordillère et ses pics innombrables, tandis que du côté opposé la Magdalena déroulait les rubans argentés de ses méandres. Après de fatigantes alternatives de montées et de descentes, nous arrivâmes à Aguachica.

Le 13 mai, je commençai la traversée des Andes ; c'était la première fois, depuis Rio-Hacha, que je quittais la direction du sud pour aller à l'est. Au sierra, d'abord en pente douce, se rapproche très vite de la verticale.

Sur la route, on rencontre Santa-Rita, San-Pablo (où se trouve une mine d'or d'alluvion), le petit village de Santo-Domingo, et enfin los Saïnos (les Porcs), où je m'arrêtai sur un promontoire entouré de montagnes.

Le 14, à onze heures, nous avons atteint le sommet du mont Corredor. De là, le panorama était grandiose, sur un océan de montagnes bleues. Les flancs des hauteurs les moins abruptes étaient plantés de caféiers.

A midi, nous étions à Brotaré, sur une croupe qui portait le village de San-Antonio. Là, je mis en pension mon cheval et mon mulet, fatigués tous les deux, le mulet surtout.

Le 19, j'avais repris ma course à travers les Andes, et j'arrivais à Rio de Oro. Le lendemain, la pluie nous obligea à chercher abri dans un rancho : parmi les personnes qui s'étaient réfugiées en cet endroit, pendant que je m'y trouvais, se rencontra M. Risso, pour lequel j'avais une lettre de recommandation. Cette lettre m'introduisit à Ocaña, joli centre de population où les Allemands sont en très grand nombre. La ville est très propre, charmante.

Le 31 mai, départ de San-Pedro et traversée de la rivière Sardinata ; puis passage en un défilé que sa disposition dangereuse a fait appeler « sépulture ». Le 1<sup>er</sup> juin, j'atteignis la ville de Salazar située dans une plaine, au delà des dernies contreforts des Andes. La traversée de la Cordillère avait duré vingt jours. Aussitôt descendu à l'hôtel, le télégraphe m'apprit que, le lendemain, partait de Bonaventura, sur le fleuve Zulia, un paquebot à destination de Maracaibo.

Comte Joseph de Brettes.

*(A suivre).*

**CHEZ LES INDIENS DU NORD DE LA COLOMBIE<sup>1</sup> [9]  
SIX ANS D'EXPLORATIONS\*,**

PAR LE COMTE JOSEPH DE BRETTE

III

**Cúcuta.— Maracaibo.— Le village de Taminakka.— Dans la forêt.—  
Arrivée à Rio-Frio.— Mœurs et coutumes des Goagires.**

La mission du gouvernement colombien me faisait un devoir de regagner Santa-Marta— mon point de départ — en traversant le lac de Maracaibo, le pays des Goagires et la ligne des hauts sommets de la Nevada. Mon plan fut vite dressé : de Salazar, où je me trouvais, je me rendrais sans retard, à dos de mule, à Cúcuta, d'où le chemin de fer me mènerait à Bonaventura. Mais ce plan si simple se trouva impraticable. Lorsque je parlai de Cúcuta, on me regarda avec terreur : Cúcuta, c'était le foyer de la fièvre jaune, depuis qu'un tremblement de terre avait changé le sol et le climat de cette ville. Le fils de Moncada me déclara net qu'il n'irait pas, et il retourna effectivement à San-Pedro. Tous les gens que je voulus intéresser à mon voyage levèrent les bras au ciel : ni pour argent, ni pour or, ils ne voulaient mettre le pied dans une ville où l'air était empesté.

Triste, je pris le parti d'attendre une occasion et je me promenai par les rues. Mon attention fut bientôt attirée par les sons d'une guitare accompagnant la

---

<sup>1</sup> Suite, Voyez p. 61 et 73.

\* Este texto corresponde a la continuación del documento 8.

voix d'un chanteur. Je m'approchai. Le chanteur était un homme habitué à se contenter de peu : sa veste était confectionnée d'un morceau d'étoffe qui lui plaquait dans le milieu du dos la marque de fabrique de la pièce : un soleil et ses rayons. De l'air détaché d'un Diogène, il gémissait cette ironique plainte :

*Gracias a Dios que tengo dos camisas que lavar,  
La una que me ofrecieron y la otra que me van a dar.*

« Grâce à Dieux chemises à laver — L'une qu'on m'a promise — L'autre qu'on va me donner. » Un homme qui tournait ainsi en moquerie son propre dénuement devait être prêt à tout ; je l'abordai. — « D'où viennent, lui demandai-je, les chants que vous dites si bien sur la guitare ? — De Cúcuta, répondit-il. — De Cúcuta ? Vous ne craignez donc pas la fièvre jaune ? — Je suis de Cúcuta, répliqua-t-il ; mais moi je ne crains rien. »

Nos conventions furent bientôt faites, et nous mêmes en route à la minute. La nuit nous obligea de nous arrêter à La Tinta (L'Encre).

Le 3 juin, à quatre du matin, nous fîmes de nouveau diligence, mais la distance était trop grande, et lorsqu'à deux heures de l'après-midi nous atteignîmes Cúcuta, il était inutile de continuer le voyage : le bateau de Bonaventura était parti. Cúcuta regorgeait alors d'officiers, la Colombie, étant en guerre avec le Venezuela. La ville possédait un théâtre, une piazza, et le préfet m'invitait à

une course de taureaux. Je me décidai à rester. El docteur Sojo, qui avait fait ses études de médecine à Paris. Voulut d'abord m'en détourner, mais lorsqu'il eut appris que j'avais déjà eu les fièvres, il fut le premier à me prédire que je serais cette fois indemne. Il existe pour la fièvre jaune une vaccine peu agréable, mais infaillible, dit-on : il suffirait, aux Européens qui viennent s'établir à Cúcuta de passer par Maracaibo, où la fièvre est bénigne. Le séjour de Cúcuta n'offrirait plus pour eux de danger. J'avais été malade, je ne pouvais plus l'être. Mon séjour à Cúcuta fut un repos.

Le 8 juin, j'arrivai par le chemin de fer à Bonaventura, où je m'embarquai sur le vapeur *Colombia* jusqu'en un point appelé Encontrados, au confluent du Zulia et du Catatumbo. Là je montai à bord du vapeur *Progreso* qui, le 11 juin, me conduisit à Maracaibo.

Le docteur Sojo, qui faisait le voyage avec moi, me soigna : j'avais le typhus. Un incident grotesque se produisit à l'hôtel où j'étais descendu. Pendant que je claquais des dents, un officier vénézuélien pénétra dans ma chambre et me demanda, sans autre explication, où j'avais caché le général... croyant à une mauvaise plaisanterie, je priai le militaire de ne pas troubler mon repos. Il me raconta alors qu'un général du parti. Contraire s'était réfugié dans l'hôtel. Je le laissai inspecter mes meubles, sans résultat du reste. Mais peu après on vint m'annoncer que le général venait d'être découvert dans la cuisine et emmené en prison avec la cuisinière, coupable de l'avoir dérobé aux recherches !

Le 21 juin, je m'embarquai sur une goélette, à destination de Sinamaica, et le lendemain je louai des mules qui me menèrent à Las Guardias, sur la frontière du territoire goagire. Un général vénézuélien qui commandait ce poste me vendit un cheval et m'accompagna jusqu'à Paraguaipoa. Là, il me remit aux mains d'un homme de confiance qui me conduisit jusqu'à un endroit dont je connaissais déjà les habitants. Il y avait cent vingt-six jours que j'étais en voyage ; les fièvres et la fatigue avaient anéanti mes forces : de quart d'heure en quart d'heure, j'étais obligé de descendre de chevalet et de m'étendre à même la terre. C'est ainsi que j'atteignis le village de Kasouto. Les Indiens, me voyant miné par la maladie, me volèrent mon cheval pendant la nuit. Sans me décourager, j'envoyai mon péon prévenir mes amis les Indiens du Nord et en particulier un médecin indigène qui se hâta d'accourir avec des hommes. Le médecin trouva sans beaucoup de peine le cheval et le voleur, et je lui en fus reconnaissant, mais lorsqu'il prétendit me guérir, je dus presque me fâcher.

Je partis seul avec un jeune Indien pour traverser le territoire des Apchanas. Cette tribu était alors en mauvais termes avec mes amis les Oulianas. A la nuit tombante, j'atteignis un de leurs villages nommé Paoutâgn. Je me présentai hardiment, croyant n'être pas connu. Mais il se trouva que deux femmes de Rio-hacha, venues en cet endroit vendre des colliers de corail, me désignèrent comme un ami des Oulianas, et à mon réveil je vis autour du rancho où j'avais gréé mon hamac une foule hostile. Tant que je restais dans l'habitation, j'étais l'imprudence de mettre le pied dehors, j'étais destiné à être percé de flèches. Une ruse me sauva. Je sortis, les mains pleines de *quartillos* que je distribuai aux femmes et aux enfants. De tous côtés on chantait mes louanges. Les

hommes, interdits, se consultèrent. Pendant qu'ils délibéraient, j'enfourchai mon cheval et je disparus. J'appris, quelques jours après, qu'ils s'étaient rejetés les uns sur les autres la responsabilité de ma fuite, qu'ils s'étaient battus, et que six morts avaient jonché le sol. Je venais en quelques-jours de traverser la base de la péninsule goagire que mes itinéraires ultérieurs devaient sillonner en tous sens. Mais avant de décrire les mœurs de ses habitants, il me fallait mener à bonne fin ma mission présente. La dernière partie de mon voyage, non la plus dangereuse, mais la plus pénible peut-être à cause de l'humidité persistante des forêts et des brouillards glacés des montagnes, consistait à aller de Rio-Hacha à Palomino en côtoyant la mer, puis à Rio-Frio, en traversant la ligne des hauts sommets de la Sierra Nevada de Santa-Marta.

La Sierra Nevada, qui s'élève, ainsi que nous l'avons dit, des rivages de la mer Caraïbe jusqu'à l'altitude de 5.887 mètres et occupe un million d'hectares, est habitée par les Arhouaques. Ce n'est pas le moment de décrire les quatre tribus dont se compose ce peuple et qui parlent chacune une langue différente ; nous n'avons en vue que le voyage lui-même.

15 août, je quittai Rio-Hacha, et, le soir même, je couchai au village de Dibulla, qui jadis, sous le nom de San-Sébastien de la Ramada, fut une ville des plus opulentes, grâce au voisinage des mines d'or des Taironas. De Dibulla, j'emmenai quelques pèones, et je côtoyai le rio Palomino, en le remontant. Ce rio doit son nom au conquistador Palomino, qui, en 1527, s'y noya, alors qu'il tentait de s'emparer des trésors de Pocigüena, capitale des Taironas. Ma

marche se trouvait retardée par le passage de neuf rios qu`avaient grossis les orages.

Je m`engageai cependant dans la forêt par un pica, trouée qui conduisait jusqu`au village indien de Taminakka. Nous avons dû abandonner nos bêtes de somme, pour lesquelles les pentes abruptes étaient impraticables, et nous allions à pied. En arrivant sur les bords de la rivière Kaoutcheiji, une blessure que je m`étais faite au pied m`empêcha d`aller plus loin. Que faire ? J`envoyai en avant, à Taminakka, le métis Cecilio, un de mes compagnons, pour essayer de décider les habitants de ce village à m`amener un bœuf de selle. Taminakka avait alors pour chef un certain Noivita, dont l`histoire tient du roman. Le gouvernement colombien avait, il y a quelques années, pris dans chacune des tribus du Magdalena deux ou trois jeunes Indiens que leur intelligence désignait comme susceptibles d`éducation, et les avait fait élever à Santa- Marta. Noivita avait été un de ces élus : il était resté dans la ville jusqu`à l`âge de seize ans. Mais le long séjour qu`il avait fait dans un milieu civilisé avait coupé ses cheveux, et, chose plus grave encore, il avait presque oublié sa langue maternelle.

Avant d`oser paraître en public, il lui fallut réapprendre l`Arhouaque et laisser pousser ses cheveux. Sa supériorité intellectuelle avait éclaté alors : seul de tout le village il savait lire ! Cette particularité, connue de moi, me permit de lui envoyer un écrit dans lequel je lui demandais un bœuf, des vivres et quatre hommes.

— Le péon noir qui seul restait à me tenir compagnie me construisit un toit de palmes soutenu par quatre piquets ; il étendit sur le sol un lit de feuilles, et je crus pouvoir me reposer. Mais il fallut bientôt y renoncer : les moustiques ne me laissaient pas un instant de répit, et, pour comble de malheur, les trois allumettes que je possédais se refusèrent à s'enflammer. Impossible d'avoir un brasier, de la fumée qui éloignerait les redoutables insectes. Une soif ardente me dévorait ; ma seule ressource fut de me traîner jusqu'au bord de la rivière.

19 août. — Je n'avais pas mangé depuis la veille au matin et j'étais moi-même la pâture des moustiques serrés principalement autour de mon cou. Malgré la chaleur, je finis par rouler autour de moi une couverture de laine. Quelle position pour un homme qui, le 1<sup>er</sup> septembre, devait arriver au terme de son voyage, qui était attendu par les autorités !

A midi et demi, je me décide à me séparer de mon compagnon et l'envoie vers la côte chercher des vivres. Dans la soirée, il m'envoie un autre noir, Augustin Peralto, manchot et lépreux. Pour me rassurer sans doute, moi qui venais de passer seul une demi-journée, lépreux m'annonce qu'il a relevé tout le long du chemin des traces de jaguar. Heureusement, s'il apporte de mauvaises nouvelles, il a eu soin de se munir de quelques provisions : il a des allumettes et fait un grand sur lequel des feuilles et des herbes se dessèchent en produisant des nuages de fumée. Nous voilà à demi asphyxiés ; mais tout plutôt que d'être encore dévorés par les moustiques ! Le lépreux apporte aussi des cigares du pays, et des bananes que nous faisons cuire. Il m'est possible de manger, enfin ! La nuit est marquée par un orage épouvantable. Entre les

éclairs, des lueurs persistantes attirent mes regards : ce sont, paraît-il, des phosphorescences émanées de la décomposition de certains arbres.

20 août. — Cette fois, c'est bien la famine, les bananes sont épuisées, et, je m'en trouve bien. Se trouver bien est une manière de parler pour un homme qui manque de tout. La position était critique. Tout, à coup, le lépreux se lève et, comme s'il eût été inspiré, prononce : « Des voyageurs vont venir ». Je lui demande d'où lui vient cette assurance. Il me fait signe d'écouter le chant d'un oiseau caché dans la ramure d'un dont vingt bras n'eussent pas suffi à entourer la base. J'écoutai : l'oiseau répétait pour la dixième fois la première phrase de la *Marseillaise*. En tout autre endroit de la terre, j'eusse pu croire à une supercherie ; mais sur les bords du Palomino, il fallait prendre la chose au sérieux. Augustin m'expliqua que l'oiseau chanteur, le monteador, ne se faisait entendre qu'à la vue d'êtres humains dont il annonçait ainsi l'approche.

Le fait est qu'après quelques heures d'attente nous vîmes revenir mon péon noir, en compagnie de deux Arhouaques. Le monteador aurait bien dû chanter plus tôt. L'un des Arhouaques, Pinto, avait de grands yeux largement fendus et relevés vers les tempes, de longs cheveux, pas de barbe. Il était remarquable par la finesse de ses pieds et de ses mains. L'autre, Zudengama, avait l'air d'une jeune fille, avec le front haut, le nez aquilin, les cheveux très longs. Il paraissait plus intelligent que son compagnon. Tous les deux étaient vêtus d'un pantalon court et très large, facile à retrousser au passage des rivières, et d'une sorte de dalmatique dont les manches, très amples, s'arrêtaient au-dessus du conde. Deux muchilas et un vieux fusil à piston complétaient leur

accoutrement. Ils nous apportaient des vivres, surtout des poules et des bananes, et un chat-tigre qu'ils avaient tué dans la forêt.

Un feu énorme fut allumé, et les deux Kaggabas plantèrent des piquets auxquels ils suspendirent leurs hamacs, lorsque leur faim et la nôtre se fut apaisée, je les questionnai, ou du moins j'essayai de les questionner : ni l'un ni l'autre ne savait son âge, comme presque tous les Indiens, du reste. Cela me rappela qu'en parcourant le Chaco, entre la Bolivie et le Paraguay, j'avais rencontré des peuplades entières où les hommes ne portaient pas de nom. Lorsqu'ils voulaient se désigner ils se montraient du doigt.

21 août. — Le monteador chante de nouveau la *Marseillaise*, mais impossible d'apercevoir les voyageurs qu'il nous annonce ; nous sommes campés au fond d'une gorge. En attendant, les Indiens font rôtir deux dindes sauvages qu'ils ont dépouillées de leur peau ; le plat ne serait pas mauvais, n'était la boue dans laquelle il a été trainé et qui semble fort peu gêner le palais et les dents des convives indigènes.

A midi, Cecilio revient avec deux Arhouaques : il m'explique son retard : la route n'existe pas à travers la forêt et à chaque instant le machete devait intervenir pour frayer un passage au bœuf qu'il m'amenait. A cinq heures un orage diluvien s'abat sur nous ; je fais creuser deux rigoles autour de notre campement ; les Indiens jettent un toit de palmes sur leurs piquets. A six heures, le rio déborde et enlève le tout. Les malheureux viennent se réfugier

vers moi et comprennent enfin que j'avais eu raison de m'établir sur une petite éminence.

Le lendemain, Augustin le lépreux me fait ses adieux. Je plie aussi bagage, mais avant de quitter cet endroit où j'ai tant souffert, je grave mon nom sur un arbre penché vers le rio. Rien n'attache comme la douleur à un pays. A cinq heures, j'arrive au rancho de la Coueva, pierre taillé en forme de grotte et qui nous servit d'abri.

23 août. — J'arrive enfin à Taminakka et suis fort étonné de ne pas voir paraître le chef du village, Noïvita : serait-il malade, ou dédaignerait-il de venir à ma rencontre ? soudain je vois venir un homme vêtu d'un veston et d'un pantalon, chaussé d'une paire de bottines ; c'est Noïvita ! Ayant à recevoir un civilisé, il a voulu se mettre lui-même en tenue de civilisé ; il n'a réussi qu'à se rendre grotesque. Il s'avance cependant majestueux, escomptant l'effet que doit produire sa toilette, et tout à coup il s'écrie en français : « Bonjour, monsieur ! » Je réponds à sa politesse. Les Indiens qui font la haie ne peuvent en croise leurs oreilles : Noïvita est un savant universel ! De tous côtés des marques d'admiration accueillent les deux mots que le chef a prononcés. Le chef, en Indien à l'œil exercé, se rend compte de l'effet produit, et, pour augmenter encore la surprise de ses administrés, il répète sans discontinuer : « Bonjour, monsieur ! Bonjour, monsieur ! » C'était à cela que se bornaient ses connaissances en français. M. Celedón, aujourd'hui évêque de Santa-Marta, et à qui l'on doit des grammaires de plusieurs idiomes indigènes du nord de la Colombie, avait été chargé, lorsqu'il était simple prêtre, de l'éducation des

jeunes Indiens choisis par le gouvernement, et il leur avait appris quelques mots d'anglais et de français. Comme Noïvita parlait très vite, ses compatriotes crurent qu'il me faisait un long discours. Dans cinquante ans on parlera encore de son génie.

Le pays était charmant et pouvait devenir un centre de colonisation très important. Je marquai, près d'un monolithe gigantesque, l'emplacement d'une case. Ensuite j'avertis Noïvita d'avoir à tenir quatre hommes à ma disposition pour le lendemain au matin. A quatre heures du matin, je me levai : rien n'était prêt. Pendant la nuit, les Indiens avaient tenu conseil et avaient été d'avis de ne pas m'obéir. J'appelai Noïvita ; il arriva avec un sourire niais. Du doigt je lui montrai la cime d'une montagne : « Lorsque le soleil, lui dis-je, paraîtra au-dessus de ce rocher, je veux que les hommes soient prêts à partir ». Il continua à sourire, confiant en sa force d'inertie. A l'heure où soleil commença à teinter la cime de la montagne, je secouai rudement Noïvita : « Tu ne m'as point désigné d'hommes ; d'hommes ; moi-même je vais les choisir. Sers-moi d'interprète. » Et du doigt j'indiquai les plus moqueurs. « Celui-ci, par exemple. — Celui-ci, répondit Noïvita, veut aller à son champ ». J'appelai Cecilio. « Cecilio, emmène-le ! — Il n'a pas mangé ! observa le chef du village ! — Cecilio, emmène-le ! » L'Indien fut gardé à vue, et bientôt quatre hommes ainsi embauchés — si toutefois le mot d'embauchage n'est pas ici déplacé — formèrent une escorte suffisante. Nous partîmes, en froid avec le village. Le soir, nous arrivions à la pierre de Magniji, roche énorme qui surplombe le rio de même et se creuse en une caverne haute de huit mètres, longue et large de vingt-deux. Nous décidâmes d'y passer la nuit. Après avoir fait rôtir un petit

cochon que j'avais eu soin de faire emporter de Taminakka, nous prîmes nos dispositions pour ne pas laisser fuir les Indiens. Sur mon ordre, tous les quatre se rangèrent au fond de la caverne, et je me plaçai moi-même à l'entrée, prêt à la moindre alerte. Il était convenu qu'à minuit Cecilio viendrait me relever et prendre la garde à son tour. Vers onze heures, un bruit d'abord confus me fit dresser l'oreille : une troupe en marche s'avançait dans notre direction. Je réveillai Cecilio : il était évident que les habitants de Taminakka venaient venger l'injure faite le matin à leur chef. Bientôt Noivita lui-même parut, mais ses intentions étaient pacifiques : le jugerai nécessaire à ma mission, et il m'amena six hommes et quatre veuves, ces dernières chargées de vivres. Le 26 août, nous entrons dans la zone glacée : de trente degrés, la imprudence avec laquelle, tout ruisselants de sueur, ils se baignent dans tous les rios que nous rencontrons. C'est du reste l'usage des Indiens de chercher dans l'eau glacée des rivières un soulagement au poids de la chaleur : cette coutume doit être pour beaucoup dans la brièveté de leur existence. Il est rare de rencontrer chez eux des vieillards. — Nous continuons notre route à travers l'épaisseur de la forêt, sous un soleil pâle qui filtre à peine dans les interstices des feuilles et des branches. Vers neuf heures et demie, nous nous préparons pour une halte à la montée presque verticale qui nous attend. A onze heures, nous découvrons, du côté de l'Est, le mont Oulourloué, dont la masse bizarre est couverte de palmiers aloungas. Ces arbres produisent de petits fruits très durs utilisés par les rares Indiens qui possèdent des fusils, en guise de ballets et de plomb, dans la chasse au sanglier. A midi, nouvelle halte au sommet du Magniji, puis marche jusqu'à Oulouéji, village auquel on accède par un pont de lianes.

Le 28 août, à six heures et demie, nous quittons Oulouéji, où notre escorte laisse deux femmes et un jeune garçon à bout de forces. Un antique chemin de pierre nous mène brusquement au Cerro Oulouéjighéka, dont nous faisons l'ascension. Mes Indiens se plaignent de douleurs à la tête et à côté. A une heure et demie, nous arrivons à Oulouéjissak. Là je constate que les sources du rio Frio et du Palomino, rapprochées l'une de l'autre sur toutes les cartes géographiques, sont en réalité séparées par une assez grande distance. Au contraire, la source du rio Frio voisine avec celle de l'Oulouéji. Nous côtoyons cette dernière rivière jusqu'à une cascade appelée depuis, au moment du centenaire, Los Pinsones, du nom des compagnons de Christophe Colomb.

Le 29 août, nous sommes à une altitude de 4.676 mètres. La nuit est glaciale. Peu après, sur la montagne Ghékassankala (5.210 mètres), nous jouissons d'un panorama grandiose, puis nous entrons dans la zone des lagunes (lacs de montagnes), et nous arrivons à la ligne qui sépare les eaux de la mer des Caraïbes du bassin de la Cienaga. Des puits laissaient couler une eau noirâtre : c'étaient les sources du rio Oulouéji, connu des Espagnols sous le nom de Don Diego. Autour de nous, des roches élevaient leurs cônes, leurs pyramides, en un chaos indescriptible. Plus d'arbres, plus de fleurs ; de loin seulement des touffes d'herbe fine, et une plante parasite, le *malbouet'ti*, dont les feuilles imbriquées retenant, comme en une sorte d'entonnoir, l'eau tombée du ciel. Tout semblait mystérieux en ces parages d'où la vie était absente, et nos paroles étaient répétées, grossies par un écho long et sonore ; la marche était à ce point pénible que mon guide fidèle Cecilio abandonna la tête de la colonne et ne nous suivit qu'à distance. S'il ne renonça pas à pousser plus loin cette

aventure dont le terme fuyait toujours, ce fut sans doute par amour-propre. A midi et demi, une lagune immense s'étala devant nous ; à deux heures vingt, une autre lagune, jolie avec ses eaux de cristal, réjouit nos yeux : les Indiens la nomment Maébankoukoui ; elle est située à 4.985 mètres d'altitude.

A trois heures et demie, un refuge se présenta, nommé par les Indiens Nounkouamalakéka. Entre les roches, le terrain détrempe par les neiges était boueux ; le sol, formé de sable en d'autres endroits, craquait sous nos pieds, rendant la marche pénible. Les dix-sept kilomètres parcourus dans la journée nous firent apprécier les deux ranchos rencontrés en ce pays perdu. Une des deux cases, de forme carrée, fut aménagée à mon usage. L'aménagement consistait en un brasier dont la fumée, ne trouvant d'issue que par l'unique porte, ne me réchauffa qu'en me procurant un violent mal de tête. C'est là que Cecilio, tremblant de fièvre, nous rejoignit : il était temps pour lui. Le froid, de quatre degrés au-dessous de zéro, tomba, vers huit heures du soir, à huit degrés. Un vent épouvantable balaya la montagne, accompagné de grêle.

Le 30 août, le bavardage ininterrompu des Indiens me réveilla à deux heures du matin ; mais il fallut attendre jusqu'à six heures la fin de l'orange. Nous nous mîmes alors en marche, et une heure après nous arrivions à un rocher creusé en forme de grotte. De ce rocher l'œil découvrait la mer des caraïbes. Aussitôt les femmes qui portaient nos fardeaux s'arrêtèrent comme saisies d'un effroi sacré, et me déclarèrent qu'elles ne pouvaient aller plus loin : pour une Indienne de leur tribu, voir la mer serait s'exposer aux plus grands malheurs !

Respectueuses de la tradition, elles déposèrent leurs charges et nous tournèrent le dos.

Notre marche continua par un chemin dont la présence m'étonna en cet endroit, que les habitants de Taminakka m'avaient représenté comme absolument sans route. Le chemin avait été ouvert, il y a une dizaine d'années, par un hasard, « montagnant » sans but, ainsi qu'il arrive souvent à ses compatriotes. C'était à ces nomades bénévoles que nous devions d'avoir trouvé un refuge à Nounkoumalakéka ; c'était à eux que nous étions actuellement redevables du sentier inconnu des géographes, et dont les Indiens de Taminakka m'avaient caché l'existence. Le terrain tremblant, à chaque instant effondré sous nos pas nous ramenait vers la végétation vers neuf heures, à 3.838 mètres d'altitude. Après avoir traversé le village de Nounkoualaklak, nous rentrâmes en forêt.

Le 31 août, la descente nous amenait à 2.150 mètres, au village d'Evielak. Les premières personnes qui se trouvèrent sur notre chemin furent la femme et les fils de Lemako, un de mes compagnons de voyage. Il y avait neuf mois que les deux époux ne s'étaient vus, et en tout autre endroit de la terre on eût pu s'attendre à des effusions de tendresse. Les choses se passèrent, entre Indiens, avec le plus grand calme : Lemako ne parut ni heureux ni malheureux de rencontrer sa femme ; il lui parla comme on se parle entre inconnus. Il n'y avait là, de la part de mon compagnon, qu'une habitude de race. Lemako avait très bon cœur, et personnellement je lui devais la vie. Il m'avait un jour empêché de tomber dans une rivière, en escaladant une paroi de rocher qui la

dominait. A Evieklak, le fils de Daza, un des grands mamans de la Nevada, salua notre arrivée. Le sorcier local avait tenu à l'accompagner. Ces braves gens nous souhaitèrent la bienvenue en nous offrant des poules, des œufs, du maïs et des bananes. La soirée nous parut exquise dans une large case en palmier, réjouie par un énorme brasier autour duquel avaient été grésés des hamacs. Les *poporo* allaient bon train, comme de coutume ; les langues aussi : les péripéties de notre voyage faisaient les frais de la conversation. Interrompue par cette exhibition, la causerie des Indiens reprit et se prolongea tellement qu'il fallut se fâcher pour leur imposer silence : l'un d'entre eux, nommé Labata, désirait être nommé chef de son village et prononçait un discours électoral. Allez donc à l'autre bout du monde chercher de l'inédit !

Le 1<sup>er</sup> septembre, des arbres à fruit, des palmiers aux troncs frêles, apparurent sur notre route. La végétation s'accrut ensuite rapidement, pour devenir luxuriante à Akka-Arloughinka, à 1.840 mètres d'altitude. Une soif ardente nous dévorait, et du sommet d'une montagne le rio Frio nous apparaissait dans le lointain. Il était alors onze heures du matin, et ce fut seulement à quatre heures de l'après-midi qu'il nous fut donné de nous baigner dans le fleuve. Quelques instants après, nous faisons notre entrée dans la ville de Rio-Frio, dont le corregidor nous faisait un accueil des plus aimables. Dans la soirée, j'avais pu parler français, — la langue bénie de la patrie ; — il est vrai que c'était avec un Suédois.

Le gouvernement du Magdalena, M. Ramon Goenaga, averti de mon retour, m'honora de la lettre suivante, dont le texte et la traduction française furent insérés au journal officiel de la Colombie :

*« Gouvernement du département du Magdalena. — Santa-Marta, le 26 septembre 1892.*

« M. le vicomte Joseph de Brettes, explorateur français, ayant rempli d'une manière complètement satisfaisante pour le gouvernement la mission d'exploration géographique et économique dont il avait été chargé dans le Magdalena (territoire civilisé et région des Indiens Goagires, Motilones et Arhouaques), il en est établi la constatation officielle. Plus spécialement encore il est constaté :

« Que ledit M. de Brettes a pratiqué quatre-vingt-deux (82) observations astronomiques et trigonométriques pour déterminer la position de divers cours d'eau et lieux importants inconnus jusqu'à ce jour dans la géographie du Magdalena.

« Que durant l'exploration qu'il vient d'accomplir, ayant eu à franchir un contrefort de la Sierra Nevada, à cinq mille deux cent dix mètres (5.210) au-dessus du niveau de la mer [partie nord-ouest de la Nevada entre Hukuméji (Palomino) et Rio-Frio, région dans laquelle aucun autre civilisé, *pas même les conquérants*, n'avait pénétré avant lui], il y a découvert : cinq (5) lacs, trente-sept (37) cours d'eau et huit noyaux de populations indigènes arhouaques : Mañiji, Ghéka, Oulouéji, Oulouéjissac, sur le versant septentrional, et

Nunukouamala-Kéka, Nunualaklak, Eviéklak et Ak`ka-Arluginka sur le versant occidental. »

Le moment est venu de décrire en détail les peuples visités au cours de ce long voyage. Nous commencerons par les Goagires de l'Ouest. La Goagire, partie la plus septentrionale du continent sud américain, occupe au nord-est du Magdalena, une immense plaine, sillonnée, surtout à l'est, de quelques chaînes de montagnes. Ses habitants appartiennent à la race rouge ; ce sont les descendants des Caraïbes qui, neuf fois depuis la conquête, brûlèrent la ville de Rio-Hacha. Le premier qui découvrit leur terre fut Christophe Colomb, à son troisième voyage, lorsqu'il aperçut le cap de la voile, promontoire dont la blancheur offre, en effet, l'aspect et la forme d'une voile de navire. Celui qui le premier débarqua en ce pays fut Alonzo de Hojeda (16 mai 1499). Longtemps revendiquée par la Colombie et le Venezuela, la péninsule fut définitivement attribuée, en 1891, par l'arbitrage de l'Espagne, à la première de ces puissances.

Le nombre des Goagires est actuellement évalué à 70.000, partagés en dix-huit indépendantes les unes des autres, et réunies par la seule communauté de la langue, dont les différences au Nord et au Sud sont pourtant sensibles. Quelques familles dans chaque tribu sont prépondérantes ; le commandement appartient au chef de la plus influente de ces familles. L'esclavage existe, mais l'esclave fait partie de la famille, tout en restant un être inférieur que l'on peut tuer s'il refuse d'obéir.

Les Goagires sont des hommes de haute stature, aux membres bien proportionnés, à la démarche fière. Ils n'ont jamais été soumis, ni par les conquérants espagnols, ni par les civilisés qui habitent actuellement le pays. C'est avant tout un peuple de pasteurs, propriétaires d'immenses troupeaux de bœufs, chevaux, ânes, mules, moutons et chèvres. Hommes et femmes montent beaucoup à cheval. A certaines époques de l'année, ils ont aussi, dans l'Ouest, des courses de chevaux. Dans quelques montagnes du Nord, ils se sont faits cultivateurs. Le fond de leur alimentation est plutôt animal que végétal. Ils complètent par des échanges avec la Colombie et le Venezuela ce qui leur manque de maïs et de manioc. Le maïs leur sert à préparer une boisson fermentée, une sorte d'eau-de-vie appelée *chicha* en espagnol. Ils achètent aussi beaucoup de rhum. Avoir du rhum est, pour eux, le comble du bonheur : ils se couchent à côté du baril, boivent jusqu'à l'ivresse, s'endorment et ne se réveillent que pour s'enivrer de nouveau. Après boire, ils sont très dangereux, et tant que les civilisés leur fourniront de l'alcool, des fusils et des cartouches, on devra renoncer à les conquérir.

En tout temps, ils n'ont pas d'heures fixes pour leurs repas : comme tous les Indiens de l'Amérique du Sud, ils mangent quand ils ont des provisions, et alors ils se gorgent ; mais il leur arrive, en revanche, de passer de longues heures sans nourriture. Leur habilité dans la recherche des pistes est vraiment surprenante, et tout ce que les romanciers ont imaginé à ce sujet reste au-dessous de la réalité. Un nommé Pentico, que j'ai connu aux environs de Rio-Hacha, en un endroit appelé Macurutu, fut un jour prié de rechercher une mule qu'un voleur avait dérobée quelques jours auparavant. Souffrant d'une

blessure au pied, il se fit amener un âne et parcourut en tous sens les rues sablonneuses de Rio-Hacha. Après de longues allés et venus, il s'arrêta devant une porte. Sur son ordre, ou ouvrit : la mule dans le patio.

Les femmes ont un goût un goût très vif pour les bijoux. Elles possédaient jadis des objets d'or, et l'on trouve encore chez elles des souvenirs d'avant la conquête ; mais, depuis longtemps, on ne sait plus travailler le métal dans le pays, et l'on se procure, l'on se procure, par voie d'échange avec les civilisés, des boucles d'oreilles, des colliers de beau corail. Le luxe suprême consiste à posséder un collier de quartzites rouges, taillées en forme d'olives, que l'on trouve dans les antiques sépultures. Une de *cestumas*, grosse comme la phalange du petit doigt, vaut parfois une mule.

Pour garantir leur visage des ardeurs du soleil, les femmes se barbouillent les pommettes de graisse sur laquelle elles étalent de l'ocre en poudre. Les hommes se noircissent la figure et la poitrine avec le jus d'une plante nommée *majagua*. Hommes et femmes ont les cheveux très épais, durs, coupés à la hauteur des épaules, et parfois sur le front.

Le vêtement consiste en une mante large ou chemise longue,, simple pièce d'étoffe dans laquelle de Goagire se drape de mille manières ; en marche, il la relève, au-dessus des jambes ; au repos, il la laisse tomber ; le soir, il la ramène sur ses épaules. Une ceinture de coton, où dominant le rouge et le blanc, complète l'habillement. La tête est ornée d'une couronne de paille, *tékiara*. Les pieds nus le plus souvent, prennent des sandales pour marcher dans les broussailles épineuses. Autour du cou, un collier de *tumas*, de petits

fruits, ou même un simple fil de coton. Ils ont toujours à la main un arc et des flèches, et parfois un remington. Chez les Indiens, comme du reste chez les Arabes de l'Algérie, le chant proprement dit n'existe pas ; il n'y a que des émissions de voix qui se rapprochent plus ou moins de la tyrolienne et se *maraca* ou *yssir*, comparable au hochet des enfants, simplealebasse traversée par un morceau de bois qui sert de manche. A ses deux passages, le manche est fixé avec de la cire. Laalebasse contient de petites pierres et est percée d'un grand nombre de trous. Cet instrument ne sert qu'aux *piatché* (médecins-sorciers). Le soir, dans leur hamac, les indiens jouent d'interminables airs de flûte.

L'instrument de la danse est le tambour, tronc d'arbre évidé et recouvert d'une peau de chèvre que retiennent des cercles de bois reliés entre eux par des lanières en cuir de bœuf. La danse est très gracieuse. Aux jours de fête, ils nettoient un espace de vingt mètres de côté, à l'intérieur duquel ils tracent un certain nombre de circonférences. Une Indienne se place sur une de ces circonférences, prend dans ses mains tendues les deux extrémités de sa mante, et tourne tout en exécutant sur elle-même un perpétuel mouvement de rotation. Devant elle, un Indien s'enfuit en reculant tantôt sur un pied, tantôt sur l'autre. L'habilité de la danseuse consiste à se retourner vivement et à donner un croc-en-jambe à son danseur. La plus renommée est celle qui fait tomber le plus d'hommes. Pendant cet exercice, les tambours ne cessent de marquer la mesure par des ra, des fla, des roulements merveilleux.

Les Goagires ont un sens artistique qu'on retrouve jusque dans les plus petits détails de leur existence : leurs plus vulgaires ustensiles sont ornés de sculptures. Dans leurs dessins, quelques traces reparaissent avec une persistance qui intrigue l'observateur : ce sont des lignes droites qui symbolisent peut-être les formes du crapaud, des circonvolutions destinées à représenter sans doute une oreille, et des rangées sinueuses de points dans lesquelles on a cru découvrir des souvenirs de migrations de peuples. On me permettra de hasarder à mon tour une hypothèse : je pense que les marques en questions étaient, à l'origine, des marques de tribus. Aujourd'hui encore on trouve dans chaque tribu une marque distinctive appliquée au fer rouge sur les animaux, tatouée sur les hommes. Il y a plus : quand les Goagires creusent une citerne, ils inscrivent, à temps perdu, sans but pratique, leurs marques sur les parois.

Les citernes consistent le plus souvent en de vastes excavations souterraines en forme le plus souvent en de vastes excavations souterraines taillées en forme de cuvette. Le fond se remplit d'eau, et, comme les pompes sont inconnues, on a recours, pour la faire monter, à un procédé assez fatigant. Un escalier est taillé dans le sol, sur les marches duquel les Indiens se tiennent, formant la chaîne. Celui qui est au fond du puits remplit d'eau unealebasse, et celle-ci passe de main en main jusqu'à ce qu'elle arrive à fleur de terre : elle est vidée dans un bac où viennent s'abreuver les troupeaux.

Une longue fréquentation des Goagires me permet de décrire leur caractère. Ils sont d'une bravoure à toute épreuve et ne reculent pas devant la mort

volontaire : leur mode le plus commun de suicide est la pendaison à une branche d'arbre ou la strangulation au moyen d'une corde qu'ils tirent avec le pied. Victime d'une insulte dont il ne peut se venger, un Goagire ne manque pas de se pendre, certain que sa famille fera payer sa mort. Tout se paye, chez eux, parce que l'instinct de la propriété prime tous les autres. Le meurtre se paye, ou sinon les parents de votre victime vous mettent à mort. J'ai vu une centenaire briser à coups de bâton la tête d'un jeune esclave et parcourir ensuite le village pour ramasser le prix du sang. Quand elle vint me trouver, il lui manquait encore une chèvre.

Les coutumes ont une très grande puissance, et malheur à qui les enfreint ; c'est ainsi que vous pouvez vous faire tuer si vous prononcez le nom d'un mort devant ses parents. Cet acte est contraire à la coutume ! Les Goagires n'entendent rien à la pitié, à la compassion, à une foule de sentiments qui nous semblent faire partie de la nature humaine : dans les basses classes, les parents vendent très bien leurs enfants pour deux ou trois chèvres, ou un sac de maïs. Ils comprennent si peu les condoléances que, chez eux, à l'enterrement des gens riches, les assistants sont payés, selon leur rang, pour les pleurs qu'ils ont versés.

Chez les gens du commun, la femme est l'esclave la bête de somme. Chez les riches, elle est respectée. Jeune fille, elle traite les vaches, reste à la maison, ne monte à cheval ou à âne que pour accompagner sa famille. Nubile, on l'enferme, l'espace de deux à cinq lunes, dans une petite maison dont la porte est ensuite murée. Une fenêtre reste seule ouverte, pour permettre à une vieille

femme de prendre soin de la recluse. Celle-ci consacre ses loisirs à se perfectionner dans l'art de tisser. Cela s'appelle être en coïma. Plus est longue la claustration d'une jeune fille, plus sera grande la dot que devra payer son mari. Ce sont les oncles maternels qui disposent de la main d'une jeune fille et qui reçoivent du fiancé la dot convenable : quelques chèvres, une vingtaine de bœufs ou des mules. Mariée, la femme s'occupe du laitage, elle fait tisser des étoffes à ses esclaves, elle prend soin de sa maison, de ses enfants. L'adultère est très rare et expose la coupable aux mauvais traitements de sa famille, obligée de rendre au mari trompé la dot qu'il avait fournie.

Ainsi qu'on le voit, l'intérêt joue, en Goagire, un rôle capital. Par ce côté, du moins, ce pays se rapproche de la civilisation.

Comte Joseph de Brettes

(A suivre).

**"Colombie"** : Le comte Joseph de Brettes annonce de Bucaramanga, el 16 décembre, qu'il vient de refaire le voyage de Quesada (1536-1539) et qu'il compte rentrer en France au mois de Mars ". [10]

**"SEANCES DE JUIN DE JUILLET 1898 "(pp. 318-319)"**

" Colombie Mission de Brettes— De Pamplona, 28 avril, el comte J. de Brettes écrit qu'il espère être de retour à la fin de juin, de son dix-huitième voyage dans L'Amérique du sud. Il ajoute :

« Je rapporte des documents géographiques, cette fois principalement des altitudes à L'hypsomètre (calculées), environ 200, de belles collections (principalement de minéraux) et 400 photographies.

« Parti à cheval de Bodega central sur la rive droite du Magdalena, j'atteignais ainsi (dans mon voyage de 1897) L'itinéraire suivi par Quesada à L'époque de la conquête et dont J'avais parcouru la première partie en 1893.

« Je repartis de Bogota, toujours à cheval, et visitai successivement les mines d'émeraudes de Boyaca et les alluvions aurifères du Santander, pour gagner Cúcuta par Bucaramanga et Pamplona, d'où je vous écris.

---

<sup>\*</sup> Brettes, Joseph de, "Séances des 7, 21 et 31 Janvier 1898". En : *Comptes Rendus Séances de la Société de Géographie et de la Commission Centrale, Société de Géographie*, Paris, 1898, 552 Págs (Fondo Antiquo, Biblioteca Nacional : Fondo Saenz-283).

« De Cúcuta, je descendrai en vapeur les rios Zulia et Catatumbo et arriverai à Maracaibo ; de la à Sinamaica en goélette ; pués, en territoire indien Goagires, à cheval. Enfin, retour en France por Maracaibo, Curaçao, etc».

***J. de Brettes***

**"SEANCES DE JUIN ET DE JUILLET 1898 " (p.333)**

— Retour de M. de Brettes — Le 17 juillet, le vicomte de Brettes, accompagné du baron P. Despatys, débarquait à Bordeaux après un voyage d'un dans L'Amérique du sud. La lettre, qu'il écrivait à la Société en avril et qui se trouve résumée dans les Nouvelles géographiques, annonçait son projet de se rendre dans le territoire indigen Goagire, presqu'île située à L'extrême nord de L'État de Colombie. Cette partie du voyage a duré trois mois. Les voyageurs songèrent ensuite au retour, qui s'effectua para Curaçao et la Guayra (Venezuela), la guerra hispano-américaine ne leur ayant pas permis de remonter jusqu'à New York.

Le 25, à 11 heures du matin, plusieurs membres de la Société de Géographie sont allés recevoir M. de Brettes a la gara d'Orléans. M. Bouquet de la grye, ancien président de la Société, et M. Girard, secrétaire adjoint, L'ont félicité au nom de leurs collègues du succès de sa nouvelle exploration.

## El Sendero de la Tribu\* [11]

A Evaristo Rivas Groot

Desde el primer termino del paisaje hasta perderse de vista a lo lejos, allá lejos, en las lejanías del horizonte, plano en la llanura, en declive en las vertientes, curvo allá arriba en las alturas de los montes, serpentino en el fondo de las gargantas de las montañas a donde no alcanzan el rayo del sol, vertiginoso al costear los abismos profundos, quebrado en ángulos en los pasos difíciles, se extiende aquí como una cinta, se levanta allá lejos como una escala, se enrosca más allá como una carretera, el angosto sendero de la tribu.....

Así va de paisaje en paisaje; así va del horizonte azul que se ve en lontananza, a otro horizonte más lejano que parece huir; así va de infinito en infinito, el angosto sendero de la tribu...

Ahondándose aquí el terreno blando con el piso de diez generaciones; allá arriba guarda el duro granito las huellas de los pies de los antepasados; sobre las señales que dejaron en la tierra los abuelos al transitarlo, posa su planta indiferente el indio de hoy ante cuyos ojos se desarrollan los mismos panoramas que contemplaron esos muertos de otros siglos, y el silencio solemne de las montañas es alrededor del indio, que duerme tendido a la vera del camino, tan profundo como lo era cuando abría los ojos a la luz del día,

---

\* El Gráfico. Biblioteca Nacional, Vol. 54, N° 536, enero 29, Bogotá, 1921 (Sección Hemeroteca Ref. H-3106), S.P.

hace dos mil años, algún jefe atrevido de la raza entonces poderosa y grande, hoy débil y desfalleciente, de los Toirones.

Pienso la vez en la inmovilidad eterna de los paisajes que recorres y en las generaciones que como sombras transitaron por tus recodos; recuerdo las virtudes de la tribu sencilla, ingenuas y buena que me espera y hacia la cual camino como precursor del conjunto de mentiras, de crímenes y de hipocresías que llamamos civilización, y un sentimiento angustioso, como el recuerdo de un crimen, me oprime el alma y me hace detener al hollar tus arenas sagradas donde jamás se posaron los pies de un extranjero, ¡oh angosto sendero de la tribu!

Fijos los ojos en el suelo o dirigidas las distraídas miradas hacia los horizontes familiares, los hombres de mi escolta experimentan tal vez la sensación indefinible de *algo* que tendrá lugar dentro de unos instantes y de que depende la evolución eterna, el futuro de su raza.

Mañana cuando los deje y te recorran al volver, no tendrás para ellos la secreta poesía, el íntimo encanto de antes; desflorado por los pies del primer extranjero que pisó tus arenas, no ejercerás sobre su espíritu sencillo el sortilegio profundo de las cosas vírgenes, ¡oh angosto sendero de la tribu!

Pensando en todas estas cosas oscuras, te recorro, paso a paso, oh angosto sendero de la tribu, que desde el primer término del paisaje, plano en las llanuras, en declive en las vertientes, curvo allá arriba en las alturas de los

montes, serpentino en las gargantas de las montañas a donde no alcanza el rayo del sol, vertiginoso al costear los abismos profundos, quebrado en ángulo en los pasos difíciles, te extiendes aquí como una cinta, te levantas allá lejos como una escala, te enroscas en la lejanía como una serpiente, te desenvuelves a lo lejos como una carretera hasta perderte de vista más allá, en las lejanías azules del horizonte.

José de Brettes

Versión de J. A. Silva

## LAS ANTIGUAS TRIBUS COSTANERAS DE LOS CARIBES ENTRE RIOHACHA Y SANTA MARTA\* [12]

La Sierra Nevada de Santa Marta estuvo antaño poblada en forma distinta de lo que de hoy está la parte civilizada del Departamento del Magdalena. A juzgar por la considerable cantidad de vestigios de ciudades y de habitantes que se encuentran a cada caso, la densidad de la población costanera difería poco, antes de la conquista, de la de las naciones más pobladas de Europa.

Habiendo ya consignado en un trabajo especial el resultado de mis investigaciones respecto de las antiguas ciudades del interior de la Sierra Nevada, particularmente de las de la región Tairona, no trataré aquí sino de los centros de población situados en la costa de 96 millas náuticas que se extiende entre Riohacha y Santa Marta.

Pasemos ante todo revista a los documentos históricos que pueden arrojar alguna luz sobre este asunto.

\*\*\*

Sin duda uno de los autores más serios entre los que escribieron acerca de este país es Frai Simón (sic). *Sus Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales*, expuestas con sencillez, sin énfasis, son evidentemente sinceras y dignas de fe. No se le encuentra ninguna de aquellas

---

\* De Bretes, Joseph, "Las Antiguas tribus costaneras de los caribes entre Riohacha y Santa Marta" (Traducción de Eduardo P. Bermúdez), *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XXXII, N° 369 y 370, Bogotá, Julio-Agosto, Órgano de la Academia Colombiana de la Historia/ Imprenta Nacional, 1945, pp. 654-663.

opiniones aventuradas ni hipótesis fantásticas en que se ha complacido autor más reciente a quien preocupaba únicamente la forma (¡y que forma!) de sus "discursos", sin inquietarse lo mínimo por la exactitud escrupulosa del fondo. Me refiero a Antonio Julián, cuyos "discursos" son, más bien que notas históricas concienzudas, un tejido pomposo de bajas lisonjas a "Su Real Majestad" unido a invectivas contra los abominables franceses y los holandeses.

\*\*\*

Las tribus mencionadas en Frai Simón son: los Goajiros al oriente, e inmediatamente después, hacia el occidente, los taironas, subdivididos en indios de la Ramada, de la Sierra de Marasa, los buritacas o buritacaes, los bondas, bondiguas, conchas, durcinos y tagangas. Hacia el sur de Santa Marta, siguiendo la costa se encontraban, además, los gairas, los pocihueicas o posihuecas, etc.

El americanista señor Ernesto Restrepo ha levantado un mapa *de las tribus que habitaban el territorio colombiano a la llegada de los conquistadores*; la escala usada en él no permite sino indicaciones aproximadas y completamente generales. Las tribus citadas en dicha carta, entre 0°-45' de longitud oriental de Bogotá y el meridiano mismo (longitud de Santa Marta) son:

Los buritacas, caraubares, maracarotes, debuyas (sic), corianas, domos, guayaros, guaringuas, masingas, alhasinguas, ayaros, bondas, gairas, bondiguas, durcinos. Esta nomenclatura se ve que comprende no solamente

nombres de tribus sino también de ciudades y de aldeas. Varios han sido desnaturalizados por causa de errores tipográficos; por ejemplo:

Carubare por arobare o arobaro (<sup>3</sup>).

Bosingua por bolingua.

Alhasingua por abaringua.

Bohoso por bohoco.

\*\*\*

He llegado a mis investigaciones y observaciones personales. No insistiré en cuanto a los obstáculos que se presentan para la reconstrucción aproximada del dominio de cada tribu costanera: las tradiciones locales faltan o son obscuras, los datos serios, raros; y el procurárselos sobre el terreno mismo, en extremo dificultoso.

- 1 -

No parece que Riohacha ocupa el sitio de un antiguo centro de población indígena: nunca, que yo sepa, se han encontrado vestigios que lo acrediten hasta hoy dentro del perímetro de la ciudad.

No ocurre lo mismo con los alrededores; a una media legua al noroeste del lugar llamado San Ramón existió una población bastante importante. Allí he recorrido un gran número de objetos de cerámica de un carácter completamente especial. Observación notable: las sepulturas de tal sitio no

---

<sup>3</sup> En frai Simón hay las dos ortografías.

presentan el modo de enterramiento de los antiguos goajiros, ni de los taironas; tampoco de los goajiros modernos ni de los arhuacos actuales.

En el Boletín de la Société de Géographie de París, de 4 de mayo de 1894, he descrito y bosquejado un conjunto de esos objetos cerámicos encontrados en unión de un ingeniero norteamericano, Mr. Nicholas. Acusan ellos un grado avanzado de civilización. A pesar de mis esfuerzos no he podido dar con el nombre de la tribu <sup>(1)</sup> que vivió en estos parajes y cuyas costumbres funerarias diferían tan extrañamente de las de los otros pueblos vecinos y contemporáneos.

\*\*\*

En la punta de Maria Angola, sobre el acantilado que domina el mar, nuevos rastros de habitaciones o de campamentos. Esos vestigios consisten en despojos informes de ollas y vasos mezclados con fragmentos de carbón y de cenizas. Desde la *Punta de Ocho Palmas* los terrenos que se extienden hasta la *Punta del Diablo* son anualmente tan alterados por las alternativas de sequía y de desbordamiento de las lagunas "Baja", de "Navío Quebrado" y "Laguna Grande", que es imposible encontrar allí rastros de campamentos indígenas (por fuerza temporales).

Los alrededores de Dibulla estuvieron habitados por una tribu cuya cerámica presenta en la forma, notable analogía con la de San Ramón. Aunque a cada paso Frai Simón se refiere a Dibulla con el nombre de "La Ramada" y de las

---

(<sup>1</sup>) ¿tal vez los guane-bucanes?

Sierra de Marasa <sup>(2)</sup>, situada al suroeste, dicho autor no da sino escasos datos acerca de los habitantes de esta parte de la costa.

El nombre de la tribu que vivía allí no ha llegado hasta nosotros, y yo me inclino a creer que ella tenía, si no los vínculos de parentesco con la establecida cerca de Riohacha, siquiera gran similitud de hábitos y costumbres. En suma, pocos datos acerca de las primeras 29 millas de costa entre Riohacha y Santa Marta, es decir, hasta Dibulla.

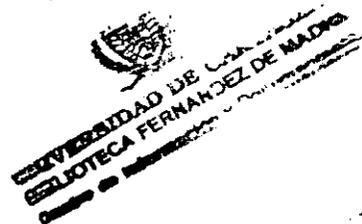
- 2 -

A partir del río Pedregal, el que se encuentra apenas han sido pasadas las llanuras bajas vecinas a la desembocadura del río Cañas-Pantano, la costa estaba más poblada. Entramos ahí en dominios de la tribu de los nanis, de raza kággaba. Vivían estos indios en las sabanas contiguas a los ríos Aluejkarke (río Ancho) y Mamaiyi, afluente del Hukumeyi (Palomino). Las ruinas que se encuentran por ahí consisten en círculos de grandes piedras indicativas de la base de cabañas de barro o de palmas. También se encuentra cerámica ordinaria, de grano grueso y sin ornamentación. Los nanis se batieron con los subis, antepasados de los habitantes actuales de la Nevada central (Taminak'ka, Muitkgakué, etc.). Su raza se extinguió verosímilmente desde hace un medio siglo.

Sobre esta sección de la costa hasta la región de los "Ancones" (caletas o bahías de los alrededores de Santa Marta) los grupos indios más próximos al

---

(<sup>2</sup>) Las ondulaciones montañosas de la colonia actual de "La Esperanza".



mar dejan entre unos y otros y la costa un espacio que varía de media legua a cuatro leguas.

\*\*\*

Los ulabangüis habitaban la llanura situada al sur de los nanis (nosabaka, Nibubunsaa, etc.), en tanto que los subis ocupaban el Noroeste. Los ulangüis, indios guerreros, dejaron entre los nanis recuerdos imborrables de sus asesinatos y tropelías. Eran también insignes envenenadores, y los kággabas actuales, con razón o sin ella (?) se quejan de que la mala reputación de sus vecinos de la misma raza les haya alcanzado a ellos hoy.

Los ulabangüis se ocupaban poco en el laboreo de los campos: de la caza y la guerra derivaban su subsistencia. Sólo se dedicaban al cultivo de la coca, como todos los demás indios de la costa, sin excepción:

En tanto que los ulabangüis vivían en las altas cimas, limitados al Sur por los machacas, también de raza kággaba, los subis poblaban todo el espacio comprendido entre las cadenas septentrionales secundarias de la sierra y el mar. Son los únicos sobrevivientes de todas las tribus que poblaban la costa, incluso de la gran nación tairona. Teniendo en cuenta que la cifra de la población kággaba ha decrecido considerablemente en los últimos años, que esta raza no se mezcla con ninguna otra y que de la mortalidad es en ella considerable, se puede calcular que antes de un siglo los kággabas habrán dejado de existir. Los vestigios dejados por los subis, antepasados directos de

los kággabas actuales son en extremo numerosos. Sólo citaré aquí los principales:

Nuapaliluaka, restos de campamento.

Mamaiyi, restos de campamento.

Kaucheyi, sepulcros y escalera.

Mamagatkuichiya, pueblo de mamas.

Taminak'ka, cercados de campos de coca (murallas de piedra), sepulcros.

Multkuagak'kue, sepulturas.

Karlarha, una calzada y ruinas.

Iza (entre los cerros), pueblo de mamas.

Karbukuindue, y

Katabitchiyue.

- 3 -

En territorio tairona comenzaba apenas a una legua al oeste de la desembocadura del río Hukumeyi (Palomino), en Mitamduué (pasos de Maromas). La extremidad oriental de estas colinas avanza hacia el mar con el nombre de cabo de San Agustín. Desde este punto los rastros de habitaciones se hacen innumerables; enumeraré sólo las ruinas dignas de mención. Las primeras yacen a la entrada oriental de los "Pasos de Maromas", y consisten en despojos de cerámica verdaderamente artística.

En las márgenes del río Achiote, restos de una población.

En Pericovay, en la margen oriental del río Ulueyi (Dondiego) el número de los vestigios de construcciones se acentúa; los sepulcros contienen objetos de oro y de cuarzos (*quartzites*), horadadas (*tumas*) o sin horadación (*tumas doncellas*), que cada vez son más abundantes. Fue en las ciudades de las orillas de los ríos Ulueyi (Dondiego) y Buritaca (Mutayi) donde los conquistadores españoles hicieron sus excursiones más productivas de botín. Es ahí donde uno encuentra más utensilios de barro cocido, tales como vasos, escudillas, figulinas, silbatos, crisoles para la fundición del oro, grandes jarros funerarios y cuarzos pulidos (*quartzites*) de color rojo vivo, rojo pálido, gris, blanco y negro en forma de perlas para collares, y hachas, monedas, campanillas, cilíndricas, útiles de orfebrería y otros objetos de uso desconocido. Como ya en otro trabajo he consignado el resultado de mis observaciones acerca de esta interesante región, sólo citaré aquí lo que queda más próximo al mar, a saber:

Eran Bohoco, Domo, Bolingua, Abaringua, Jallibita, Buritaca, Peñol, Sincorona, Marubare y Arobaro, situados en los valles del "río de Tairona" y del "Burikaka". Estas poblaciones poseían vías de comunicación directas con el interior (Sur) así como con los bondas, durcinos y posihuecas (1) que habitaban al suroeste los valles de "Mongay", y de "Loto", y "Cansequín", "Betona", etc.

Los indios nakulinis estaban establecidos detrás de la rampa o declive formado por las ramificaciones del cerro de San Lorenzo paralelas al mar. Sus dominios

se extendían hasta el cabo de San Juan de Guía; vivían estos indios a alguna distancia de la costa, gracias a la configuración física de su territorio; así, las regiones próximas a los cursos superiores de los ríos Nakulini-tokué (Guachaca), Artutaabenudenka (Mendiguaka), Bonama-tokué (piedras), resultaban ser muy pobladas, mientras que las de las vecindades de las desembocaduras lo estaban poco. Las costumbres taironas-eran con escasas diferencias- comunes a las fracciones de nakulinis y pocihueicas, lo mismo que a las tribus de los durcinos, conchas, changues (o chenguas), etc.

- 5 -

Los bondas y durcinos, con las subfracciones de los conchas, los changues y los gairacas, ocupaban todo el territorio comprendido entre las vertientes noroeste del san Lorenzo y la región de los Ancones. Sus principales pueblos eran: Guachaquita, Cinto Nahuanje, Gairaca, Chenche, Concha, Domana, Quiñones, Bonda, Bondigua, Tanjika, Opaca, Jirocasaca, Chocotama, Quito (en el "Valle Hermoso"), boruvonaka, Masinga, cuyos nombres se han conservado hasta nuestros días, y los lugares que tiene las denominaciones modernas de Arrecifes, Cañaverál, Castillete, Punta Recoveco, Palmarito, Masinga la Vieja, Curinquita, Calabazo, Guayabo, Matejira, La Jagua, Constante y Pueblito.

Cerca de Masinga se encuentran ruinas muy interesantes: las de una calzada en la cima de una colina que las gentes del país llaman con razón "Casa de Cabildo", pues era en efecto lugar de reunión de los indios. Al pie de la misma

colina se encuentran un camino empedrado y una escalera, que dan alta idea del saber de sus construcciones. Es materialmente imposible que estos trabajos hayan sido ejecutados sin ningunas nociones de geometría. ¿Por medio de qué instrumentos obtuvieron los ingenieros indios las cotas de nivel y, sobre todo, la directriz entre dos puntos, el ángulo general de ruta?

Es preciso admitir:

1. ° Que estos indios conocían la brújula o los instrumentos astronómicos, lo cual pondrían a ruda prueba nuestra credulidad.
2. ° O bien que no construían sus ciudades, aldeas y lugares de campamento, sino así que ya tenían terminados sus caminos, hipótesis más improbable todavía (?!).

En cuanto a la construcción misma, es maravillosa: las piedras del camino (lajas o gruesas piedras redondas) y los peldaños de escalera en las pendientes, se han conservado en perfecto estado por dondequiera que la acción de las lluvias no les ha socavado el terreno. Hay que anotar que el camino franquea montañas y valles *siempre en línea recta*. ¡Cuan enorme cantidad de obreros (probablemente esclavos) se ha necesitado para construir estas vías!

El antiguo camino cuyos restos se ven aún cerca de Maringa, partía de Gairaca y se prolongaba hasta las cabeceras o fuentes del río arulabengudenka

(Mendiguaca), cerca de las cuales antes he dicho que los indios nakulinis tenían una de sus principales ciudades. Los pedazos mejor conservados de este camino se encuentran entre Gairaca y Bonda y cerca de Maringa la vieja.

- 6 -

Los bondas y durcinos no parecen haber estado en muy buenas relaciones con sus relaciones con sus vecinos del sur en al época de la Conquista española, pues sin vacilación ninguna respondieron al llamado del gobernador García de Lerma cuando éste en 1530 les pidió apoyo contra los pocihueicas, fracción de los taironas. Sus ciudades más importantes eran Bonda y Bondigua, en cuyas inmediaciones se encuentra gran copia de despojos de jarros funerarios y de hachas de piedra pulida, que los campesinos se obstinan en llamar *piedras de centella* (es decir, fulguritas), aunque y sin duda para mejor utilizar estos dones del cielo, que no les cayeron en la cabeza, suelen usarlas en vez de pesos y medidas.

- 7 -

Poco se trata de los indios tagangas en la historia; pero sin embargo el en fondo de la pequeña ensenada de Taganga existen por todas partes vestigios de antiguas construcciones. Parece esta población haberse mezclado poco, y aún existen hoy allí individuos cuyo tipo no debe de alejarse mucho del de sus ascendientes de hace cuatro siglos.

- 8 -

Los matounas ocupaban el sitio actual de Santa Marta y los alrededores, tales como San Pedro Alejandrino, Matojito y Mamatoco. Este nombre es una corrupción del antiguo «Mamatonkué» (el río del Mama).

Fray Simón dice poco bien de los indios de Santa Marta (véase 5<sup>a</sup> noticia, página 356) y añade: «sólo no se ha hallado entre ellos el abominable vicio de comer carne humana y debió de ser por la abundancia que tenían de pescados los que vivían cerca del mar».

Abundancia que, por cierto, dura hasta nuestros días en la graciosa bahía de Santa Marta. Ignoro si se deban referir las fracciones de los tagangas y los matounas a los bondas o a los gairas y durcinos que vivían al sur de Santa Marta. A este respecto ni hay tradición ni dicen nada los textos históricos.

Hace cuatro años que trabajo en levantar la carta completa de la sierra Nevada de Santa Marta y en recoger toda clase de datos científicos y económicos acerca de esta región. Los que hasta hoy he podido reunir con respecto a la parte de costa caribe comprendida entre Riohacha y Santa Marta son las notas que dejo expuestas, las cuales no forman aún sino un simple marco que me propongo ir completando a medida que me procure datos dignos de crédito.

Ojalá que estas líneas puedan inspirar el estudio detenido de estos parajes, de alta importancia arqueológica, teniendo en cuenta que pueden traer luz a la

historia de esta comarca, por la que se inicio el descubrimiento de la tierra colombiana.

**Riohacha, 14 de Noviembre de 1894.**

### **NOTA DEL TRADUCTOR DEL PRECEDENTE ARTÍCULO**

Removiendo hace algún tiempo papeles pertenecientes a mi padre, don Andrés D. Bermúdez, que tuvo cordiales relaciones de amistad con el autor de este estudio, encontré el original en francés, el cual creo inédito, o en todo caso se publicaría en alguno de los efimeros periódicos de la época en que fue escrito. Como ahora que se está despertando algún interés por nuestra arqueología tienen actualidad las notas del Conde de Brettes, estimo que es útil sacarlas a la luz, si ya no lo fueron antes; en caso contrario, repetir la publicación, que siempre aprovechará para orientar a los arqueólogos de última hora y aun a los profesionales.

Debo observar que, puesto que el Conde ajustó los nombres indígenas que cita en el original francés (y que tomó de labios de los indios sobrevivientes de la Nevada más bien que de los historiadores) a la fonética francesa, yo me he permitido hacer los cambios indispensables para que el lector castellano pronuncie como quería el autor hacer pronunciar a sus compatriotas los sonidos emitidos por los indígenas; así, por ejemplo, en donde figura el llamado

diptongo, o, mejor, el dígrafo *ou*, he puesto *u*; por lo tanto no escribo *soubis* sino *subis*, ni *oulabangouis* sino *ulabangüis*, etc.

Advierto, con todo, que en los nombres admitidos como castellanos o castellanizados ya por el largo uso en nuestro país (Gaira, Buritaca, Gairaca, Tairona), la escritura era tal cual está, aún en casos en que la pronunciación a la francesa habría necesariamente desfigurado el fonético original nuestro: supongo que no le importaba al autor la posible alteración.

Obsérvese que escribe el señor de Brettes Kággaba y no Koggaba, como el Ilustrísimo señor Celedón. Le oí al primero decir que una delicada previsión del autor de la gramática arhuaca había hecho esa alteración a fin de que acentuándose mal no llegara a confundirse con un copretérito español. Creo útil el informe, y como nada lesiona la gloria de nuestro filólogo, más vale no callar esta nimia nota.

**Santa Marta, 11 de enero de 1932.**

**EDUARDO P. BERMÚDEZ**

***Donde los Indígenas del Norte de Colombia  
(Seis años de exploraciones) <sup>1</sup> [13]***

Por el Conde  
Joseph de Brettes \*

Traducción de:  
Sonia Göggel \*\*

Departamento de Antropología, Universidad de los Andes.

El macizo de la Sierra Nevada de Santa Marta (departamento del Magdalena, República de Colombia) ocupa la considerable superficie de 14.089 Km<sup>2</sup>. Es una especie de pequeña isla de montañas, completamente independiente del sistema orográfico de los Andes, del cual está separada apenas en algunos lugares en diversos puntos de su vertiente oriental.

La formación geológica de la Nevada es más antigua que la de los Andes. En el centro del macizo dominan el granito y el cuarzo y en el noroccidente el esquisto micáceo (mica schiste). La línea de los picos se extiende en un semicírculo cuyo lado cóncavo está dirigido hacia el norte: esta faja es aurífera pues no existe río que no arrastre oro. Dicho de paso, antes de la llegada de

---

<sup>1</sup> Traducción de un fragmento de: "Chez les indiens du nord de la Colombie (Six ans d'explorations)". *Le Tour du monde*, París, 1898, pp. 73-96.

\* Brettes, Joseph de, "Donde los indígenas del norte de Colombia: Seis años de exploraciones". Traducción de Sonia Göggel. En: *Revista de Antropología, Universidad de los Andes*, Vol. III, N° 1, Bogotá, 1987, pp. 84-110.

\*\* Este fragmento traducido al castellano por Göggel no fue incluido en la versión francesa.

los españoles estas riquezas fueron explotadas por los indígenas y, en sus sepulturas, se encuentran objetos de oro trabajados en esa misma región. La cima más alta se eleva más o menos en el medio del arco de circunferencia que acabamos de describir. Sobresaliendo por encima de siete u ocho picos su altura no es de 5187 metros como se ha dicho en todas partes, a causa de una interpretación errada del resultado de mi ascenso, sino de 5887 metros.

Hasta 1893 el pico llevó el nombre de Picacho. El día del centenario del Descubrimiento el gobierno colombiano le dió el nombre glorioso de Cristóbal Colón. La determinación de su altura fue el resultado más bello de mi viaje.

La cifra que más se aproxima a la realidad fue dada previamente por el señor Humboldt: este sabio indicó una altura de 5883 metros, inferior en 1/108 a la realidad. Las diversas regiones de la nevada fueron recorridas, aunque brevemente, por Fane, Karsten, Nicholas, Acosta, Tetens, Goenaga, Celedón, Sievers y Simons. Este último realizó dos viajes en tres años y abordó la región de las altas cumbres por el sur, tal como yo lo habría de hacer después de él. De ese lado la inclinación es de tres veces menor que del lado norte, y las nieves eternas sólo reinan sobre trescientos metros altura. Simons, empero, se detuvo a ciento cincuenta metros de la última cumbre.

En la vertiente norte las nieves comienzan a partir de los 4000 metros. Descendiendo de la región nevada, el viajero se encuentra con el lecho de antiguos glaciares donde la arena cruje bajo sus pies, después con terrenos de helechos y de arbustos desmedrados, la base de la Nevada se encuentra

rodeada por una franja inmensa de la selva., desde una altura de 1000 metros hasta el nivel del mar. En un cuadrado con los lados de 100 mts de longitud, escogido al azar en esta selva registré 299 árboles de 32 especies diferentes; por consiguiente, se encuentra un árbol por cuadrado con los lados de seis mts de longitud.

El fin inicial de mi viaje era el de investigar los bosques de árboles de cera. Según los indígenas estos árboles debían encontrarse entre San Antonio, en la vertiente norte, y San Sebastián, en la vertiente sur, es decir, en la región de los picos. En esas alturas ya no atacan las fiebres pero la temperatura es muy baja y una humedad penetrante se transforma a cada instante en una lluvia fina, sobre todo después de la puesta de sol.

Teniendo, además, a cargo misiones geográficas me propuse aprovechar ese viaje para intentar el ascenso del pico principal de la sierra. Desde este pico esperaba completar fácilmente la topografía del gran macizo conocida por los geógrafos, relacionando su triangulación con la establecida por Codazzi hace treinta años.

El 8 de mayo de 1891, antes de ponerme en camino, creí conveniente hacerle saber de mi proyecto al señor José Laborde, prefecto del departamento de Padilla. Me respondió muy amablemente el día siguiente haciendo votos por el éxito de mi expedición.

Llevé conmigo al señor Núñez, un periodista colombiano, hombre inteligente, valiente y bien entregado, y le encargué la relación anecdótica del viaje. Yo me reservé la parte científica, las observaciones y los cálculos. Un doméstico negro llamado Frantz se encontraba a nuestra disposición, cuyas respuestas ingenuas habrían de regocijarnos. Algunas nos servían de cabalgadura.

El 10 de Mayo de 1891 a las cuatro de la tarde nos pusimos en camino. El camino era plano, sin accidentes notables, y el terreno estéril cubierto apenas de una vegetación exigüa. Quemados por el sol viajamos a través de parajes solitarios animados únicamente por el paso de algunas bandas de zorros. Nos encontramos solamente con un humano, una indígena que llevaba el rostro embadurnado de rojo e iba montada sobre un asno.

A las ocho y media de la noche llegamos a Barbacoas y, sentados sobre el propio suelo a una cabaña hecha de tierra aprisionada preparamos una cena campestre. El día siguiente llegamos a treinta a las nueve de la mañana. Allí el corregidor Octavio Cotes nos hizo un excelente recibimiento. Una hora después partimos rumbo a La Gloria. Cerca del primer cruce del río de Treinta el terreno se eleva en ondulaciones cada vez más marcadas hasta llegar a las comparticiones (Sic), punto terminal, donde los caminos dejan de ser relativamente buenos. El trece cruzamos la sierra de Treinta. Nuestro paso por Fonseca y por Barrancas por permitió admirar la abundancia de sus obras de ebanistería y de construcción.

En Villanueva las crestas cubiertas de nieve de la Sierra Nevada aparecieron a lo lejos. Las verdaderas dificultades del ascenso comenzaron en el Valle de Upar, al pie de las primeras ondulaciones del macizo central.

Allí tomamos a nuestro servicio a un peón y a dos bueyes, uno de carga y el otro de cabalgadura. Equipamos de esa manera arribamos el 26 de Mayo al pueblo indígena de San Sebastián, a 2012 metros de altura. La civilización, que en ese sitio se encontraba aún representada por algunos comerciantes, cesó completamente después, y de ahí para adelante, solamente nos encontramos con pueblos indígenas de nombres extraños. Bouzinoutch`kouak, Kariouk`ka, Boussink`ki y Dourameynaka, esta última a 3425 mts de altura. En San Sebastián habíamos mandado devolver a nuestro peón y a los bueyes, y para transportar nuestros víveres habíamos contratado cuatro indígenas arhuacos. Sin embargo, esos hombres solamente habían consentido en seguirnos con vivo recelo. Según la costumbre de su región habían consultado al Mama (brujo) y este había respondido que nuestro proyecto no podría ser concluido.

El valle de San Sebastián, que mide un kilómetro de ancho y una media leguas de largo, de la impresión de una calma absoluta: muy fértil, ésta cubierto de casas que asimismo escalan la montaña. Por su parte oriental corre al río Fundación. El pueblo se encuentra rodeado por una muralla. Siendo una antigua misión española., San Sebastián posee un campanario de los más primitivos: un cubo de mampostería sirve de soporte a dos vigas que terminan en un techo de paja en forma de paraguas.

Después de dos días empleados en procurarnos víveres y cargueros, salimos de San Sebastián y llegamos a Dourameynaka. A las siete y cuarenta y cinco de la mañana del 29 de Mayo dejamos ese refugio y nos encaminamos por entre enormes bloques de granito. A las nueve de la mañana llegamos a la cima del cerro Mokon que es dominado por un pagamento de piedra, monumento de la región indígena.

En dirección sudoeste, a lo lejos, divisamos el cono perfecto del cerro Guirkanoa. A nuestros pies rugía el torrente Marabakajouukoua, el cual fluía en dirección sur. Finalmente apareció ante nuestros ojos la cima radiante de la Nevada, la cual desde Villanueva y Valle de Upar había permanecido oculta por el escalonamiento de las montañas. A las doce y catorce llegamos al río Mamankana sobre terreno arenoso. El río rodea por el este y el sudoeste las últimas crestas. Allí se eleva la última choza indígena: el refugio de Ouraka (3208 metros).

La humanidad nos abandonó tal como nos había abandonado la civilización. El sábado, 30 de Mayo, dejamos la choza, nuestro último refugio. Nos encaminamos por el lecho de un antiguo glaciar. La vegetación se encuentra representada solamente por macizos de puña: arbustos de dos metros de altura, de tronco grisáceo y hojas lanceoladas de un verde pálido en su lado superior y de un blanco lanoso en su parte inferior. (N.d.T. se refiere al "frailejón"). A las nueve llegamos a un sitio en el cual el glaciar se divide en dos brazos; nosotros nos remontamos por el lecho norte. A las nueve y veinte, en una corvadura repentina del sendero la cima nevada de la Sierra apareció de

nuevo. Caminamos a lo largo de un abismo de granito al fondo del cual duermen lagos de aguas negrúscas. Algunos cóndores daban vueltas por encima de nuestras cabezas. Los pies de puña se volvían cada vez más escasos y más raquíticos.

A 4200 metros de altura reposamos al pie de un muro formidable de rocas convolutas, cuyo granito se agrietaba y desmoronaba. En ese sitio había de comenzar la parte realmente penosa de nuestro ascenso. Mis hombres caminaban delante mío, y yo tomaba notas. De pronto sentí mi cabeza dar vueltas, puse pie en tierra, me senté y fui víctima de una hemorragia nasal violenta. Núñez acudió a socorrerme y me frotó las sienes con nieve. Los arhuacos me miraban boquiabiertos. Finalmente me fue posible quitarme de encima mi atontamiento, pero me encontraba rendido de fatiga y no me sentía capaz de volver a montarme sobre una mula: acabada de ser víctima del soroche.

Un poco más tarde el mal atacó a Frantz y después a Nuñez. Nuestros pies se hundían en la inmensa sedimentación arenosa. Sobre nuestras cabezas nubes espesas dejaban caer una lluvia fina. Sacudidos todos por la fiebre buscamos un campamento. El viento nos pasmó de frío y nos obligó a establecer nuestra carpa un poco más lejos, al lado de una piedra grande, entre dos troncos de puña. Nos encontrábamos sobre una cresta rocosa (4208 metros) desde donde nuestras miradas precipitaban sobre las aguas negras de dos lagos.

Domingo, 31 de Mayo: Durante la noche el termómetro descendió a seis a seis grados bajo cero. Cuando nos despertamos había vuelto a subir a cinco grados. A las seis y quince nos pusimos de nuevo en camino. Rodeamos la cresta rocosa y llegamos al pie de la última pendiente a las seis y cincuenta y siete. A 4800 metros llegamos al límite de las nieves perpetuas en la vertiente sur de la Sierra. A las once y cuarenta y cinco la fatiga nos obligó a reposar nuevamente. Me acosté un instante sobre la nieve. A las doce y cuarenta y tres proseguí la marcha, pero era un calvario. Mis compañeros me abandonaron: solamente el indígena Norberto consistió en seguirme. Coraje! Alcanzaríamos la cima que ningún hombre antes de nosotros había pisado. Otro esfuerzo más! De nuevo mis fuerzas me traicionaron y permanecí sin conocimiento durante casi una hora. A mis pulmones les faltaba el aire. Solamente me quedaban por subir unos cuarenta metros casi verticalmente. Me mantuve firme y a las dos y veinticinco, alcancé la cima de la sierra ¡5887 metros sobre el nivel del mar!

Al norte percibí un amontonamiento de montañas escarpadas. Las nubes me ocultaban el nororiente y el oriente. Al noroccidente se extendía frente a mí hasta donde alcanzaba la vista ventisqueros, campos de nieve, cimas desagregadas que coronaban crestas de estratificación generalmente vertical. Conté 99 cimas cuya coloración ferruginosa me explica el color negrusco de los lagos. La cima de la nevada ésta quebrada por once valles o gargantas profundas, seis lagos le forman un cinturón, una catarata rugie y hierve a sus pies. Son diez y ocho cimas principales, de las cuales pocas son muy agudas, la mayor parte de ellas consta de vertientes desiguales: una con pendiente relativamente suave y la otra muy empinada, ocasionalmente vertical.

El sendero que nos había conducido hacia la cima nos llevó también de regreso a San Sebastián. Allí tomamos de guía a un indígena, Hermenegildo, que nos acompañó hasta San Francisco, atravesando la línea de los picos. Región extraña, plena de misterios, donde el silencio es imprescindible. El viajero no debe ni gritar, ni cantar, ni hacer uso de armas de fuego: una vibración demasiado fuerte destruiría la condensación atmosférica y provocaría lluvia. Por lo demás, a cada instante bloques de roca se despegan y ruedan al fondo de los precipicios. Los españoles llaman a aquello "volcanes".

Fue atravesando los pueblos Santambouilla, Camitsh`koua, Djounoudjoui, Djuimeirona y Jossagaka que encontré los bosques de palma de cera, fin práctico de mi viaje. Son árboles esbeltos, muy altos, que terminan en racimos de frutas rojas y ramos de hoja de palma. Su corteza destila cera que le da una coloración blanca al tronco. Bastaría con raspar la corteza para obtener una cosecha abundante, pero parece ser que la cera es de una calidad inferior.

El 10 de junio llegamos a San Francisco después de tres días de marcha penosa. El 12 estuvimos en la costa del Mar Caribe y dos días más tarde nos encontramos de regreso en Riohacha. Nuestro viaje había durado treinta y cuatro días. Tenía la satisfacción de haber ejecutado un ascenso útil a la ciencia y, además, había determinado la topografía del macizo de la Nevada de Santa Marta.

Tres tribus de indígenas de indígenas montañosas viven en la Sierra: los Kaggabas al norte, los Bintoukouas al sur y los Goamacas al oriente. El en

transcurso de mis viajes me topé frecuentemente con Goamacas, pero como nunca me quedé donde ellos me abstendré de describirlos. Solamente me ocuparé de los Bintoukoas, con los cuales me encontré en mi viaje de sur a norte, desde las primeras estribaciones de la Nevada hasta la línea de los picos, y que también me abastecieron de guías en san Sebastián.

Mientras que, en general, los arhuacos, son muy pequeños, casi enanos, los bintoukouas son, en su mayoría, grandes. Su lengua también difiere, tanto en vocabulario como en sintaxis, de la de los indígenas del norte. Lo que caracteriza sus palabras es su longitud. Veamos algunas, por curiosidad: "detenerse" se dice messassanaouanangouai; "Sangrar" se dice iouametchounaounangouani. Hablan cantando y es, a veces, bastante agradable escucharlos pronunciar ciertas palabras armoniosas en sus labios: camino, ingouna; frío, kinaten; roca, hámm; nieve, djam.

La mujer es una simple bestia de carga, condenada a los trabajos más duros: la mujer casada es la esclava de su marido, la viuda se convierte en la esclava del pueblo entero. Cualquiera puede mandarla a las plantaciones de coca o de caña de azúcar. La mujer jamás vive junto con su marido. Cada matrimonio posee dos casitas protegidas contra las incursiones del ganado por una palizada, la mujer se aloja de un lado y el marido del otro. Entre las dos casitas se encuentra una piedra sobre la cual la esposa pone los objetos que les quiere hacer llegar a su marido.

El vestido de la mujer se compone de dos grandes rectángulos de tela ajustados sobre cada hombro mediante cordones. Los indígenas dicen que antes de la conquista este vestido fue también usado por los hombres. Pero que, después de la llegada de los españoles, los hombres se vistieron con una especie de dalmática, cuyas mangas largas les llegan hasta los codos y cuyo faldón les cae hasta las rodillas. Debajo de este vestido llevan un pantalón muy ancho, que es cuatro dedos más largo que la dalmática. En el sur estos vestidos son de lana y en el norte de algodón. El traje de los indígenas del norte es completado por un cinturón. En la cabeza se ponen una gorra de algodón en el norte y de fique en el sur.

El accesorio indispensable del atuendo de un indígena arhuaco es una mochila de algodón adornado que se usa colgada a través del pecho, de tal manera que caiga por debajo de un brazo siendo sujeta por el hombro contrario. En esta mochila cargan el poporo, el nouãï y las hojas de coca. La pasión de los indígenas por las hojas de coca solamente es comparable con la de los fumadores de opio. Jamás emprenden un viaje ni se ponen a trabajar sin aprovisionarse de hojas. En cuanto al poporo, nunca los abandonan: son, inclusive, enterrados junto con este precioso utensilio.

La coca es demasiado bien conocida en Francia como para que sea necesario describirla exhaustivamente: al arbusto que la provee da tres cosechas al año. Las hojas tienen cuatro cms de largo y tres de ancho, tomando así la forma de una elipse y siempre terminadas en una pequeña punta blanda. Sus propiedades fueron conocidas por los conquistadores españoles: gracias a

ellas les fue posible aguantar hambre y soportar o vencer el soroche, pero apenas a mediados de este siglo los químicos europeos fueron capaces de aislar la cocaína. En los últimos años esta hoja, tan preciosa para los indígenas, ha conquistado el derecho de ciudadanía entre nosotros. Los indígenas la recogen una a una en los campos que ellos llaman janou y la meten en una vasija de barro (oulourha) únicamente destinada a ese uso. Esa vasija se coloca sobre fuego intenso y las hojas de coca apenas se introducen en la vasija cuando el barro ha alcanzado el grado de calor requerido. Las hojas son removidas por medio de un bastón para que se sequen sin quemarse.

Esta operación se efectúa con gran rapidez, y al cabo de ella las hojas se encuentran secas, pero conservando su color verde.

El arhuaco se pasa su vida mascando estas hojas. A cada instante se le vé introduciendo un puñado en una de sus gamas. Cuando su paquetico de hojas se encuentra bien remojado con saliva, le frota encima un poco de cal que saca de un calabacito llamado poporo por medio de un palito. La cal usada en este caso proviene de conchas marinas calcinadas. El indígena moja con saliva un extremo de su palito para poder sacar la cal. Cuando la masa se encuentra suficientemente impregnada tiene cuidado de limpiar bien su palito sobre el cuello del calabacín. Con el tiempo se forma una estratificación (Kalamoutsa) en el borde de la abertura del poporo. El orgullo del indígena está en poseer una kalamoutsa uniformemente estratificada. Luego pone a reposar su palito dentro del calabacín y esconde todo esto dentro de su mochila de algodón, sin preocuparse de las reacciones químicas cuyo autor inconscientemente acaba

de ser. Sin lugar a dudas el ácido de la planta se combina con la cal, y la cocaína, el alcaloide activo, es liberado. El uso del poporo de alguna manera forma parte de la religión arhuaca.

El segundo instrumento inseparable del arhuaco, y que se podría llamar "maquina de saludar", consiste en dos calabacines pequeños que se insertan el uno dentro del otro, de manera que el uno se sirva al otro de tapa y lo cierre herméticamente. Este estuche, llamado noai o nouai, contiene una clase de miel hecha a base de nicotina.

Cuando dos indígenas se encuentran, primero que todo se cuentan todas las novedades verdaderas o falsas que saben o que han soñado, ya que son gentes de gran imaginación y muy locuaces. A ojos de los que no los conocen parecen taciturnos, pero entre ellos no cesan de hablar. El menor incidente les proporciona un tema, el cual desarrollan muy ampliamente y, a falta de eventos, se narran lo que pensaron en la noche con sobreabundancia de detalles.

El saludo antes nombrado tiene lugar durante esta conversación. Consiste en la siguiente ceremonia: los dos interlocutores toman, cada uno, el nouai del otro, lo abren y fingen tomar un poco de pasta con la punta del dedo. El recuento de las novedades tiene lugar, sobre todo después de este intercambio de cortesías.

En el sur siempre tiene en la mano un bastón. En el norte jamás cargan este accesorio. Siempre andan armados. Sus defectos son los defectos de los débiles: la hipocresía, la cobardía y la mentira.

Durante mi estadía en San Sebastián fui testigo de algunas escenas. He aquí una escena de entierro que me reveló su indiferencia a la muerte. Un joven de 20 años de edad se encontraba enfermo y en su presencia se conversaba sobre su cercana defunción. Al tomar un fin sus quejidos y estar segura su muerte, se le envolvió en varias ropas y se hizo de su cadáver una especie de paquete, el cuál fue atado y suspendido transversalmente en una larga vara. Algunas gentes consideraron como su deber raspar la tierra con pedazos de madera. Mientras ocurrían estos preparativos fúnebres solamente lloraba la madre del difunto con la cabeza apoyada entre sus manos. El padre, abominablemente embriagado, conversaba con una amiga, y los vecinos hablaban de diversos asuntos.

Cuando finalmente se terminó de cavar la fosa, la vara fue traída y puesta por encima del hueco. Soltaron la cuerda, el cadáver cayó en el fondo del hueco y todos devolvieron la tierra con los pies. El Mama presidió el acontecimiento con los brazos cruzados y actitud indiferente. Las tumbas en su mayoría se encuentran a la orilla de los ríos. Son, a menudo, señaladas por cúmulos de piedra, como, por ejemplo, los que ví a lo largo del río Boukouja con motivo de mi ascenso a la Sierra Nevada.

Testigo de dolor de los bintoukouas, también lo fui de sus placeres. El baile consiste en una simple ronda: hombres y mujeres se toman de la mano y se mueven alteradamente de derecha a izquierda y viceversa, pateando la tierra y agitando sus brazos al compás. La orquesta se compone de tres instrumentos: la flauta femenina perforada por cinco orificios, la flauta masculina con un solo orificio y la maraka (sic), que consiste en una nuez de coco o una calabaza equipada con un mango y rellena en una cuarta parte de pequeñas piedras.

El atuendo de las mujeres bintoukouas es rudimentario: ni tocados, ni zapatos. Se fajan literalmente en algodón y los ajustan con una solidez tal que adquiere una trusa. Estorba al andar y los movimientos parecen más torpes. Los efectos dúctiles que podrían esperarse en Europa hacen falta totalmente: las mujeres bintoukouas tienen las piernas flacas y la pelvis muy poco desarrollada.

Cuando la mujer se convierte en madre, carga a su hijo en la espalda dentro de una especie de balsa con forma particular que recuerda a una silla, y cuya asa o correa hombrera se apoya sobre la frente. Un jirón de tela sostiene la cabeza del niño e impide que se le caiga para atrás. Esa bolsa-asiento lleva el nombre de boussaah, cargadas con dos o tres gamas (sic) o pequeñas mochilas llenas de víveres y de otras cosas, aparte del boussaah, las mujeres escalan los picos que parecen más inaccesibles, caminan a lo largo de precipicios, pasan corrientes de agua a menudo muy profundas, todo eso con una agilidad y una ligereza desconcertantes.

Nada es más interesante que comparar al indígena arhuaco con su vecino del Magdalena, el guajiro. Este último, con sus mujeres cubiertas ligeramente con mantas de color tejidas, adorna su cabeza y su pecho con las plumas más brillantes y con collares de dientes de caimán. Vive en la llanura, en medio de sus rebaños y sus esclavos. Es realmente bello, temible, cuando se eleva ágilmente sobre su caballo d carreras, los cabellos al viento, la mano llena de flechas envenenadas.

El arhuaco es completamente distinto: vestido pesadamente, con un traje sobrio, es sedentario en sus montañas, perezoso, sumiso hasta la bajeza. Jamás hace guerra, jamás toca un arma y el símbolo de su carácter es el poporo. El guajiro, valiente y belicoso, es hospitalario.

El arhuaco es débil y no le gusta recibir, pero tiembla frente al carcaj y al arco de su vecino. Por su lado, el guajiro, supersticioso, siempre teme que algún sapo salga de su muchila del arhuaco y se asiente en sus entrañas. De ahí que los unos y los otros se traten con una cierta afabilidad. Se hablan en un español miserable acompañado por una mímica, a menudo, muy divertida.

La vida social entre los bintoukouas es poco desarrollada. Cuando tiene que tratar cuestiones serias que conciernen a todo el pueblo se reúnen en la casa de un principal, encienden los braceros e inmediatamente por encima de estos suspenden hamacas de fique. Los indígenas se mantienen en esas hamacas durante largas horas, hablando cada cual cuando le corresponde y masticando hojas de coca.

Los debates no siempre se celebran en la casa de un principal. Se reúnen también, y muy a menudo, donde el Mama o brujo. El Mama es, de hecho, el hombre indispensable para ellos, dueño de la vida y de la muerte, médico y sacerdote simultáneamente. Como médico usa recetas muy poco complicadas. Cuando se le lleva un enfermo se contenta con darle hojas de maíz en las cuales ha envuelto preferencialmente pequeñas piedrecitas.

En cuanto a la preparación de esas pequeñas piedras, es muy simple: el Mama las ha mantenido por algún tiempo en su boca! Cuando se trata de adivinar los sucesos venideros manda traer una calabaza llena de agua, la coloca sobre un soporte formado por tres piedras y deja caer pequeñas piedras o pedacitos de cuarzo en el agua.

Según el número mayor o menor de burbujas de aire que suben, la respuesta es afirmativa o negativa. El Mama que es capaz de curar, también puede enviarles enfermedades a sus enemigos: puede, o al menos se vanagloria de poder, hacerles entrar en el cuerpo de sapos, ranas, lagartijas y arañas. Esto es lo que inclusive a los guajiros les infunde respeto frente a sus débiles vecinos.

Como sacerdote el Mama bautiza a los niños mediante ceremonias muy anteriores a la llegada de los españoles. Es, por lo demás, una operación bastante larga. El sacerdote comienza por ayunar, después lleva al niño a la orilla de un río y le coloca sobre la lengua un pedacito de aquellos alimentos que podrá comer más tarde. La ceremonia se repite durante cinco o seis días

consecutivos. Es igualmente en la calidad de sacerdotes que los Mamas asisten a los matrimonios y a los entierros.

El matrimonio que en casi todos los países es acompañado por ceremonias y alegría, no da lugar aquí a nada parecido: el Mama se contenta con hacer comparecer ante él a los futuros esposos y de dirigirles un discurso pleno de recomendaciones sabias; no se puede llevar más al extremo la simplicidad.

Los hombres pasan su tiempo libre en comunidad, en casas más grandes, sitios de reunión llamados nuchéis que el viajero reconoce fácilmente por la decoración que adorna su cima. Mientras que las otras casas terminan en un simple trapecio formado por la intersección de un ramaje horizontal con los postes que surgen del extremo del techo, la punta de los nuchéis es, además, coronada por una docena de palos reunidos por bejucos. (N. Del T: se refiere a los templos, también conocidos con cansamarías o kankúnos).

Las casas comunes nunca tienen más de una pieza. Cuando la casa es cuadrada dos agujeros hechos en los lados del techo dan paso al humo. Cuando la casa es redonda el humo simplemente de siete a ocho metros. Encienden un fuego sobre el suelo, en cualquier sitio de la casa.

En una casa de esas habitaciones primitivas fue donde vivió el gran geógrafo Elisée Reclus en San Antonio, y no fue una de las emociones insignificantes de mi viaje el haber encontrado vivo en la región el recuerdo de su estancia

Por lo demás, es indudable que antes de los bintoukouas, gentes más fuertes habían vivido en la región que ellos ocupan actualmente. Su civilización pereció, pero de su existencia quedaron rastros indudables, tales como los pagamentos en el cima del monte Djouunoud'joui y las hiladas circulares de piedras que subsisten al borde del Río Boukouja.

Un barco de vapor me llevó de vuelta de Riohacha a Sabanilla y posteriormente a Francia, donde permaneci solamente veintisiete días. En octubre de 1891 me encontraba de nuevo en Riohacha. De ahí me dirigí a Santa Marta con la intención de ponerme a disposición del gobernador, Don Ramón Goenaga, actualmente cónsul general en Londres, después de haber sido exitosamente cónsul en Curaçao, San Názaro y Southampton.

El gobernador me nombró jefe de la comisión de Exploración Geográfica del Magdalena. Me comprometí a recorrer el departamento considerando las siguientes cuestiones: debía visitar el territorio indígena arhuaco y estudiar la posibilidad de una vía férrea de Riohacha a Tamalameque, recorriendo las orillas del Río Magdalena, dejando la Sierra Nevada al occidente y bordeando al oriente los Andes Colombo-Venezolanos. Debía atravesar los Andes, bajar los ríos Zulia y Catatumbo, los cuales desembocan en el lago Maracaibo, llegar a Maracaibo y desde ahí devolverme a Riohacha atravesando la parte suroccidental de la Guajira.

El viaje había de tener un prefacio: saliendo de Santa Marta, me veía obligado a cruzar las estribaciones occidentales de la Sierra Nevada y la línea de los

picos, caer a la costa en un punto llamado Palomino y llegar a Riohacha. Pero un accidente que le ocurrió a mi equipaje me hizo renunciar a esta ruta y me embarqué simplemente en la primera goleta con destino a Riohacha.

El 11 de abril de 1892 salí de Riohacha en compañía de un peón negro, llamado Rafael Jiménez, antiguo mensajero del correo. Había podido procurarme un caballo de esa excelente raza guajira que tiene cualidades en parte del andaluz por la belleza de sus formas y en parte del árabe por su resistencia a la fatiga.

La ruta que seguimos avanzó a través de la Guajira, región en la cual los civilizados no gozan de una seguridad íntegra. La región que atravesé no me era desconocida: ya la había visitado en 1891 con motivo de mi ascenso a la Sierra Nevada. Entre las últimas ondulaciones de los Andes, a mi izquierda, y las estribaciones extremas de la Nevada, a mi derecha, el suelo era fértil, cubierto de una vegetación desmedrada. Posteriormente el valle se ensanchó revelando ricas planicies donde la vegetación tropical florecía en todo su esplendor.

La población se compone de españoles, descendientes de los primeros colonos, y de hijos de los negros africanos traídos por los conquistadores. También existen mestizos de españoles, de negros y de indígenas. Sin embargo, es digno de atención que los indígenas se mezclan poco con otras razas. La existencia de esas gentes es apacible, consagrada a la agricultura y a la cría. Sin embargo, la falta de perfeccionamiento agrícolas y de vías de

comunicación impide que esta magnífica región produzca lo que sería de esperarse juzgando por su gran fertilidad. Pasé por Barrancas, Fonseca y San Juan. El 18 de abril encontré en Villanueva al hijo de un carpintero francés, M. Dangon, corregidor del lugar, hombre de una amenidad completa.

Pasé los días 21 y 22 en Valle de Upar, donde el prefecto, señor Bernardo Araujo, me brindó la mejor de las acogidas. La ciudad que lleva actualmente el nombre del cacique Upar antiguamente se llamó Ciudad de los Reyes a causa, sin duda, de un panel esculpido representando los Reyes Magos, que se ve todavía hoy en la catedral. Otra iglesia, la de San Francisco, casi abandonada hoy en día. Posee pilas de agua bendita hechas de bronce y decoradas con bellos trabajos de cinceladura. Finalmente llegué a Diegopata, en territorio Motilón, el cual recorrí en una extensión de 11 Kms.

Hasta 1832 los motilonos le suministraron a los civilizados plantas medicinales que recolectaban en sus montañas. Un día su cacique bajó a buscar a un habitante de Espíritu Santo para confiarle su hija, a la cual quería hacer educar como a una joven persona civilizada. El civilizado aceptó, pero muy pronto tuvo buena razón para arrepentirse: su hijo sedujo a su huésped.

El cacique exigió el matrimonio y se encontró con una negativa. Se devolvió a su montaña y se puso en pide de guerra. Para conjurar el peligro que les amenazaba, los civilizados se refugiaron en una traición: les propusieron a los indígenas compensar la precedencia injusticia. Los indígenas por su lado juraron olvidar su rencor y de ambos lados se convino celebrar la reconciliación

con un banquete. Los civilizados hicieron correr torrentes de ron. Al encontrarse borrachos los indígenas, los civilizados los masacraron.

A partir de esa época (1840), los motilones les dedicaron un odio vehemente a los civilizados y no volvieron abandonar las montañas, dejando así la llanura a sus enemigos. Ocultos en la espesura del bosque acechan al viajero solitario y lo matan de un flechazo. Roban el ganado de los ranchos y les cortan las corvas a las vacas que no se pueden llevar. Mantienen los cuatro o cinco pueblos que se encuentran diseminados por su territorio en su estado de asedio permanente.

Espíritu Santo últimamente ha tomado el nombre del célebre geógrafo italiano Codazzi me dirigí a Casacava, pueblo situado en medio de la espesura, verdaderas islas de verdor perdidas en la sabana. Después pasé por Hatillo y Becerril, situados en una llanura soleada cubierta de palmas.

En Becerril me presentaron a una niña motilona a la cual los azares de los combates habían reducido al cautiverio: estaba al servicio de una de las autoridades del sitio. Ella aceptó dejarse tomar una foto en un bosque de palmeras. La palabra "aceptar", por lo demás, no es más que una manera muy imperfecta de expresar su sumisión: en realidad ella creía que le había llegado la última hora, pero tal es la impasibilidad de esos seres primitivos frente a la muerte que ella no reaccionó frente al terrible aparato, ni tampoco manifestó felicidad al encontrarse viva después. Algunos regalos insignificantes, una

brújula rota y un pañuelo rojo fueron la recompensa por su coraje y su buena voluntad.

Los motilones difieren completamente de los guajiros: su piel tiene el color de las hojas secas y se pintan la cara con una capa espesa de pintura roja que los desfigura. Su cabello generalmente es corto y llevan una perilla, pero poco abundante.

El 26 de abril me dirigí a Chiriguana. Los alrededores de ésta ciudad son encantadores: a dos millas al oriente, los Andes, de un azul cobalto claro, encierran el horizonte. De los demás contados se extiende la sabana de hierba corta, cubierta de grupitos de árboles, por lo general poco elevados, y de palmas. Esta planicie está generalmente cubierta por montículos de tierra que varían entre un metro y medio y tres metros de altura: son hormigueros ("comejenes", o nidos de hormigas). Sus contornos a veces toman formas muy onerosas.

La pequeña ciudad de Chiriguana, que igualmente debe su nombre a un antiguo cacique, está poblada de españoles y de negros descendientes de esclavos africanos. Es el centro de la industria de esteras y de sombreros que se dicen de panamá ("palmita" y "jipijapa").

La palma que sirve para fabricar las esteras no pasa de cinco mts, de altura. El trabajador comienza por cortar la envoltura del tronco que ha dejado crecer solamente ese mismo año, elimina cuidadosamente las pequeñas espinas que

erizan las hojas e igualmente desprende las fibras de la envoltura y las reduce desprende las fibras de la envoltura y las reduce a tiras que pone a secar al sol. Las tiras pierden entonces su color verde y se vuelven blancas. Para teñirlas de negro basta dejarlas dos o tres días en el lodo de la región, lavarlas y ponerlas a hervir en una olla con hojas de bija. Si se utiliza únicamente la bija como tintura se obtiene un color rosado.

El azul se consigue con la fruta verde de la jagua triturada. Para el amarillo oro se ponen a hervir las fibras con racimos triturados de la batatilla. Los sombreros de palmita se fabrican con la envoltura del junco caña brava: al partir este junco su parte interior presenta una especie de paja que se trenza y se branquea al sol. Los sombreros de jipijapa son los más finos. Para producirlos se quita la parte verde de la envoltura de la iraca (tipo palma que no pasa de dos metros de altura). Se escoge la parte blanca que se cocina en agua y jugo de limón.

El examen de itinerario que había seguido desde Riohacha me demostró que nada se oponía a la construcción de una vía férrea. Al contrario, la construcción física del suelo se presta admirablemente al establecimiento de la gran vía que hará posible el desarrollo de las innumerables riquezas de las cuales esta región se encuentra abundantemente dotada.

El 7 de mayo me interné en la selva, pese al deseo de mis anfitriones de hacerme pasar por el lago Zapatosa. Era evidente que una vía férrea era

posible en la región, pero más al oriente, ya que la región boscosa que atravesamos se encontraba completamente inundada.

Uno o dos pies de agua habían hecho desaparecer todas las trochas. Mi peón abrió la marcha consultando las marcas grabadas en los árboles. A cada instante era necesario inclinarse para evitar tener la cara azotada por las ramas, y para no tener los pies en el agua, subir las piernas sobre la grupa de nuestros caballos. La selva cesó finalmente para dar paso a una sabana cubierta de palmas y de árboles peralejos.

A la una y media de la tarde llegamos a Tamalameque, uno de los pueblos más bellos del Magdalena, sonriente como el sur de Algeria, con sus palmas y sus chingales. Y qué buen acogimiento! El Alcalde, señor Pantoja, me hizo conducir al colegio que en ese momento se encontraba abandonado. Me acomodé entre las bancas y los pupitres.

El 10 de mayo retomé mi camino por un terreno bajo e inundado, a través de una selva interminable a la cual siguieron tierras férricas y una sabana inmensa, a dos millas al oriente de la cadena de los Andes. De esa manera llegué a Simaná, donde el secretario del alcalde me condujo a la casa de gobierno.

La continuación de mi viaje debía conducirme a Aguachica. El camino era terrible, desafiante de cualquier descripción. En algún momento, inclusive las marcas sobre los árboles de la selva inundada dejaron de aparecer, y sin

nuestra brújula, hubiéramos estado perdidos. No obstante, terminamos llegando a un claro donde vivía toda una familia como en una isleta.

Salimos finalmente de la selva de Norian, la cual antiguamente era atravesada por un camino, abandonado hace unos veinte años. Después comenzaron las primeras ondulaciones de los Andes. Al poco tiempo, desde la cima de un promontorio, nuestra vista se extendía sobre al cordillera y sus picos incontables, mientras que el lado opuesto del Magdalena extendía las cintas plateadas de sus meandros. Después de fatigantes alternaciones de ascensos y descensos llegamos a Aguachica.

El 13 de mayo comencé la travesía de los Andes. Era la primera vez, después de Riohacha, que abandonaba que abandonaba la dirección del sur para encaminarme rumbo al oriente. La Sierra, primero con pendiente suave, San Pablo (donde se encuentra una mina de oro de aluvión), el pequeño pueblo de Santo Domingo y, finalmente, los Sainos, donde me detuve sobre un promontorio rodeado de montañas.

El 14, a las once, llegamos al pico del monte Corredor. De ahí el panorama era grandioso: un océano de montañas azules. Las vertientes de los montes menos pendientes estaban plantadas con cafetales.

Al medio día nos encontramos en Botaré, sobre una grupa montañosa, en frente de otra grupa que portaba el pueblo de San Antonio. Allí presioné a mi caballo y a mi caballo y a mi mula, cansados ambos, sobre todo la mula.

El 19 había retomado mi camino a través de los Andes y llegué a Río de Oro. El día siguiente la lluvia nos obligó a buscar abrigo en un rancho: entre las personas que estaban refugiadas allí estaba el señor Riasco para el cual yo llevaba una carta de recomendación. Esta carta me introdujo a Ocaña, bello centro de población donde los alemanes se encuentran en gran número. La ciudad es muy limpia y encantadora.

El 31 de mayo salimos de San Pedro y atravesamos el Río Sardinata. Después pasamos por un desfiladero que recibe el nombre de "Sepultura" a causa de su disposición peligrosa. El primero de junio llegué a la ciudad de Salazar, situada en una planicie, más allá de las últimas estribaciones de los Andes. La travesía de la cordillera había durado veinte días. Inmediatamente después de haber descendido al hotel, el telégrafo me comunicó que al día siguiente partía de Buenaventura, sobre el Río Zulia, un vapor de pasajeros con destino a Maracaibo.

La misión que me dio el gobierno colombiano me impuso como deber devolverme a Santa Marta, mi punto de partida, atravesando el lago de Maracaibo, la región de los guajiros y la línea de los picos de la Nevada de Santa Marta. No tardé mucho en diseñar mi proyecto: de Salazar, donde me encontraba, me devolvería sin retraso, a lomo de mula, a Cúcuta, de donde el tren me llevaría a Buenaventura. Pero ese plan tan sencillo era impracticable. Cuando hablé de Cúcuta me miraron con terror: Cúcuta era el centro de la fiebre amarilla desde que un terremoto había transformado el suelo y el clima

de esta ciudad. El hijo de Moncada me declaró francamente que él no iría y de hecho se devolvió a San Pedro.

Todas las personas a las que quise intentar por mi viaje levantaron los brazos al cielo: ni por dinero, ni por oro, no querían poner el pie en una ciudad cuyo aire se encontraba infestado. Triste, opté por esperar una oportunidad y me fui a dar un paseo por las calles. Pronto mi atención fue traída por el sonido de una guitarra acompañando la voz de un cantante. Me acerqué. El cantante era un hombre acostumbrado a contentarse con poco: su chaleco estaba confeccionado de un pedazo de tela cuya marca de fábrica, un sol con sus rayos, le cubría el centro de la espalda. Con el aire indiferente de un Diógenes gemía esta irónica queja:

“Gracias a dios que tengo dos camisas que lavar, la una que me ofrecieron y la otra que me van a dar”

Un hombre que convertía de esa manera su propia miseria en burla debía estar dispuesto a todo, por lo mismo me dirigí a él y le pregunté: - De donde viene las canciones que usted canta tan bien en la guitarra? – De Cúcuta, respondió él. - ¿De Cúcuta? No le teme usted entonces a la fiebre amarilla? – Soy de Cúcuta, replico aquel, mi mujer y mis hijos murieron de la fiebre amarilla allá, pero yo no le tema a nada.

Nuestros cuerdos fueron hechos rápidamente y nos pusimos en camino en el acto. La noche nos obligó a hospedarnos en La Tinta.

El 3 de junio, a las cuatro de la mañana, retomamos de nuevo nuestra actividad, pero la distancia era demasiado grande y, como llegamos a las dos de la tarde a Cúcuta, era inútil continuar nuestro viaje: el barco de Bonaventura (sic) ya había partido. Cúcuta se encontraba plagada de oficiales, a causa de la guerra en que se encontraban en ese momento Colombia y Venezuela. La ciudad poseía un teatro, una plaza y el prefecto me invitó a una corrida de toros. Me decidí a quedar. El doctor Sojo que había hecho sus estudios de medicina en París, primero me quiso convencer de irme, pero cuando se enteró que yo había sufrido de esas fiebres, fue el primero en predecirme que esta vez permanecería ileso. Se dice que contra la fiebre amarilla existe una vacuna poco agradable pero infalible: para los europeos que viene a establecerse en Cúcuta bastaría pasar por Maracaibo donde la fiebre es benigna. La estadía en Cúcuta ya no significaría ningún peligro para ellos. Yo me había enfermado y, por lo tanto, ya no me podía volver a enfermar. Mi estadía en Cúcuta fue un reposo.

El 8 de junio llegué por tren a Bonaventura donde me embarqué en el vapor Colombia hasta un punto llamado Encontrados, donde confluyen el Zulia y el Catatumbo. Allí me embarqué en el vapor Progreso que el 11 de junio me llevó a Maracaibo.

El doctor Sojo que hizo el viaje conmigo me atendió: me había dado tifus. Un incidente grotesco se produjo en el hotel en el que me alojaba. Mientras tiritaba un oficial venezolano penetró en mi habitación y me preguntó, sin explicación alguna, donde había escondido yo al general... creyendo que se me estaba

haciendo una mala jugada, le supliqué al militar que no molestara mi reposo. Me contó entonces que un general del partido contrario se estaba refugiando en el hotel.

Lo dejé revisar mis muebles, por lo demás, sin éxito. Pero poco después vinieron a anunciarme que el general acababa de ser descubierto en la cocina y que lo había llevado a la prisión junto con la cocinera, culpable de haberlo ocultado ante la búsqueda!

El 21 de junio me embarqué en una goleta con destino a Sinamaica. El día siguiente alquilé mulas que me llevaron a Las Guardias en la frontera con el territorio guajiro. Un general venezolano que estaba al mando de este puesto me vendió un caballo y me acompañó hasta Paraguaipoa. Allí me puso en manos de un hombre de confianza que me condujo hasta un sitio donde yo ya conocía a los habitantes.

Hacia ya veintiséis días que me encontraba de viaje. Las fiebres y la fatiga habían debilitado mis fuerzas: cada cuarto de hora me veía obligado a descender del caballo y a extenderme sobre el mismo suelo. De esta manera llegué al pueblo de Kasouto. Los indios, viéndome reducido a causa de la enfermedad, me robaron mi caballo en la noche. Sin dejarme descorazonar envié a mi peón a prevenir a mis amigos los indígenas del norte y, particularmente, a un médico indígena que se apresuró a acudir con sus hombres. El médico encontró, sin mucho esfuerzo, al caballo y al ladrón, por lo

cual me mostré muy agradecido. Pero cuando pretendió curarme, por poco me vi obligado a enfadarme.

Partí solo, con un joven indígena, para atravesar el territorio de los Apaches. Esta tribu no se encontraba entonces en buenos términos con mis amigos los Oulianas. Al anochecer llegué a uno de sus pueblos llamado Paoutagn. Me presenté audazmente creyendo que no me conocían. Pero sucedió que dos mujeres de Riohacha que habían venido a este pueblo a vender collares de coral me designaron como amigo de los Oulianas. Cuando desperté vi alrededor del rancho donde había guindado mi hamaca una masa hostil.

Mientras permanecía en la habitación me encontraba protegido por las leyes de la hospitalidad, pero si cometía la imprudencia de sacar un pie al exterior estaba destinado a ser traspasado por flechas. Una astucia me salvó. Salí con las manos llenas de "cuartillos" que distribuí entre las mujeres y los niños. De todos lados se me cantaron alabanzas. Los hombres, desconcertados, se consultaron entre ellos. Mientras deliberaban me monté en mi caballo y desaparecí. Algunos días más tarde me enteré que se habían cargado mutuamente la responsabilidad de mi huida, que se habían golpeado y que seis muertos habían cubierto el suelo. En pocos días atravesé la base de la península guajira la cual había de ser cruzada por mí en todos los sentidos en mis itinerarios ulteriores. Pero antes de describir las costumbres de sus habitantes debía concluir de buena manera mi misión presente. La ultima parte de mi viaje no era la más peligrosa pero la más penosa, tal vez a causa de la humedad persistente en la selva y de la neblina helada de las montañas, y

consistió en ir de Riohacha hasta Palomino bordeando el mar y después a Río Frío atravesando la línea de los picos de la Sierra Nevada de Santa Marta.

La Sierra Nevada que se eleva, como ya lo dijimos, desde la playa del Mar Caribe hasta una altura de 5887 metros y que ocupa un millón de hectáreas, es habitada por los arhuacos. No es aquí el momento de describir las cuatro tribus de las cuales está compuesta esta gente y que hablan, cada una, una lengua distinta. Sólo teníamos en consideración al viaje mismo.

El 15 de agosto me fui de Riohacha y en la noche de ese mismo día dormí en el pueblo de Dibulla que antaño, bajo el nombre de San Sebastián de la Ramada, fue una de las ciudades más opulentas, gracias a la vecindad de las minas de oro taironas. De Dibulla me llevé algunos peones y me encaminé a lo largo del río Palomino, remontándolo. Este río debe su nombre al conquistador Palomino que en 1527 se ahogó en él cuando intentaba apoderarse de los tesoros de Pocigueica (sic), capital de los taironas. Mi marcha se dificultó por el cruce de nueve ríos, crecidos a causa de las tempestades.

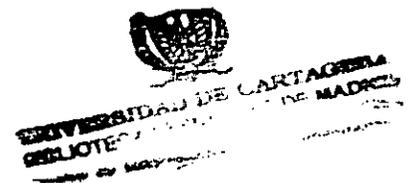
No obstante me interné en la selva por una pica o trocha que conducía hasta el pueblo indígena de Taminakka. Nos habíamos visto obligados a abandonar nuestras bestias de carga, para las cuales las pendientes abruptas eran impracticables, e íbamos a pie. Al llegar a la orilla del Río Kaoutcheiji, una herida que me había hecho en un pie me impidió ir más lejos. Que hacer? Envié a Taminakka al mestizo Cecilio, uno de mis compañeros, para que ensayara persuadir a los habitantes de ese pueblo a que me mandaran un

buey de silla. En ese tiempo Taminakka tenía de jefe a un tal Noivita, cuya historia parece una novela.

El gobierno colombiano hace algunos años había tomado de cada tribu del Magdalena dos a tres indígenas jóvenes cuya inteligencia los designaba como susceptibles de educación y los había mandado criar en Santa Marta. Noivita había sido uno de esos elegidos: había permanecido en la ciudad hasta los dieciséis años. Sin embargo, la larga estadía que había efectuado en un medio civilizado había transformado sus hábitos: de regreso a su pueblo fue el blanco de todo tipo de burlas. El desgraciado se había cortado el cabello, y peor aún, había casi olvidado su lengua materna.

Antes de atreverse a aparecer en público se vio obligado a volver a aprender el arhuaco y a dejar crecer su cabello. Su superioridad intelectual se manifestó entonces: era el único del pueblo que sabía leer! Esta particularidad, conocida por mí, me permitió enviarle un escrito en el cual le pedía un buey, víveres y cuatro hombres.

El peón negro era el único que quedaba para hacerme compañía y me construyó un techo de palmas sostenido por cuatro palos. Extendió sobre el suelo una cama de hojas y yo creí poderme reposar. Sin embargo, tuve que renunciar a ello al instante: los mosquitos no me concedieron ni un instante de tregua y, para colmo de males, los tres fósforos que poseía se resistían a encenderse. Imposible hacer un fuego, humo, para espantar los insectos



terribles. Una sed ardiente me devoraba. El único medio para aplacarla consistió en arrástrame hasta la orilla del río.

19 de agosto. No había comido nada desde la tarde anterior hasta la mañana y era, al contrario, alimento de los mosquitos que se aglomeraban principalmente alrededor de mi cuello. Pese al calor, terminé por envolverme en una cobija de lana. Qué situación para un hombre que debía finalizar su viaje el primero de septiembre y que era aguardado por las autoridades.

A las 12 y media de la tarde me decidí separarme de mi compañero y mandarlo a la costa de víveres. Al atardecer me envió otro negro, Agustín Peralto, manco y el reposo. Sin duda para tranquilizarme, a mí que había pasado medio día solo, el leproso me anunció que descubrió huellas de jaguar a lo largo de todo el camino. Felizmente, pese a que traía fósforos e hizo un gran fuego en el cual puso a secar hojas y hierbas produciendo así nubarrones de humo. Hemos entonces ahí, medio asfixiados, pero cualquier cosa antes de ser aún más devorados por los mosquitos. El leproso también había traído consigo cigarro de la región y bananos que pusimos a cocinar. Finalmente me fue posible comer! La noche estuvo marcada por una tormenta horrible. Entre los rayos unos resplandores persistentes atrajeron mi atención: parecían ser fosforescentes emanadas de la descomposición de cientos de árboles.

20 de agosto. Esta vez nos encontramos en real escasez, los bananos se nos habían agotado y, para colmo de males me quemé cruelmente una mano al atizar el fuego. Agustín me enseñó que las quemaduras se curan acercando al

fuego la parta afectada: seguí este consejo homeopático y me sentí bien. Encontrarse bien es un decir para un hombre que carece de todo. La situación estaba crítica. Súbitamente el leproso se levantó y como si hubiese estado inspirado pronuncio:- Van a venir viajeros. Le pregunté de dónde sacaba él tal certeza. Me hizo señas para que escuchara el canto de un pájaro escondido en el ramaje de un árbol cuya base era tan ancha que ni veinte brazos hubieran podido rodearla. Escuché: el pájaro repetía por décima vez la primera frase de la marsellesa. En cualquier otro sitio de la tierra hubiera creído que se trataba de un engaño pero a orillas del Palomino era necesario tomar en serio este suceso. Agustín me explicó que el pájaro cantor, el monteador, solo se dejaba oír cuando veía seres humanos cuyo acercamiento anunciaba de esta manera.

El hecho es que después de algunas horas de espera vimos volver a mi peón negro en compañía de dos arhuacos. El monteador hubiera debido cantar más pronto. Uno de los arhuacos, Pinto, tenía ojos grandes bastante rasgados y elevados hacia las sienes, cabello largo y era lampiño. Era notable por la finura de sus pies y manos. El otro Zudengana, tenía apariencia de muchacha, con la frente alta, la nariz aguileña y el cabello muy largo. Parecía más inteligente que su acompañante. Ambos vestían un pantalón corto y muy ancho, fácil de arremangar al pasar un río, y una especie de dalmática cuyas mangas, muy amplias, llegaban por encima del codo. Dos mochilas y un fusil de culata viejo complementaban su atuendo. Nos trajeron víveres, sobre todo, pollos y bananos y un triguillo que habían matado en la selva.

Prendimos una gran hoguera y los Kaggabas clavaron postes de los cuales suspendieron sus hamacas. Cuando apaciguamos su hambre y la nuestra yo los interrogué, o al menos, traté de hacerlo: ni el uno ni el otro sabían su edad, como es normal entre los indígenas, por lo demás. Esto me recordó que atravesando el Chaco, entre Bolivia y Paraguay, me encontré con pueblos enteros cuyos miembros no tenían nombre. Cuando necesitaba designarse se señalaba con el dedo.

21 de agosto. El monteador cantó de nuevo la marsellesa, pero era imposible divisar los viajeros que nos anunciaban: acampábamos en el fondo de una garganta. Mientras esperábamos, los indígenas asaron dos pavas salvajes desarrolladas. El plato no hubiera estado del todo mal a no ser por el barro a través del cual lo habían pasado y que parecía no molestar en absoluto los paladares y dientes de nuestros huéspedes nativos.

Al medio día Cecilio volvió con dos arhuacos. Me explicó su retraso: el camino a través de la selva no existía, y a cada instante el machete debía intervenir para abrir un paso para la vaca que me traía. A las cinco una tempestad diluvial se abatió sobre nosotros. Mande cavar dos desagües alrededor de nuestro campamento. Los indígenas dispusieron un techo de palma sobre sus postes. A las seis el río se desbordó y se llevo todo. Los desgraciados vinieron a refugiarse cerca de mi campamento comprendiendo finalmente que yo tenía razón en establecerme sobre una pequeña loma.

El día siguiente Agustín, el leproso, se despidió de mí. También yo recogí mi equipaje, pero antes de irme de este sitio, donde sufrí tanto, grave mi nombre en un árbol inclinado sobre el río. Nada apega tanto a una región como el dolor. A las cinco llegue al rancho de la Cueva, piedra tallada en forma de gruta que nos sirvió de abrigo.

23 de agosto. Llegue finalmente a Taminkka y me extrañó mucho no ver aparecer al jefe del pueblo, Noivita: estaría enfermo rehusaría venir a mi encuentro? De pronto vi venir un hombre vestido de chaleco y pantalón, calzado con un par de botines, era Noivita!

Teniendo que salir a recibir a un civilizado quiso ponerme él mismo su traje de civilizado, pero con ello solamente consiguió verse grotesco. Mientras tanto avanzó majestuosamente, fijándose en el efecto que debías producir su atuendo. Súbitamente gritó en francés: - Buenos días, señor! Yo respondí con cortesía.

Los indígenas que formaban calle no podían creer lo que escuchaban: Noivita no solamente estaba instruido en la lengua española, también podía conversar con un francés. Noivita era un sabio universal! De todos lados señas de admiración acogieron las dos palabras pronunciadas por el jefe. El jefe, un indígena con el oído ejercitado, se dio cuenta del efecto producido y, para aumentar aún más la sorpresa de sus súbditos repitió sin cesar: - ¡Bonjour, monsieur! ¡Bonjour, monsieur! Sus conocimientos de francés se limitaban a esa expresión. El señor Celedón, hoy en día obispo de Santa Marta, y a quien se

deben gramáticas de varios idiomas nativos del norte de Colombia, cuando era apenas cura había estado encargado de la educación de los jóvenes indígenas escogidos por el gobierno y les había enseñado algunas palabras en inglés y en francés. Como Noivita hablaba muy rápido sus compatriotas creyeron que me estaba haciendo un gran discurso. En 50 años se hablaría todavía de su genialidad.

La región era encantadora y podía convertirse en un centro de colonización muy importante. Fijé el sitio para una choza de un monolito gigantesco. En seguida le advertí Noivita que debía poner cuatro hombres a mi disposición para la madrugada siguiente. A las cuatro de la mañana me levanté y no encontré nada listo. Durante la noche los indígenas se habían reunido y habían decidido no obedecerme. Llamé a Noivita que llegó sonriendo tontamente. Con el dedo le señalé la cima de una montaña y dije: - Cuando el sol aparezca por encima de esa roca quiero que los hombres estén listos para partir. El continuaba sonriendo confiado en su fuerza de inercia.

Cuando el sol comenzó a acercarse a la cima de dicha montaña sacudí rudamente a Noivita diciendo: - No me designaste ningún hombre y, por lo tanto, los voy a recoger yo mismo. Sírvenme de intérprete "Con el dedo indiqué a los más burlones. - Este, por ejemplo. - Ese quiere ir a su culto respondió Noivita. Llamé a Cecilio. - Cecilio tráelo!" Escondieron al indígena y cuatro hombres aparecieron y fueron contratados - si es que se puede llamar contrato a algo así- formando así una escolta suficiente. Partimos, quedando en términos hostiles con el pueblo.

En la tarde llegamos a piedra de Magniji, roca enorme que pende sobre el río del mismo nombre y que se abre dando lugar a una caverna de ocho metros de altura y 22 metros de largo y ancho. Decidimos pasar la noche allí. Después de asar un cochinito que tuve cuidado en mandar traer desde taminakka tomamos medidas para no dejar huir a los indígenas, siguiendo mis órdenes los cuatro indígenas se organizaron en el fondo de la caverna y yo me situé a la entrada, alerta a cualquier movimiento. Fue convenido que a media noche Cecilio vendría a reemplazarme en la guardia. Cerca de las 11 de la noche un ruido avanzaba en nuestra dirección. Desperté a Cecilio: era evidente que los habitantes de Taminakka venían a vengar la injuria causada a su jefe en la mañana. En seguida apareció Noivita personalmente, pero sus intenciones era pacíficas: temía las consecuencias de haber incumplido las órdenes del gobernador, que ponía a mi disposición una escolta siempre cuando yo lo juzgara necesario para cumplir mi misión. Por consiguiente, llevaba consigo seis hombres y cuatro viudas, estas últimas cargadas con víveres.

El 26 de agosto entramos a la zona helada: de 30 grados la temperatura cayó a nueve. Dos de mis hombres se vieron retenidos por la fatiga y, probablemente, también por la imprudencia con la que, bañados en sudor, se bañaban en todos los ríos que nos encontrábamos. Es, por lo demás, costumbre de los indígenas buscar en el agua helada de los ríos un alivio contra el peso del calor: esta costumbre debe ser una de las causas de la brevedad de su existencia. Es raro encontrar viejos entre ellos. Continuamos nuestro camino a través del espeso de la selva, bajo un sol pálido que se filtraba apenas por entre las hojas y las ramas.

Hacia las nueve y media descansamos frente a un ascenso casi vertical que nos esperaba seguidamente. A las once descubrimos en el oriente, la montaña Oulourloué, cuya masa extravagante estaba cubierta de palmas aloungas (sic). Estos árboles producen pequeñas frutas sumamente duras, utilizadas como balas y plomo en la caza de cerdos salvajes por los pocos indígenas que poseen fusil. Al medio día descansamos de nuevo en el pico del Magniji, después caminamos hasta Oulouéji, pueblo al cual se llega por un puente de lianas.

El 28 de agosto a las seis y media salimos de Oulouéji, donde nuestra escolta dejó a dos mujeres y a un muchacho que se encontraban sin fuerzas. Un antiguo camino de piedra nos llevó bruscamente al cerro Oulouéjigheka, al cual subimos. Mis indígenas se quejaban de dolores de cabeza y punzadas de costado. En una hora y media llegamos a Ouloujissak. Allí constaté que las fuentes del Río Frío y del Palomino que en todas las cartas geográficas se acercan mucho, en realidad están separadas por una distancia considerable. Al contrario, la fuente del Río Frío es vecina de la del Oulouéji. Seguimos el curso de este último río hasta una cascada que recibió, en el momento del centenario de la conquista, en nombre de Los pinzones, nombre de los compañeros de Cristóbal Colón.

El 29 de agosto llegamos a una altura de 4676 metros. La noche fue glacial. Poco después, sobre la montaña Ghekassankala (5210 metros) gozamos de un panorama esplendido. Después entramos en la zona de las lagunas (lagos de montañas) y llegamos a la línea que separa las aguas del Mar Caribe de las de

la ciénaga. De unos pozos emanaba aguas negras: era el nacimiento del Río Oulouéji, conocido por los españoles bajo el nombre de Don Diego. Alrededor de nosotros las rocas se elevaban en forma de cono, de pirámide, en un caos indescriptible. Ya no se veían ni árboles ni flores.

Hasta donde la vista alcanzaba solamente se divisaban manojos de hierba delgada y una planta parásita, la *malbouet'ti*, cuyas hojas entrelazadas retenían el agua de lluvia como una especie de embudo. Todo tenía un hálito de misterio en estos parajes donde la vida parecía ausente, y nuestras palabras eran repetidas y agrandadas por un eco largo y sonoro. La marcha se hacía penosa hasta tal punto que Cecilio, mi fiel guía, abandonó la cabeza de la caravana y nos siguió a alguna distancia. Si no renunció a llevar más lejos esta aventura cuyo término huía sin cesar, era sin duda por puro amor propio. A las doce y veinte otra laguna inmensa se extendió ante nosotros. A las dos y veinte otra laguna, bella con sus aguas cristalinas regocijó nuestra vista: los indígenas la llaman Maebankouukoui. Está situada a 4.985 metros de altura.

A las tres y media llegamos a un refugio llamado Nounkouamalakeka por los indígenas. Entre las rocas el terreno era fangoso, empapado por la nieve. El suelo, en otros sitios arenoso, se quebraba bajo nuestros pies haciendo penosa la marcha. Los 17 Km recorridos en el día nos hicieron apreciar mucho los dos ranchos que encontramos en esta región perdida. Una de las dos casas tenía forma cuadrada y fue arreglada para mi uso. El arreglo consistió en un fogón cuyo humo, que solo encontraba salida por la única puerta de la casa, me calentó procurándome un violento dolor de cabeza. Allí volvimos a ver a

Cecilio, temblando de fiebre: ya era hora de que llegara. El frío de cuatro grados bajo cero cayó a las ocho de la noche a ocho grados bajo cero. Un viento inaguantable barría la montaña acompañado de granizo.

El 30 de agosto la comadrería de los indígenas me despertó a las dos de la mañana, pero fue preciso esperar que finalizara la tempestad: a la seis de la mañana. Nos pusimos en marcha entonces y después de una hora llegamos a una roca abierta en forma de gruta. Desde esta roca el ojo podía descubrir el Mar caribe. En seguida las mujeres que llevaban nuestra carga pararon como posesionadas por un espanto sagrado y me declararon que no podía seguir más lejos: para una indígena de su tribu ver el mar significaba exponerse a las mayores desdichas. Respetuosas de la tradición se despojaron de sus cargas y nos voltearon las espaldas.

Nuestra marcha continuó por un camino cuya presencia en este lugar me asombró, pues lo habitante de Taminakka me lo habían representado como un lugar sin un camino. El camino fue abierto hace una decena de años por un indígena, Dingoula, que viajaba al azar, "montañando" sin meta, como le suele suceder a menudo a sus compatriotas. Gracias a esos nómadas benévolos habíamos encontrado un refugio en Nounkouamalakeka, y a ellos debíamos el sendero, desconocido por los geógrafos y cuya existencia me habían negado los indígenas de Taminakka. El terreno tembloroso que se hundía a cada instante bajo nuestros pasos nos llevó de regreso a la vegetación hacia las nueve de la mañana, a 3838 metros de altura. Después de haber cruzado el pueblo de Nounkoualaklak nos internamos de nuevo en la selva.

El 31 de agosto el descenso nos llevó al pueblo Evielak, a 2.150 metros de altura. Las primeras personas que encontramos en nuestro camino fueron la mujer y los hijos de Lemako, uno de mis compañeros de viaje. Hacía nueve meses que los esposos no se habían visto y en cualquier otra parte del mundo se hubieran podido esperar efusiones de cariño. Entre los indígenas, empero, las cosas ocurren con la mayor de las calmas: Lemako no parecía ni feliz ni desdichado al volver a ver a su mujer. Le habló como se habla entre los desconocidos. Era, de la parte de mi compañero, simplemente una costumbre de raza. Lemako tenía muy buen corazón y, personalmente, yo le debía la vida. Un día escalando una peña escarpada que dominaba un río evitó que me cayera en este último. En Evielak el hijo de Daza, uno de los Mamas más poderosos de la Sierra nos recibió. El Brujo local consideró necesario acompañarlo. Estas gentes valientes nos dieron la Bienvenida ofreciéndonos gallinas, huevos, maíz y bananos.

La tarde nos pareció exquisita en una casa de palma alegrada por un fogón enorme alrededor del cual se había guindado hamacas. Los poporos se movían ágilmente, como de costumbre y las lenguas también: las peripecias de nuestro viaje eran el centro de la conversación. Interrumpida por esta exhibición la comadrería de los indígenas siguió y se prolongo de tal manera que fue preciso enfadarse para imponerles el silencio: uno de ellos, llamado Labata deseaba ser nombrado jefe de su pueblo y pronunciaba un discurso electoral. Váyanse pues al otro lado del mundo en búsqueda de lo inédito!

El primero de septiembre árboles frutales y palmas de troncos delicados aparecieron sobre nuestro camino. La vegetación aumentó rápidamente y se volvió exuberante en Akka-Arloughinka, a una altura de 1840 metros. Una sed ardiente nos devoraba, y desde la cima de una montaña el río Frío se veía en la lejanía. Eran las once de la mañana, y apenas a las cuatro de la tarde nos fue posible bañarnos en el río. Algunos instantes después entramos a la ciudad de río frío, cuyo corregidor nos proporcionó uno de los recibimientos más amables. En la noche me fue posible hablar francés – la lengua bendecida de la patria – en verdad fue con un sueco.

El gobernador del Magdalena, el señor Ramón Goenaga, advertido de mi llegada, me honró con la siguiente carta cuyo texto y traducción al francés fueron publicados en el diario de Colombia:

"Gobierno del Departamento del Magdalena.- Santa Marta, 26 de septiembre de 1892". "constatamos oficialmente que el señor vizconde Joseph de Brettes, explorador francés, cumplió para el gobierno, de manera completamente satisfactoria, la misión de exploración geográfica y económica de la cual fue encargado en el Magdalena (territorio civilizado y región de los indígenas guajiros, motilones y arhuacos)". Además se constató más especialmente: "Que el susodicho señor de Brettes practicó ochenta y dos (82) observaciones astronómicas y trigonométricas para determinar la posición de diversos cursos de agua y sitios importantes desconocidos hasta ese día en la geografía del Magdalena."

“Que, durante la exploración que viene de cumplir y habiéndose visto obligado a cruzar una de las estribaciones de la Sierra Nevada a cinco mil doscientos metros de altura (5210) sobre el nivel del mar (parte noroccidental de la Nevada entre Hukumeji (Palomino) y Río Frío, región en la cual no había penetrado ningún civilizado antes que él, ni siquiera los conquistadores, descubrió, allí: cinco (5) lagos, treinta y siete (37) cursos de agua y ocho centros de población indígena arhuaca: Mañiji, Ghéka, Ouloujeji y Oulouejissac en la vertiente septentrional, y Nunukouamala-Keka, Nunualaklak, Evieklak y Ak´ka-Arluginka sobre la vertiente occidental.

Llegó el momento de describir en detalle a las gentes visitadas en el curso de este largo viaje. Comenzaremos por los guajiros del occidente.

La Guajira, parte más septentrional del continente Suramericano ocupa, al nororiente del Magdalena, una inmensa planicie atravesada, sobre todo en el oriente, por algunas cadenas montañosas. Sus habitantes pertenecen a la raza piel roja. Son los descendientes de los caribes, los cuales han quemado la ciudad de Riohacha nueve meses desde la conquista.

El primero que descubrió su tierra fue Cristóbal Colón en su tercer viaje, cuando divisó el Cabo de la Vela, promontorio cuya blancura en efecto presenta el aspecto y la forma de una vela de navío. El que primero desembarcó en esta región fue Alonzo de Hojeda (16 de mayo de 1499). Durante largo tiempo reivindicado tanto por Colombia como por Venezuela, la

península fue definitivamente atribuida, en 1891, a la primera de las potencias a través del arbitraje de España.

El número de guajiros se asume actualmente en 70.000, divididos en diez y ocho tribus independientes y reunidos solamente por la unidad de la lengua, cuyas diferencias entre norte y sur son, sin embargo, perceptibles. Algunas familias dentro de cada tribu son preponderantes y las decisiones pertenecen al jefe de la familia más influyente entre estas. Existe la esclavitud, pero el esclavo forma parte de la familia, siendo, sin embargo, un ser inferior que se puede matar si se niega a obedecer.

Los guajiros son hombres de alta estatura, de miembros bien proporcionados y de porte orgulloso. Nunca han vivido sumisos ni por los conquistadores ni por los civilizados que habitaban actualmente en la región; es, sobre todo, un pueblo de pastores, propietarios de inmensas manadas de ganado, caballo, asnos, mulas, ovejas y cabras.

Tanto hombres como mujeres montan a caballo a menudo. En ciertas épocas del año hacen carreras de caballo en el occidente. En algunas montañas del norte son agricultores. La base de su alimentación es más animal que vegetal. Mediante el comercio con Colombia y Venezuela completan el maíz y la yuca que les hace falta. El maíz les sirve para preparar la bebida fermentada, una especie de aguardiente, llamada chicha en español. También compran mucho ron. Poseer ron significa para ellos el colmo de la felicidad: se acuestan al lado del barril, beben hasta la embriaguez, se duermen y se despiertan únicamente

para emborracharse de nuevo. Después de beber son sumamente peligrosos, y mientras los civilizados los abastecen con alcohol, con fusiles y con cartuchos se debería renunciar a conquistarlos.

Desde siempre no tienen horas fijas para su comida: como todos los indígenas de Suramérica, comen cuando tiene provisiones y entonces se atestan. Pero esto solamente ocurre en forma de revancha, después pasar varias horas sin nutrición. Su habilidad e la búsqueda de pistas es realmente sorprendente, y todo lo que los novelistas se han imaginado al respecto queda fuera de competencia. A un hombre, llamado Pentico, que conocí en los alrededores de Riohacha, en un lugar llamado Macurutú, le pidieron que buscara una mula que un ladrón había robado algunos días antes. Como sufría de una herida en el pie mandó traer un asno y recorrió las calles arenosas de Riohacha en todos los sentidos. Después de un largo ir y venir pasó frente a una puerta. Bajo su orden se abrió la puerta: la mula se encontraba en el patio.

Las mujeres tienen un gusto muy agudo para las joyas. Antes poseían objetos de oro, y aún se encuentran entre ella recuerdos anteriores la conquista. Pero hace ya mucho tiempo que no se sabe trabajar metal en la región y, a través del intercambio con los civilizados, se procuraran aretes y collares de bellos corales. El lujo supremo consiste en poseer un collar de cuarcitas rojas, talladas en forma de oliva que se encuentran en las antiguas sepulturas. Una de esas tumbas, gruesa como la falange extrema del dedo meñique tiene, a veces, el mismo valor de una mula.

Para proteger la cara de las quemaduras causadas por el sol, las mujeres se untan los pómulos con grasa sobre la cuál esparcen ocre en polvo. Los hombres se negrean la cara y el pecho con el jugo de una planta llamada majgua, hombres y mujeres tienen el cabello muy espeso, duro y cortado a la altura del hombro y, a veces, sobre la frente.

El vestido consiste en una manta amplia o camisa larga, simple pieza de tela en la cual el guajiro se envuelve de mil maneras. Caminando se sube hasta encima de las piernas, descansando la deja caer. En la noche la lleva por encima del hombro. Un cinturón de algodón cuyos colores dominantes son el rojo y el blanco completa el vestido. La cabeza se adorna con una corona de paja, llamada tekiara. Normalmente andan descalzos, pero usan sandalias para caminar entre los matorrales espinosos. Alrededor del cuello usan un collar de tumas, de pequeñas frutas o, simplemente, un hilo de algodón. Siempre tienen a la mano un arco y flechas, y, a veces, un remigton.

Donde los indígenas, al igual que donde los árabes de Argelia, el canto propiamente dicho no existe. Sólo se emiten sonidos que se acercan más o menos a los cantos a la tirolesa y terminan en un hipo al expirar el aire. Existen tres tipos de instrumentos musicales: la maraca o yssir, comparable a la matraca de los niños, simple calabaza atravesada por un pedazo de madera que sirve de mango. En los dos puntos donde atraviesa la calabaza, el mango es fijado con cera. La calabaza contiene pequeñas piedras y está perforada en muchas partes. Este instrumento es de uso exclusivo del piatché (médico-

brujo). En el atardecer los indígenas tocan interminables melodías en flauta, sentados en sus hamacas.

El instrumento de la danza es el tambor, tronco de árbol hueco y recubierto por una piel de cabra que es sujeta por medio de anillos de madera atados entre ellos con tiras de cuero de bovino. La danza es muy gracil. En los días de fiesta limpian un espacio de veinte metros de lado, en el interior del cual trazan un cierto número de circunferencias. Una indígena se para sobre una de las circunferencias y agarrado las dos extremidades de su manta con sus manos tensionadas da vueltas ejecutando un perpetuo movimiento de rotación sobre ella misma. Frente a ella un indígena huye retrocediendo ya en un pie ya en el otro. La habilidad de la bailarina consiste en darse vuelta vivamente y en hacer zancadilla a su bailarín. La más famosa es la que hace caer el mayor número de hombres durante este ejercicio, los tambores no cesan de marcar el compás mediante golpes simples y dobles y mediante redobles maravillosos.

Los guajiros tienen un sentido artístico que se reencuentra hasta en los detalles más mínimos de su existencia: sus utensilios más comunes están adornados con esculturas. En sus dibujos algunos diseños reaparecen con una persistencia que intriga al observador: son líneas rectas que simbolizan, posiblemente, las formas de sapo, curvas destinadas a representar, sin duda alguna, una oreja y filas sinuosas de puntos que se han interpretado como memorias de migraciones de gentes.

Se me permitirá aquí aventurar una hipótesis propia: pienso que las marcas en cuestión eran, originalmente, insignias tribales. Aun hoy en día se encuentra en

cada tribu una marca distintiva aplicada al hierro candente sobre los animales y tatuada sobre los hombres. Aún más: cuando los guajiros cavan una cisterna inscriben sus marcas sobre las paredes, a tiempo indefinido y sin finalidad práctica.

Las cisternas consisten normalmente en vastas excavaciones subterráneas haciendo una depresión en el terreno. El fondo se llena de agua y como las bombas para hacer subir el agua son desconocidas se recurre a un proceso bastante penoso. Se talla una escalera en el suelo y los indígenas se paran en los escalones formando una cadena. El que ésta en el fondo de pozo llena una calabaza con agua y esta es pasada de mano en mano hasta llegar a flor de tierra: es vaciada en un bebedero donde viene a abreviar el ganado.

Mi convivencia prolongada con los guajiros me permite describir su carácter. Son de bravura a toda prueba y no retroceden ante la muerte voluntaria: la manera más común de suicidio es la suspensión de una rama de un árbol o la estrangulación mediante una cuerda que tiran con los pies. Siendo víctima de un insulto del cual no se puede vengar, el guajiro no desaprovecha la oportunidad de suspenderse, seguro de que su familia hará pagar Portu muerte. Donde ellos todo se paga, pues el instinto de la propiedad prima sobre todos los demás. El homicidio se paga o sino los parientes de vuestra víctima lo matan a usted. Vi a una centenaria triturar a golpes de palo la cabeza de un joven esclavo, para atravesar luego el pueblo recogiendo el precio de la sangre. Cuando pasó a mi lado todavía le hacia falta una cabra.

Las costumbres gozan de gran poder y desdichado el que las viola. Es así como se puede ser víctima de un homicidio con solo pronunciar el nombre de un muerto frente a sus parientes. Este acto es contrario a la costumbre! Los guajiros no comprenden qué es la piedad ni la compasión ni una cantidad de sentimientos que, nos parece, hacen parte de la naturaleza humana: en las clases bajas los padres venden fácilmente a sus hijos por dos o tres cabras o por un bulto de maíz. Comprenden tan poco el sentimiento de la condolencia que, entre ellos, según su rango por la cantidad de llanto que derramaron.

Entre la gente común la mujer es una esclava, la bestia de carga. Entre las familias acaudaladas es respetada. De joven muchacha se preocupa por el ganado, permanece en al casa y solamente monta a caballo o en asno para acompañar a su familia. Al llegar a la edad casadera se la encierra durante dos a cinco lunas en una pequeña choza cuya puerta es tapiada. Solamente una ventana queda abierta para permitirle a una anciana cuidar de la reclusa. Esta última consagra su ocio al perfeccionamiento en las tardes de tejer. Esta clausura de una joven muchacha mayor será el precio de la novia que deberá pagar su marido. Son los tíos maternos los que disponen de la mano de la joven y que reciben del novio el precio de compra convenido: algunas cabras, unas veinte mulas o cabezas de ganado. Casada, la mujer se ocupa de los productos lácteos pone a tejer telas a sus esclavos, se preocupa por la casa y por los hijos. El adulterio es muy poco frecuente y expone a la culpable a malos tratos por parte de la familia, obligada a devolver al marido engañado el precio de la novia que había proveído.

Se ve aquí, por consiguiente, que los intereses juegan un papel capital en la Guajira. Al menos en lo que concierne a eso esta región se acerca a la civilización.

## ANEXOS FOTOGRÁFICO DE JOSEPH DE BRETTE

(Fuente: "Archive photographiques (Médiathèque de L'Architecture et du patrimoine).  
CNM, Nadar (atelier), photo: Brettes, (Comte de), Emetteur. SAPO1. [www.culture.gouv.fr](http://www.culture.gouv.fr))



NA 238-10818 N



NA 238-10820 N



NA 238-10821 N



**NA 238-14266 N**



**NA 238-10819 A**

## ANEXOS MAPAS



Fuente : Joseph de Brettes. "Séance du 19 janvier 1894". Comte Rendu des Séances de la Société de Géographie et de la commission centrale, Société de Géographie, Paris, 1894, pp. 43.



**BIBLIOGRAFÍA**

\* Mallat de Bassilan. L'Amérique Inconnue D'Apris le journal de Voyage de Joseph de Brettes, Firmin-Didot editore, Paris, 1892, 280 p.

\* \_\_\_\_\_ "Séance du 17 février 1893". Comtes Rendus Séances de la Société de Géographie et de la commission centrale, Société de Géographie, Paris, 1893, pp. 112-113.

\* \_\_\_\_\_ "Séance du 7 avril 1893". Comtes Rendus Séances de la Société de Géographie et de la commission centrale, Société de Géographie, Paris, 1893, pp.191-192.

\* \_\_\_\_\_ "De la Séance du 19 mai 1893, à 8 heures ½ du soir". Comtes Rendus Séances de la Société de Géographie et de la commission centrale, Société de Géographie, Paris, 1893, pp. 220.

\* \_\_\_\_\_ "De la Séance du 19 mai 1893, à 8 heures ½ du soir". Comtes Rendus Séances de la Société de Géographie et de la commission centrale, Société de Géographie, Paris, 1893, pp. 261-262.

\* Joseph de Brettes. "Séance du 19 janvier 1894". Comte Rendu des Séances de la Société de Géographie et de la commission centrale, Société de Géographie, Paris, 1894, pp. 41-49.

\* \_\_\_\_\_ . "Séance du 19 janvier 1894". Comte Rendu des Séances de la Société de Géographie et de la commission centrale, Société de Géographie, Paris, 1894, pp.212-215.

\* \_\_\_\_\_ . "Séance du 19 janvier 1894". Comte Rendu des Séances de la Société de Géographie et de la commission centrale, Société de Géographie, Paris, 1894, pp. 340-342.

\* Joseph de Brettes. "Conferencia 1". Revista Gris, Junio de 1894, N° 6, Vol. II, Bogotá, 1894, pp. 195-201.

\* \_\_\_\_\_ "Conferencia 2". Revista Gris, Julio de 1894, N° 7, Vol. II, Bogotá, 1894, pp. 225-233.

\* \_\_\_\_\_ "Conferencia 3". Revista Gris, Agosto de 1894, N° 8, Vol. II, Bogotá, 1894, pp. 276-278.

\* \_\_\_\_\_ "Conferencia 4". Revista Gris, Septiembre de 1894, N° 9, Vol. II, Bogotá, 1894, pp. 309-315.

\* Joseph de Brettes. "Séances des 7, 21 et 31 janvier 1898". Comtes Rendus Séances de la Société de Géographie et de la commission centrale, Société de Géographie, Paris, 1898, pp.47.

\* \_\_\_\_\_ "Séances de juin et de la juillet 1898". Comtes Rendus Séances de la Société de Géographie et de la commission centrale, Société de Géographie, Paris, 1898, pp. 318-319.

\* \_\_\_\_\_ "Séances de juin et de la juillet 1898". Comtes Rendus Séances de la Société de Géographie et de la commission centrale, Société de Géographie, Paris, 1898, pp.333.

\* Joseph de Brettes. "Chez les Indiens du Nord de la Colombie : Six ans d'explorations". Le Tour du Monde. Journal des Voyages et des voyageurs, Vol. 38, Librairie Hachette et Cet, paris, 1898, pp. 61-96.

\* \_\_\_\_\_ "Chez les Indiens du Nord de la Colombie : Six ans d'explorations". Le Tour du Monde. Journal des Voyages et des voyageurs, Vol. 38, Librairie Hachette et Cet, paris, 1898, pp. 433-480.

\* Biblioteca Nacional, El Grafico, Enero 29 de 1921, Vol. 54, N° 536, Bogotá, 1921, (Sin Numero de página).

\* Eduardo Posada. El Dorado. L'Homme Doré Nouvelle historique terée des Vieilles chroniques de la Nouvelle Grenade, Traduction de Joseph de Brettes, George Thone Editeur, Belgique, 1925, 119 p.

\* Joseph de Brettes. "Las Antiguas Tribus Costaneras de los Caribes entre Riohacha y Santa Marta. Boletín de Historia y Antigüedades, Vol. XXXII, N°

369-370, Bogotá, Julio-Agosto, Órgano de la Academia Colombiana de la Historia, 1945, pp. 654-663.

\* Gerardo Reichel-Dolmatoff, "Bibliografía de la Guajira", *Revista de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, Bogotá, 12, 1963, pp. 47-56; p. 49.

\* Enciclopedia Universal Ilustrada. Europeo-Americana, Espasa Calpe S.A., Madrid, Tomo IX, 1968, pp. 798.

\* Manuel Matos Romero, *Anotaciones historiográficas acerca de los segundos colonos de la Guajira*. Maracaibo, Universidad del Zulia, 1978.

\* Joseph de Bretes. "Informe del Señor de Bretes". *Anales de Ingeniería*, Marzo de 1893, N° 63, Vol. VI, Bogotá, 1983, pp. 85-94.

\* \_\_\_\_\_ "Donde los Indígenas del Norte de Colombia: Seis años de exploraciones". *Revista de Antropología*, Vol. 3, N° 1, Universidad de los Andes, Bogotá, 1987, pp. 84-110; p. 91. Traducción de Sonia Göggel.

\* Wilhem Sievers. "Los viajes del Conde Josef de Bretes en el norte de Colombia". *Revista de Antropología*, Vol. 3, N° 1, Universidad de los Andes, Bogotá, 1987, pp. 111-128. Traducción de Sonia Göggel.



\* Gerardo Ardila, "Acercamiento a la historia prehispánica de la Guajira", *La Guajira, de la memoria al porvenir (Una visión antropológica)*. Bogotá, Universidad Nacional, 1990, pp. 59-80; p. 61.

\* Henri Candelier. *Riohacha y los Indios Guajiros*. Bogotá, Ecoe-Departamento de la Guajira, 1994, 168 p.

\* Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. *Geografía Humana de Colombia. Nordeste Indígena (Tomo II). El Periodo Republicano*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 2000. Publicación digital en la página Web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República.

\* Freddy González Zubiría. *Cultura y Sociedad Criolla de la Guajira*, Riohacha, Gobernación de la Guajira, 2005, 289 p.

\* Archive photographiques (Médiathèque de L'Architecture et du patrimoine). CNM, Nadar (atelier), photo: Brettes, (Comte de), Émetteur. SAPO1. [www.culture.gouv.fr](http://www.culture.gouv.fr). 2007.